





# ***“AFIEBRADAS BAJEZAS”***

**JULIO FERNÁNDEZ**

ISBN: 978-0-557-62917-6

PRIMERA EDICION: Agosto 2010

NÚMERO DE PÁGINAS: 168

*Derechos reservados. Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso del autor y de los editores.*

[lulofm@aol.com](mailto:lulofm@aol.com)

*“A la chica más buena y que más quiero”.*



Llego a casa tras un largo día en la universidad. Me saco las gafas oscuras que siempre me acompañan a todos lados y las pongo en la mesa del comedor junto con las llaves y mi billetera. Trato de despojarme de todo, incluso hasta de la ropa, es la ventaja de vivir solo: puedes andar calato por toda la casa. Entro a la cocina y me sirvo un bocadillo a la volada, unos emparedados de jamón y queso, los cuales serán mi almuerzo: es lo malo de vivir solo y no saber cocinar, comes mal, pasas hambre.

Veo un poco de televisión y mientras paso los canales, agradezco al cielo por tener cable y poder capear la infame televisión peruana que sólo me recuerda la miseria de esta ciudad, su oscurantismo, el cual, como siempre, me hace terminar renegando de vivir aquí.

Pongo Los Simpson y me quedo viéndolos un rato, riéndome de las situaciones hilarantes y distrayéndome un poco del día cagón y aburrido que tuve hoy en la universidad.

Rato después, camino hacia la sala y me arrellano en el sillón, prendo la laptop que me regalaron el año pasado, cuando cumplí veintitrés, y me dispongo a continuar escribiendo la novela que empecé meses atrás, cuando me convencí de que podía ser un escritor a pesar de todo -a pesar de las críticas, de los comentarios reprobatorios, de la probable vida austera que esto acarree, a pesar de que estoy estudiando para dedicarme a otra cosa-, y me aventuré a hacer un relato alegórico que ahora le da sentido a mi vida.

Estoy así, recostado sobre el sillón de cuero, escribiendo como un orate, tecleando fervientemente, cuando de pronto distingo voces y risotadas que vienen desde la calle, son murmullos de mujeres, de féminas jóvenes y con bonita voz, lo cual me hace pararme de un respingo.

Me asomo por la ventana, y con cautela las vigilo desde lo alto de mi departamento, oteando el parque del vecindario, que ahora alberga a tres chicas lindas que se ríen y conversan sentadas en una de las bancas.

Puedo verlas claramente, puedo oírlas con nitidez, la banca donde están sentadas está casi bajo mi edificio. Me agazapo entre las cortinas y voy escudriñando a las chicas una por una, milimétricamente, haciéndoles una inspección minuciosa, detectando sus mejores atributos, pervirtiéndome con lo mejor de cada una.

Las chicas lindas de la banca no advierten que están siendo figoneadas por un palomilla de ventana, no se dan cuenta que las miro y que las deseo, o al menos no lo hacen los primeros cinco minutos, hasta que una de ellas, una que está vestida toda de azul y lleva una minifalda de infarto, vuelve la mirada y se encuentra con mis ojos acezantes y deseosos.

Al verme descubierto, me retraigo y me escondo íntegramente tras las cortinas, esperando que las chicas comenten lo sucedido y se marchen a toda prisa. Sin embargo, no escucho alboroto, no oigo que la chica de azul les haya ido con el chisme a sus amigas. Quizá no me vio, pienso, quizá fue una idea mía. Así que, nuevamente, me agazapo entre las cortinas y vuelvo a otearlas. Esta vez, noto que la joven de azul dirige la mirada varias veces hacia mi ventana, pero claro, yo ahora me he asegurado de camuflarme bien, por lo que ella sólo debe estar viendo una cortina gris un poco arrugada.

Mientras le devuelvo la mirada, noto que ella está sonriendo, que mira a mi ventana y coquetea y hace mohines pícaros. Eso me excita, eso hace que se me pare.

La chica de azul juega con su cabello, se acomoda los pechos generosos y redondos escondidos en su suéter color cielo, y luego atisba mi ventana con un rictus provocador, sabiendo que alguien la observa y encantada por eso mismo. Y mientras tanto yo me estoy haciendo una paja con su linda cara, con su inmejorable actitud.

Como si hubiesen esperado a que yo terminase con mi labor, apenas después de que yo llegué al éxtasis, las tres jóvenes se ponen de pie,

hablan un par de cosas y se marchan, abandonan la banca junto a mi edificio y la chica de azul lanza una última mirada a mi casa, justo antes de doblar en una esquina. Yo las veo perderse y luego caigo rendido en el sillón de cuero con una sonrisa ladina, con la clara idea de que en esta ciudad puede ser muy difícil ser un escritor, pero es muy fácil ser un perverso.

No siempre fui un mujeriego, tampoco un adicto al sexo o a la mañosería.

En mi primera adolescencia fui un muchacho lamentable ante los idilios evanescentes que surgían día y noche. Durante mi época escolar nunca tuve enamorada, jamás, ni siquiera una amante o una amiga especial: nada. Me dedicaba más bien a ver dibujos animados o a escuchar música encerrado en mi habitación. Los fines de semana, mientras los chicos de mi edad paseaban con sus enamoradas y salían a fiestas, yo me mantenía en la misma rutina solitaria, totalmente recluso.

Debo confesar que, ahora que recuerdo esos tiempos, me lleno de nostalgia y melancolía, porque siento que desaproveché aquella etapa, siento que dejé pasar muchas oportunidades por mi carácter tan pueril. Y digo esto porque en aquel tiempo no me faltaron pretendientes, había algunas chicas, quizá no muy cuerdas, que se fijaban en mí. Aunque, valgan verdades, tampoco era yo un espécimen raro, un renacuajo sin gracia, ¡no señor!, uno era simpaticón y tenía su pinta después de todo; pero la timidez siempre podía más, la cobardía era mi burbuja entonces.

Cuando terminé el colegio y entré a la universidad, las cosas cambiaron radicalmente, mi actitud medrosa ante las féminas cambió. Y es que en la universidad encontré cosas nuevas, cosas que hacían fáciles los trámites tediosos (para la gente tímida como yo) a la hora de abordar a una chica. Entré a la universidad a los dieciocho años, un año después de terminar el colegio, y me propuse estudiar comunicaciones, una carrera digamos: simple. Los nuevos amigos y sus posturas rebeldes y desenfadadas me contagiaron casi de inmediato; los veía como ejemplos a seguir, como chicos bacanes a los que quería emular. Empecé a asistir a las fiestas de la universidad, a las chupetas en los huecos y en las calles, a beber tragos de reputación nula, y, sobre todo, a lidiar con chicas.

Recuerdo mi primer beso. Yo nunca había besado a una chica durante mi paso por el colegio, tuve que esperar hasta el primer ciclo de universidad.

Estábamos en la fiesta de algún sujeto del salón, y después de tomar y bailar hasta bien entrada la madrugada, la gente ya presentaba todos los síntomas del borracho feliz: se abrazaban, bailaban como muñecos de trapo, se mentían al oído diciendo cosas como “yo a ti te quiero, yo a ti te estimo, tú eres de putamadre”. Yo estaba bebiendo con dos o tres amigos cuando me entraron ganas de ir a aliviar la vejiga. Ya vengo, les dije. Caminé al baño con poca diligencia, me encontré en un pasadizo oscuro (al final del cual se encontraba el baño), dos chicas esperaban por entrar también.

A pesar de que estaba a oscuras, logré darme cuenta que las chicas eran bastante guapas: tenían bonito cuerpo, estaban vestidas bien apretadas, hablaban con el hermoso acento limeño, eran mayores, claramente mayores que yo. ¿Cómo te llamas?, me preguntó una de ellas. Obnubilado y tímido, con los fantasmas del pasado, respondí a duras penas: Ramiro, me llamo Ramiro. Las chicas se miraron y se rieron y dijeron socarronas: ¡ay, qué lindo! Me reí azorado, sólo me reí. ¿Con quienes has venido?, me preguntó la otra chica, más linda que la anterior. Con unos amigos, dije, están por ahí. ¿No tienes tronchos?, me preguntó la primera, sin pelos en la lengua. La música sonaba parejo, la puerta del baño aún permanecía cerrada, las chicas hablaban con goma de mascar en la boca. No, sorry, no tengo, dije, retomando la timidez de antaño. Este chibolo es sano, dijo la segunda chica. Ambas me miraron raro, y a pesar de eso, sentí una excitación revoloteando mi entrepierna. ¿Ya te has agarrado a alguien, chibolo?, me preguntó la misma. A nadie, dije y las miré con atención, expectante nada más. Ya, ven acá, yo te voy a hacer el favor, dijo la primera chica y se me tiró encima, metiéndome la lengua hasta la garganta. La otra chica soltó un grito, cómo celebrando la audacia de su amiga. ¡Te voy a enseñar a besar, chibolo!, decía, mientras se comía mi boca pueril.

Luego, la puerta del baño se abrió y un borrachín salió caminando en vilo. ¡Yo voy!, dijo mi fortuita compañera, mi besadora ambulante, y entró a los servicios higiénicos. No lo podía creer, ese beso había sido una maravilla, había superado con creces cualquier expectativa en mi interior.

La otra chica, la amiga, conocedora de su poder, a sabiendas de que yo era su víctima (una de sus víctimas) esa noche, se me acercó y dijo: ahora me toca a mí. Nos besamos y esta vez yo ofrecí un mejor performance, con la experiencia ganada hacía unos segundos. La besé y le pasé las manos por la cintura, por los muslos, por el culo. En ese momento, el beso había sobrepasado mi realidad, me había mostrado un mundo nuevo que yo desconocía y en el cual quería adentrarme sin perder más tiempo. La aventura terminó cuando la chica de mi primer beso salió del baño, tomó a su amiga del brazo y le dijo: ¡vamos a seguir chupando!, y avanzaron las dos, tan sexys y puteriles, haciéndome adiós con las manos, y dejándome, no sólo con una terrible erección, sino con el inicio de una historia que me marcaría en la posteridad.

Andrea y yo llevamos juntos casi dos años. Pienso que digo esto con orgullo, pues dos años son toda una vida para mí, yo jamás duré tanto tiempo al lado de una chica, para ser más precisos, mis relaciones siempre fueron un escarceo anodino, como diría el gran Vargas Llosa; fueron juguillos mañosones cuyo tiempo de vida expiraba en máximo un mes. Las chicas con las que solía “estar”, eran muchachas pizpiretas y avezadas: chicas que me usaban y se iban; chicas a las que yo usaba y dejaba ir. Así funcionaba el asunto.

Pero con Andrea era distinto, ella es una chica especial, no como las demás. A ella la conocí en una academia donde me metí a estudiar el idioma italiano (empresa en la que fracasé a los dos meses) y desde que la vi me impactó y gustó. A pesar de que la veía tímida y comedida, sobresalía largamente entre las demás chicas de la clase. Ella siempre andaba ganándose mis miradas afiebradas y yo ganándome con su cabello ensortijado, su piel blanca y su linda figura. Admito que al principio yo quería lo de siempre (estar con ella un tiempo, tirar rico, y luego terminar y a otra cosa, cada quién por su lado), pero mientras más tiempo estaba con ella, más me alejaba del final y paladeaba con creciente asombro la idea de tener una relación estable.

Andrea me ama, me ama más de lo que dice amarme –lo sé y me consta–, ella es una chica entregada. Yo atribuyo su amor exacerbado por mí a que fue conmigo su primera vez, fui yo el responsable de hacerla mujer, de mostrarle la pasión (no sé si en la teoría, pero sí en la práctica). Estoy seguro de que el destino es maquiavélico, pues no era yo la persona indicada para hacerla incursionar en esos terrenos. Hubiera sido más justo que Andrea tenga su primera vez al lado de un chico que la quiera y la ame como ella merece.

Yo le digo a Andrea que la amo, aunque no sé si ella deba creerme, pues yo no creo en el amor. Yo le digo que la amo porque ella me entregó su

virginidad, y porque –por eso– ella se ha aferrado a mí, y porque ella piensa que lo más justo es que yo le entregue mi vida y mi amor incondicional.

Mis pasadas relaciones fugaces no son una anécdota, son el recuerdo constante de lo débil que soy, de lo veleidoso que puedo llegar a ser. Si alguien tiene un mérito aquí, por nuestra larga relación, esa es Andrea, pues es ella la que siempre me ha soportado y aguantado en estos casi dos años. Ella es quien me ha hecho entrar en razón cuando yo le decía para terminar; ella es la que rompía a llorar cuando yo le decía que mejor nos separáramos; ella es la que me hacía cartitas tiernas cuando yo le decía que el amor no existe.

Yo no creo en las relaciones amorosas formales en todas sus variedades: enamorados, novios, esposos, y toda esa ristra de absurdos. Creo en las relaciones sin restricciones ni subyugaciones, sin tener que rendir cuentas a nadie y con la facultad de querer a los que uno quiera querer. Como le digo a Andrea cada vez que discutimos: las relaciones sólo terminan por envenenar a las personas, sacando lo peor de ellas; el compromiso sólo engendra mentiras, suplicios, engaños, traiciones, cosas así de protervas; lo más sano, pienso yo, es querer libremente, y no con amor, que es una palabra inventada por las telenovelas mexicanas.

Pero Andrea nunca me escucha, sólo se le anegan los ojos y me dice en voz bajita, como contrita, que me quiere y que me ama como nadie nunca me amará. Y yo siento que no la amo pero la adoro y que nunca podré terminar con ella.

Estoy caminando por una calle tranquila y sosegada, no tengo nada mejor que hacer que caminar. De pronto reparo en que estoy cerca de la casa de Adriana, una joven muy guapa que conocí en la universidad y que ya no veo tan seguido porque abandonó la carrera para estudiar otra cosa. Puedo ver su casa a unos pasos delante de mí. Dudo si buscarla o no, pienso que tal vez esté ocupada o, peor aún, quizá ni está. Adriana es una chica linda y muy popular, casi nunca para en casa, siempre para rodeada de amigos, siempre tiene algo que hacer. Sin embargo, abrumado porque me duelen demasiado los pies y quiero descansar en un sofá acogedor unos segundos, decido buscarla, arriesgándome a comerme el roche de un “no está, ha salido”, que es algo así como: ella sí tiene una vida, a diferencia de ti.

Toco el timbre de su casa, no puedo con la ansiedad, el corazón me late fuerte, me odio por eso. Sin embargo, tras esperar unos segundos, es Adriana la que me contesta por el intercomunicador. Ella escucha mi voz, se alegra al oírla –o finge hacerlo–, y me dice que pase, que cierre bien la puerta al entrar. Entro y, mientras tanto, paso las manos por mi cabello tratando de peinarme un poco (el viento ha revoleteado mi cabellera), no quiero parecer un loco.

Al atravesar el pasadizo que conduce a la sala, advierto el sonido de la música que viene desde dentro. Una canción de reggaetón suena de manera estruendosa, me empiezo a imaginar a Adriana bailando, moviéndose de una manera muy sexy, soliviantada por esa música que de sólo escuchar activa en mí unos impulsos concupiscentes de temer. Adriana me recibe de una manera muy cariñosa, me abraza, me da un beso en la mejilla. Yo le respondo el beso, la huelo, la tomo de la cintura, me gana un poquito con ella, después de todo, es una chica linda.

Cuando ingreso a la sala, veo que, sentada en el sofá de cuero, hay una chica de no menos belleza. Se llama Lorena, me dice Adriana; es una

amiga de por acá, estamos tomando vodka desde hace rato, alucina, un vodka entre las dos, ¿qué maleado, no?, añade. Me quedo asombrado y crispado a la vez. Nada que ver, digo sonriendo como un tonto, está bien que se diviertan. Lorena me alarga un vaso lleno de vodka con jugo de naranja y me dice: toma, sécalo. Noto que tiene una voz bastante seductora, voz de trabajadora de línea erótica. Agarro el vaso y la obedezco sin oponer objeción alguna, tomo ese líquido agrdulce de un solo trago.

Adriana, Lorena y yo empezamos a beber sentados en el sofá, una retahíla de reggaetones suenan sin parar en el equipo de música, las chicas corean las canciones, se mueven al ritmo de ellas, y sólo se detienen para beber un poco más. Yo estoy extasiado, alucinado por estar con dos chicas lindas, en una casa sola, tomando vodka, escuchando música libidinosa y viéndolas moverse de manera tan puteril.

Luego, Lorena sube el volumen de la música, jala a Adriana y la levanta del sofá; le dice que baile, la reta a ver quién baila mejor. Ahora ambas bailan tomándose de las manos, acercándose más y más, dándose palmaditas en el culo; y yo ya no puedo contenerme, se me puso dura de una manera contundente, siento que voy a colapsar. Lorena me invita a que las acompañe y me una a ellas en el baile de tendencias lascivas. Pienso que Lorena es muy sabia y la vuelvo a obedecer de inmediato.

Me pongo en medio de ambas y rozamos nuestros cuerpos sin pudor, las tomo de la cintura y ellas se mueven para mí, sólo para mí. Siento que estoy en el paraíso, siento que hoy cumpliré mi sueño máspreciado: hacer un trío. Así estamos, yo besando a Lorenita por el cuello, Adriana bailando, moviendo el culo, ensimismada, hasta que, ¡putamadre!, los papás de Adriana han entrado a la casa y nos miran boquiabiertos. Siento de repente un ramalazo de agua fría por la espalda, no sé qué hacer, qué decir. ¡¿Qué mierda pasa acá?!, retruca el papá de Adriana. ¡Lárgate de acá, pervertido del diablo!, vocifera la mamá. Antes de que ambos se me tiren encima,

agarro la botella de vodka (porque el trago no se desperdicia, chicos) y salgo corriendo de la casa, dejando atrás un griterío que de seguro terminará en alguna clínica cercana. Avanzo por el pasillo, abro la puerta y paso a retirarme. Desde afuera aún escucho la música reggaetón, y aún así también escucho los gritos del papá de Adriana. Miro la botella de vodka que me robé y pienso que la guardaré de recuerdo, para rememorar el día que pudo ser y no fue.

Voy a una clase más en la jodida universidad. Las clases empiezan muy temprano, a las ocho de la mañana, por lo que debo despertarme a las seis para tener tiempo de alistarme y llegar puntualmente. Detesto despertarme temprano, sobre todo porque me quedo hasta altas horas de la madrugada escribiendo. En promedio, diariamente, duermo unas cuatro horas, cinco en el mejor de los casos, lo que me provoca un desánimo natural a la hora de asistir a la universidad.

Estoy a un ciclo de terminar la carrera, y si he durado tanto tiempo en la universidad es porque mis padres decidieron pagármela y decidieron que la termine, y yo obedecí porque decidí que la universidad es una buena excusa para no trabajar y tener mucho tiempo libre para escribir.

Estoy en décimo ciclo y no conozco a nadie o casi nadie, y la gente que conozco son nadie socialmente, así como yo, pero está bien, no me interesa socializar, ni hacer amigos; la gente chévere quedó en los primeros ciclos, luego poco a poco fueron desapareciendo (quizá debí seguirlos), ahora no está en mis planes hablar con los pundonorosos compañeros de carpeta que me han tocado, y que muestran una vehemencia de temer para el estudio. Yo, al lado de ellos, soy claramente un remolón, un bigardo de pura cepa.

Entro a mi lamentable aula después de subir cuatro interminables escaleras, avanzo hasta el fondo y (como siempre) me siento en uno de los últimos asientos, los cuales son ideales para recuperar algo de sueño durmiendo agazapado. El pigmeo y gracioso profesor que ha entrado, tras presentarse y tomar lista, indica que debemos formarnos en grupos de estudio, pero hay un detalle, serán grupos que durarán lo que queda del ciclo y servirán para hacer los trabajos que dictaminarán la nota final.

Detesto esa idea, siempre detesté hacer trabajos grupales, me resulta mil veces más cómodo trabajar solo; además, los trabajos grupales siempre salen mal, los integrantes de los grupos siempre se pelean, riñen, hablan a

las espaldas, se generan escaramuzas y terminan haciéndose enemigos. Pienso que los grupos sólo se deben hacer los viernes, para ir a chupar al hueco.

Los alumnos se forman en grupos y, es obvio, nadie me convoca para enrolarme en sus filas. Miro en derredor con los ojos achinados, pues me había quedado dormido cinco minutos, y ya todos tenían equipo. El profesor advierte mi condición de desadaptado y de inmediato me acopia en un grupo, los chicos que lo conforman me aceptan con una sonrisa cínica, ocultando su malestar. No los culpo, hacen bien, yo hubiera puesto la misma cara si estuviera en su lugar.

Mientras hacemos el trabajo que nos ha dejado el profesor, logro darme cuenta de que ninguno de los muchachos (dos chicos y dos chicas) me acompaña en mi vagabundo actuar, todos son aplicados y minuciosos en el quehacer, lo que me obliga a sintonizarme con ellos, o mejor dicho, a fingir hacerlo.

Conforme pasan los días, el grupo se va acoplando, empiezan a trabajar en conjunto. Yo sólo los veo, me resultan fastidiosos, pesados, me parece que se toman todo muy en serio; siento que yo, sin hacer mucho esfuerzo, puedo hacer un mejor trabajo (aunque suene megalómano). Los chicos empiezan a mostrar algo de disconformidad ante mi desempeño, me invitan a que los ayude. Yo, altivo, les digo que al final me pueden pasar lo que han hecho y yo lo corrijo y lo redacto. Ellos se resienten y me miran mal.

Días antes de una exposición, llego a clase cansado y ojeroso, protegido por mis gafas grandes y oscuras. Antes de entrar al salón, veo de soslayo que los chicos de mi grupo están hablando con el profesor, pienso que deben estar preguntándole banalidades sobre el curso, o, que va, haciéndose los zalameros con él. No me interesa aunármeles por nada del mundo en dicha empresa, paso de largo y busco mi asiento al fondo, quiero dormir un rato.

De pronto, escucho que dicen mi nombre: ¿Ramiro?, ¿quién es Ramiro?, espeta el profesor. Doy un respingo y haciéndome el lúcido digo: ¡Presente!, pues pienso que están pasando lista. ¡Ramiro!, dice el profesor; acompáñeme un momento afuera. Doy un suspiro, me paro y sigo al profesor, puedo imaginar lo que ha ocurrido.

El profesor dice: Sus compañeros me indican que su rendimiento no es el adecuado, ¿sabe a qué se refieren? Con gran histrionismo y apelando a algunas florituras, le digo: No tengo la menor idea, profesor, ignoro sus argumentos, no sé por qué le han alcanzado denuestos contra mi persona. Él dice: sus compañeros indican que usted no está colaborando con el grupo. Le digo: tenemos distintas formas de proceder ante una necesidad, no creo ser responsable del disenso entre pareceres, pienso que eso no califica como una dejadez de mi parte. El profesor se asombra, parece no haber esperado esa clase de respuesta, más bien, parece haber esperado a un vago más acorde con su pinta. Empieza a darme algo de crédito: ¿tiene alguna solución? Le digo: sólo una, capear las diferencias y encontrar el camino, les propondré a los chicos trabajar en equipo y evitar las exclusiones, de mi parte y de parte de ellos, es la salida más conspicua, creo yo.

El profesor sonrío y me palmorea el hombro: ¡caray, alumno, es usted todo un estudiante universitario!, ¡en qué mal concepto lo tenía! Yo sonrío con él y me alegro porque les volteé la torta a los cabrones de mi grupo que fueron con el chisme al profesor para intentar hundirme. Pero no, pues, no es tan fácil.

El día de la exposición, el grupo y yo seguimos como al principio: no concordamos en nada, no nos hablamos; yo colaboré poco o nada con ellos, dimití hasta donde pude. En nuestro turno por exponer, salimos al frente y el grupo luce nervioso, las chicas están temblando, los chicos sudan frío, y yo no entiendo el por qué del miedo. A pesar de que han preparado

una exposición bien elaborada, con diapositivas y todo, nadie quiere exponer, todos han entrado en pánico; entonces, es mi oportunidad, me ofrezco ante ellos voluntariamente para hacerlo.

Los chicos dudan un poco, pero finalmente acceden, su miedo pudo más que su desconfianza para conmigo. Yo no he leído el trabajo, pero sé de qué trata y sé también que nadie en el salón tiene idea del bendito trabajo, todos son pura fachada, se hacen los estudiosos, pero a la hora de la hora se cagan de miedo y se olvidan de todo. Entonces así, apelando a algunas palabrejas poco usuales, me arranco con un discurso de quince minutos sobre la publicidad, los BTL, las unidades de medición del rating, y demás fruslerías. Al terminar, menciono que el grupo trabajó con alborozo, entusiasmo y dedicación; los demás alumnos nos aplauden por compromiso.

El profesor nos felicita, mis compañeros se resignan a encomiarme, el trabajo salió bien después de todo. Yo finjo no sentir inquina hacia ellos y les sonrío cínicamente. Luego avanzo hacia mi asiento, en la última fila, y duermo la siesta mientras los demás grupos, como el mío, exponen sin tener la menor idea de nada.

He intentado dejarlas más de una vez. En realidad, fueron varios los intentos por abandonarlas, por no subyugarme más ante ellas, por dejar de ser un adicto.

Nada parece funcionar, a veces digo “esta es la última vez que las pruebo”; “después de esta se acabó”; “sólo una vez más, y ya nunca más”; pero todo es en vano, todas son patrañas, tonterías que yo sé que no voy a cumplir; me conozco muy bien, yo no soy un hombre de regímenes, soy más bien un tipo impulsivo, que hace lo que –en el momento– cree que está bien, que se deja llevar por sus emociones y, entonces, caigo de nuevo en ese pozo séptico, en ese vicio descomedido.

No sé cómo me hice adicto. Debo admitir que las cosas simplemente se fueron dando. Primero las consumía de manera inusual; después las buscaba cuando estaba con mis amigos, como una forma de amenizar; luego iba tras ellas cada semana, cada tres días, cada dos días, a diario; y, así, de pronto no podía vivir sin ellas; eran parte de mi vida –una parte muy fuerte, muy importante–, ahora no concibo la idea de existir sin ellas.

Recuerdo la primera vez que las probé, no es fácil contarlo. Fue hace mucho tiempo, creo que yo tenía catorce o quince años, no más. Dos amigos míos ya las habían consumido, me hablaban maravillas de ellas. Yo, embobado y asustado, acepté ir a conseguirlas y –finalmente– probarlas. Ellos conocían muy bien el lugar, las vendían en un sitio céntrico y sin mayores restricciones. A pesar de que éramos muy jóvenes, no nos fue difícil adquirirlas –recuerdo que compramos una cantidad considerable. Aquél día fue un sarao; nada nos preocupaba demasiado; nos las metimos todas y a mí me encantaron desde ese primer momento.

Tanto me gustaron que ahora era yo el que azuzaba a mis amigos para ir a comprarlas. Ellos se reían un poco de mí y me decían “oye, suave, no te pegues tanto, no seas tan loco”. Pero eso no me interesaba, no me importaba la reprobación de mis amigos, yo sólo sabía que quería más y

más. Entonces empecé a ir por ellas solo, tragándome el orgullo y envalentonándome un poco, iba hasta los lugares donde las vendían –y que yo ya conocía bien– y se las compraba a esos muchachos que las ofrecían tan alegremente, tan sonrientes y amables con sus clientes frecuentes –como yo.

Ahora no tengo el mínimo pudor a que la gente sepa de mi debilidad, de mi adicción. He llegado a un punto donde no me interesaba ni un poquito los consejos de las personas que me rodean: de mis compañeros, molestándome por ser un adicto; de mis amigos, aconsejándome y conminándome a que las deje; de mi familia incluso –porque ellos también se enteraron–, diciéndome que no llegaré a viejo si sigo así. Nada me importa, que se jodan los demás, yo sólo quiero seguir consumiéndolas una y otra vez.

Por eso no puedo más que reafirmarme en mi posición y admitir estoicamente que soy un rendido consumidor, adicto y fan, de las encomiables y apetitosas hamburguesas del Mc Donald's. Así es, me declaro culpable de poseer ese vicio que sé me conmina a una vida no muy larga y anegada de grasa (aunque felizmente soy delgado y esa grasa no se me nota mucho). Y debo aceptar también la utopía que me significa y significará dejar alguna vez esa veleidad mía, comparada, si acaso, con un orgasmo, así de sublime es. Es obvio que nunca jamás las dejaré.

Andrea es una chica estupenda; es la chica más buena y que más quiero en el mundo. Ella es una persona sin igual, cuando alguien me pregunta por ella, sólo se decir halagos y cosas positivas para describirla. De lejos es la mejor persona que haya tenido la dicha de conocer; de hecho ella es mejor persona que yo.

Andrea me conoce a mares, sabe todo de mí –hasta las cosas más insospechadas. Sabe por ejemplo que soy un hipócrita; que soy un mitómano; que soy un convenido; que soy un machista discreto; que soy un antifeminista confeso y rotundo; sabe que soy un cuasi bueno para nada; sabe que me lavo los dientes una vez al día; sabe que nunca me baño los domingos; sabe que soy un entusiasta del sexo; sabe que me gusta hacérselo por detrás –aunque a ella no le guste–; sabe que mi sueño es hacer un trió, sabe que ella no me concederá ese deseo; sabe todo eso y más, y aún así sigue a mi lado.

Andrea no ignora mi punto débil más famoso: las chicas. Ella sabe que soy un veleidoso –o cómo dice mi buen amigo Leonardo: un pinga loca. Ella sabe que me gustan demasiado las mujeres y sabe que las miro con fruición. Ella sabe que cuando voy a fiestas, mi meta –lejos de divertirme y pasar un buen rato–, es agarrarme a alguna chiquilla agraciada; por eso siempre se molesta cuando yo le digo que tengo alguna reunión a la que pienso asistir.

Andrea ignora que yo le he sacado la vuelta en repetidas ocasiones. Desconoce mi historial como Casanova de barrio; no sabe que –sumando todas las oportunidades–, habrán sido unas treinta veces las que saqué los pies del plato. Ella no lo sabe o finge no saberlo, eso no sé. Andrea no es tonta, pienso que no pasa por alto mis majaderías; sin embargo, es ilusa (o quizá ilusionada), y quizá por eso omite mis tropelías y se imposta un cuento mágico e inmaculado.

Andrea no es perfecta, a veces me saca de quicio, me ofusca malamente, me crispa con sus repentinos –y muy usuales– ataques pueriles, con sus niñerías cursis, con sus poses de telenovela. Me sale con esa clase de cosas que yo detesto y que me hacen detestarla: “Por qué miras así a esa chica”; “tú nunca te acuerdas las fechas de nuestro aniversario”; “tú nunca me llevas a tus fiestas”; “eres demasiado egoísta”; “tú no me quieres, sólo me quieres para tirar”; “tú no me amas, sólo amas metérmela”.

Andrea, por tanto, tiene sus cosas buenas y de las otras también, es normal, es humana, no es perfecta. Pero hay algo en ella que a mí me hace enarbolarla al oasis de los ángeles, encaramarla casi al cielo de Dios; y es que ella no sólo me quiere y aprecia como soy, sino que tiene la magnánima capacidad de amarme a pesar de mi lamentable condición de lujurioso y bigardo, de amarme soslayando las taras en mi vida (que son muchas) y, sobre todo, de amarme sabiendo que yo no creo en el amor.

Quedé en encontrarme con Leonardo en la cafetería después de clases. Siempre es así. Es una suerte de rito que celebramos él y yo, cada día, cada tarde, cada ciclo.

Recuerdo cuando conocí al gran Leonardo, allá por el segundo año de carrera, me lo presentaron en alguna fiesta o algo así. Hasta allí nada del otro mundo, pero luego, cuando coincidíamos en clase, él me resultó bastante amigable y cómplice, probablemente porque siempre se mataba de la risa cuando yo entraba a clase, esperaba a que tomen lista, decía “presente, profesor”, y luego agarraba mis cosas y me largaba así, todo conchudo, importándome tres cuernos valores como el respeto y la prudencia.

Felizmente el buen Leo siempre asistía a todas las clases y, ya al final, antes de dar los exámenes, tenía la amabilidad y generosidad de prestarme sus cuadernos para yo poder elaborar mis plages. Creo que eso contribuyó a que nos hagamos amigos.

Luego, poco a poco, fuimos entrando en confianza: charlando a la salida de los cursos, yéndonos a chupar por ahí los viernes, él prestándome sus cuadernos los fines de ciclo, yo haciéndolo reír al ponerle apodos sañosos a nuestros compañeros, cosas por el estilo.

Algo que hace famoso a Leonardo es su poca suerte con las chicas. Leo es un pata chévere, un buen amigo, un excelente cómplice; pero para llegar a esa conclusión hay que conocerlo bien, él es una persona que da una idea equivocada a la primera impresión; y ya se sabe que para ligar chicas, la primera impresión es la que cuenta.

A Leo nunca le conocí alguna enamorada, jamás. Sin embargo, un par de veces logró algunos besos y manoseos con ciertas chiquillas avispadas que encontrábamos en las fiestas de la universidad. Y siempre que Leo lograba algo así, uno lo veía radiante, sonriente, orgullosísimo de su logro. Y entonces se pasaba días y días rememorando esos acontecimientos que, a

veces, ya eran tan lejanos que de días pasaban a semanas, de semanas a meses y de meses a años incluso. Pero ver a Leonardo contando sus historias era el deshuevo, era todo un show.

Leonardo, en poco tiempo, llegó a conocerme bien, a advertir mis luces y mis sombras, mis cualidades y mis defectos, mis fortalezas y, sobre todo, mis debilidades, es decir, las chicas. Por eso, él siempre se vacila cuando yo miro con fruición a alguna fémina cerca a mí, y siempre anda diciéndome: no hay nada que hacer, eres un pinga loca, Ramiro.

Dejo de cavilar, estoy sentado en una silla incómoda y recostado en una mesita más incómoda aún. ¡Caramba!, ¿qué la jodida universidad ni siquiera puede implementar una cafetería decente? Extiendo un poco la mirada y Leonardo aparece a lo lejos, lo veo entre el gentío que vaga por el patio. Leo está caminando rápido, apurado, y a la vez, ensimismado, con su típica apariencia de chico en problemas.

Cuando llega a la mesa donde lo espero, nos saludamos con cariño y luego él, casi mecánicamente, me pregunta qué novedades, qué planes, qué ideas para el fin de semana, y lo pregunta así, todo de golpe, como ansioso. Yo lo miro risueño y le digo suave, Leo, todo con tranquilidad.

Mi amigo y yo nos perdemos en una plática azarosa y etérea. Sin prisa hablamos del último libro de Dan Brown; del penoso partido de fútbol de la selección, el cual perdió siete a cero; de cómo está quedando mi novela; y cosas por el estilo. Y todo está chévere hasta que clavo la mirada en una linda alumna que está en la mesa de al lado, está sola, está saboreando uno de esos helados que venden en la cafetería y que, seguramente a propósito, los hacen en forma de falo.

Le paso la voz a Leo y le digo musitando: oye, mira a la flaca de al lado, ¡coño, mira como la chupa! Leo la mira y luego ahoga una risa. Se nota a leguas que es terrible traga sables, comento. Leo se ríe y dice: de hecho, se ve que sabe jugar su partido. Y luego nos quedamos viendo como la flaquita

esta chupa y lame y relame su helado, procurándole un goce del que ya quisiéramos ser partícipes mi amigo y yo.

En esas estamos, cuando de pronto la chica le propina un mordisco a su gélida paleta, y yo que estaba figoneando todo digo: ¡jauu, eso duele! La joven me devuelve una mirada entre avergonzada y molesta, luego me dice: ¡idiota!, y se marcha de la cafetería. Leonardo se empieza a matar de la risa, me dice: ¡te pasas de pendejo! Y yo me rio con él, con mi cómplice, con mi secuas, con mi mejor amigo.

Nada salió como lo planeé, odio cuando me pasa eso, sobre todo si se trata de un fin de semana como hoy, que es sábado. Son las nueve o diez de la noche, no sé exactamente, sólo sé que ya es demasiado tarde para hacer algo que me salve de este letargo al que me veo conminado. Ya es demasiado tarde para buscar a mis amigos o amigas, ya deben estar en algo, en alguna reunión o fiesta, celebrando sus juventudes, y no como yo que me siento varado en casa, sin siquiera ánimos de escribir. Tampoco puedo contar con Andrea, pues se fue a pasar el fin de semana a casa de una prima. Hasta Andrea debe estar pasándola bien.

Por eso, no puedo más, me pongo un par de zapatillas y salgo a caminar por ahí, a andar como un zombi por las añejas callejuelas de mi ciudad en sombras. No quiero permanecer en casa, no en el corto tiempo, no así: derrotado, sin nada que hacer el resto de la noche más que leer o rumiar nostalgias sañudas. Prefiero caminar sin rumbo, bigardear por las estragadas y bulliciosas calles de este sábado aciago.

Avanzando perdido, secundado únicamente por una sombra vacilante; siento de repente un ramalazo de maldita nostalgia; he caído en recuerdos, el pasado –bueno y malo– me atormenta. Me veo entonces con un extraño antojo por beber algún ron o cerveza o vodka o algo que me distraiga y me relaje un poquito. Lo primero que pienso es que debo estar bien cagado para darle crédito a la idea de libar solo, como si fuera un alcohólico; pero, valgan verdades, yo me debo al momento, poco me importa pensar en forma circunspecta; ¡a la mierda, voy a comprarme un trago!

No encuentro bodegas a la vista, las calles se ven desiertas. Camino un poco más, la idea de que mi único plan se vea frustrado por no conseguir una tienda me azuza a buscar de una manera más pertinaz. Unas cuerdas después encuentro una bodega al lado de un gran parque. Avanzo pisando el césped, retozando, pensando que debo comprar un trago que no exceda los veinte soles porque no tengo más dinero. De pronto, ya en la bodega,

levanto la mirada y atisbo a una muchacha que está comprando algo; en un primer momento no la reconozco, pero luego caigo en cuenta de que es Roxana, una linda chica que conocí hace algún tiempo y que veía de vez en cuando en fiestas improbables.

No me le quiero acercar, no le quiero pasar la voz, no quiero que me vea derrotado un sábado en la noche, prefiero que me recuerde como me veía en las fiestas en las que coincidíamos, donde solía mostrar una imagen más prolija. Admito que me avergüenza mi condición, la condición de loser que irradia ahora. Me paro a un lado y espero a que ella termine de comprar y se marche, que se marche y no me vea. Roxana está comprando cigarros, está más linda de lo que yo recordaba, ha mejorado, la veo más rica con su polito apretado de tiras y ese jean ajustadito que tiene.

Roxana voltea de repente y me reconoce, ella se acerca y me saluda, me dice: ¡hey, pelucón, a los años!, y lo dice así, tan fresca, como la chica desinhibida que es. Yo la miro y detecto un brillo en sus ojos, una alegría real por haberme encontrado de esa manera tan impensada. Nos saludamos con un extraño cariño, el cariño que proporciona una noche ahora prometedora. Roxana me pregunta qué voy a comprar, qué voy a hacer esta noche. Yo le digo que nada, que venía por una gaseosa, que no tengo nada que hacer. Yo estoy igual, telaza, me dice; ya pues, habla, ¿hacemos algo?, añade. Encantado, Roxi, lo que gustes, soy todo tuyo, le digo y sonrío. Roxana me propone hacer un trago: chupamos acá nomás, en el parque, me dice. Perfecto, también se me antoja un trago, digo, y llamamos al encargado de la bodega para que nos atienda.

Roxana dice que odia el vodka, que prefiere un ron con coca-cola. Yo pienso igual que ella, la adoro por eso. Compramos el licor y la gaseosa, pagamos mitad mitad (como debe ser), el tipo que nos atiende mezcla el trago, nos cobra unos soles más por hacerlo. Roxana, el trago y yo nos movemos hacia el solitario parque y nos instalamos en una banca furtiva.

Nos servimos el brebaje en unos vasitos plásticos. Todo me parece demasiado loco, demasiado bueno, mi suerte ha mejorado.

Roxana y yo hablamos un par de cosas antes de que, soliviantados por el ron, las conversaciones se pierdan por el lado sexual y libidinoso.

Ella me pregunta cuántas veces he tirado, cuál es mi pose favorita, cosas así, y yo siento que esta chica es lo máximo, me encanta que me pregunte esas cosas sin tapujos. Le respondo con toda naturalidad (aunque exagerando las cosas) y le devuelvo las mismas preguntas, las cuales me empiezan a calentar. El líquido oscuro que contiene la botella que nos acompaña se va aminorando; del trago queda menos de la mitad, si antes veía rica a Roxana, ahora babeo por ella. Me le acerco, la abrazo, hablamos muy cerca, conversamos separados por milímetros; siento su aliento suave viciado por el alcohol, eso me excita más.

De pronto nos quedamos en silencio, no es un mutismo incómodo, al contrario, es una pausa amañada, una pausa que indica que viene lo mejor. Me acerco a Roxana y hago lo que quise hacer muchas veces en las fiestas dónde coincidíamos: besarla. La beso. Ella se deja, me corresponde, juega con mi cabello. Roxana besa bien, me lame las mejillas, el cuello, me sorprende, esa chica sabe lo que quiere. Crispado como estoy, poco me importa estar en la vía pública: manoseo a Roxana como un demente, la toco por todos lados, sobre todo el culo, me encanta el culo de Roxana. Ella me dice que no sea loco, que acá no. Le digo para ir a mi casa, le recuerdo que vivo solo. Roxana me queda mirando fijamente, otra vez un silencio entre nosotros, los ruidos de los grillos y del viento contra los arboles salen de lontananza. Luego ella me da otro beso, ¡vamos!, me dice. Me levanto, la tomo de la mano y caminamos a mi casa, y yo me río callado, pensando que este día fue una mierda, pero que la noche lo va a solucionar todo.

Entro distraído al Rendal, un pub venido a menos en el corazón de Barranco. El dueño del pub es un gordo y viejo ex rockero que siempre anda contratando bandas amateurs para que alegren el ambiente de su local. Esta vez, no sé si acertadamente, ese gordo ex rockero nos ha contratado a nosotros para realizar tan noble tarea: la de amenizar al público concurrente, es decir, tocar algunas cancioncillas para los borrachines y coqueros que pululan por los bares de mala muerte en Barranco.

En la banda somos tres. Pablo, un gordillo graciosón que revienta la batería; Roberto, un patita callado y con cara de lápiz que toca el bajo, al cual apodamos el indio; y yo, el chico pelucón y alunado que toca la guitarra y canta –o que intenta hacer dichas cosas, o que se las ingenia para que perezcan dichas cosas.

La banda se llama Aeroplano, pusimos el nombre antes de una presentación, apurados porque nos exigían un apelativo para figurar en la lista de bandas que tocarían aquella noche. Somos Aeroplano, dije, y me sentí un idiota, un cagón, sonó horrible, no es como decir “we are Incubus” por citar un ejemplo. De todos modos nos quedamos con el nombre más por flojos a buscar uno nuevo que por puro gusto.

Los instrumentos están encima de una tarima endeble que al pisarla siento que me voy a caer de bruces en cualquier momento. Gordo tacaño, pienso, te pasas de pendejo con tu escenario de triplay.

Los chicos y yo afinamos nuestros adminículos y nos ponemos a tocar algunos covers, a aventurar alguna versión machacada de los Beatles, y luego poco a poco el local se va llenando de pelucones y chicas vestidas de negro, y de gente que apesta a trago y de toda la bohemia frustrada de nuestra Lima querida.

Tocamos y tocamos canción tras canción alucinándonos rockeros famosos y respetados, sin embargo yo no me siento entusiasmado, me queda claro

que hacer música en el Perú no es un buen negocio, si no más bien un entretenido pasatiempo. Nada más.

¡Don't let me down!, canto, ¡don't let me down!, repito, y todo el respetable público de fumones canta conmigo mientras se bajan un vaso más de cerveza. Luego dejo de cantar unos instantes, me callo para escuchar la voz del pueblo, pero dicha empresa se ve interrumpida por la voz áspera del indio Roberto que, con un inglés bastante chapucero canta ¡dunt lit mi daun!, causando de inmediato la risa malvada de los presentes, la burla constrictora de la audiencia que lo señala y le gritan de todo al pobre indio. “!Anda métete a clases de inglés, oye!”, “!regresa a tu chacra mejor!”, “!sólo toca y cállate, oye, pezuñento!”. Y entonces el indio Roberto no puede más, su dignidad ha sufrido un grave detrimento, el indio deja el bajo a un lado y se lanza del endeble tabladillo hacia la gente burlona, cayendo encima de dos o tres parroquianos.

Volteo a ver a Pablo y no sabemos qué hacer, allá abajo se ha armado una bronca de la gran puta, el indio Roberto esta midiéndose a manazos con un par de tipos que osaron sacarle en cara su magro manejo del idioma anglosajón.

El gordo dueño del local se abre paso entre la gente y, apelando a su tamaño y volumen, separa como un oso al indio de sus rivales y agresores, porque, valgan verdades, si el gordo no los separa, al indio lo dejan como cuy chactado. Así que el gordo los separa y se lleva a los burlones no hacia la calle, no señor, ese gordo tampoco es cojudo, así nomás no larga a sus clientes; el puta los lleva más allá a una mesa y los conmina a que le compren trago para que puedan quedarse. Los muchachos son obedientes y le compran dos jarras de cerveza al gordo negociante.

El indio, por otra parte, estoico como él solo, se vuelve a encaramar al escenario, se cuelga el bajo otra vez y nos incita a seguir tocando. Estás sangrando un poco de la nariz, le digo, al ver un hilillo de sangre bajando

hacia sus labios. Sigue, sigue nomás, me dice el indio Roberto, apurado por reanudar el show. Al ver que Pablo y yo estamos algo azorados por lo ocurrido, es el mismo indio Roberto quien pone manos a la obra: acomoda bien su micrófono, se soba las manos, carraspea la garganta y se arranca a cantar una canción de los Bee Gees en algún idioma espurio que sólo él sabe a dónde pertenece. El público suelta a reír, se regocijan, se ríen del indio y también con él, y al final el más feliz es el gordo y viejo ex rockero dueño del local, porque el indio ha logrado el cometido de nuestra presencia en este antro, generar venta de trago y entretener bonito a la gente.

Es viernes, y como es costumbre después de clases, los alumnos cambian las aulas y los libros por los bares de reputación dudosa y los tragos que no cuentan con ninguna reputación, tarea que no resulta muy difícil. El gran Leonardo y yo (profundos respetuosos de las tradiciones universitarias) terminamos bebiendo con una vehemencia de temer en un kiosco pobretón a las afueras de la pundonorosa facultad de comunicaciones.

Son las diez de la noche, y teniendo en cuenta que empezamos la sesión casi al medio día, decidimos dar por concluida nuestra reunión de estudio (de licores y otras perlas). Con las mochilas a cuestas, Leonardo y yo caminamos en vilo hasta el paradero de autobuses, conversando alucinadamente sobre mujeres y sexo para mitigar la lateada.

A pesar de la hora, hay una cantidad considerable de gente en el paradero: niños, secretarias, familias, uno que otro vendedor, todos esperando su respectiva movilidad. Leo y yo nos sentamos y continuamos hablando, en realidad sólo él habla, pues yo estoy perdido en unos devaneos malvados producidos por esa versión espuria de Johnny Walker que tomé. De pronto, un automóvil, que viene a gran velocidad se estaciona bruscamente ante nosotros, irrumpiendo la vereda y la tranquilidad de los transeúntes que estamos ahí.

De inmediato, bajan del auto dos sujetos, morenos ambos, vestidos con ropas estragadas y rostros adustos, un tercer personaje permanece en el auto sujetando el timón con un mohín vigilante. Los sujetos nos rodean, uno de los morenos se instala a mi lado y el otro al lado de Leonardo, y yo pienso ¡la cagada, estos tipos nos van a matar!

¡Saquen todo lo de valor y sin hacer mucha bulla, chibolos de mierda ahí!, retruca el que está a mi costado, mientras su compinche saca un cuchillo oxidado y lo apunta hacia el cuello de Leonardo.

Asustado como estoy, y en un impulso por no perder mis cosas (incitado obviamente más por tacañería que por valor), carraspeo un poco y digo:

amigos, un poco de tranquilidad por favor, no es necesario sacar un cuchillo, no tenemos nada valioso que les pueda interesar. El moreno que está a mi lado me mira ofuscado y dice: así que no te gustan los cuchillos, a ver si te gusta más este fierrito que tengo acá. Y asolapado saca una pistola de su chaqueta de jean que huele a ala brava. Acto seguido empiezan a rebuscarnos, a palparnos como si fuésemos costales. Yo trato de razonar una vez más diciendo: Amigos, comprendo su situación, sé que la calle está dura y que su deber es producto de la necesidad, sé que este país está de mal en peor, y por eso la gente valiosa como ustedes se ven obligados a hacer cosas que no quieren. Los ladrones se detienen, parecen prestarme atención, y entre tanto siento que parezco un político discursando al proletariado.

Veo en derredor, nadie está dispuesto a ayudarnos; oteo frente a mí una iglesia cristiana bastante imponente, de esas llenas de cruces y mensajes esperanzadores sobre la próxima llegada de Jesús. Entonces decido jugar mi última carta y entiendo por donde tiene que ir mi discurso.

Esté como esté la situación lo importante es la fe, hermanos, ¡la fe es lo primordial!, yo pertenezco a la iglesia que ven enfrente, precisamente salimos nosotros de una charla pastoral, sólo estamos esperando un colectivo para irnos, no le hemos hecho daño a nadie, no nos castiguen, recuerden que el señor nos observa desde los cielos, les digo y hablo sin abrir mucho la boca, temiendo que mi aliento avinagrado por el alcohol me delate. Nosotros somos correigionarios de la nueva obra divina, nos dedicamos a proteger y velar por los demás, trabajamos por el bien de los más necesitados, y lo hacemos a cambio de nada -continúa mi falacia-, no somos adinerados, no tenemos riqueza, todo lo entregamos a la caridad, añado.

Pienso que mi argumento fue estúpido, que no tiene nada de real ni convincente, pero qué más se le puede pedir a alguien que esté bebido y

bajo latente amenaza de un balazo. Sin embargo, el ladrón de mi lado me escucha con la cabeza ladeada, parece anestesiado, parece crédulo. Su compañero en cambio es más desconfiado y, sin darle crédito a mi discurso, se arranca a sacarle todo lo de valor a Leo. Veo perplejo como le saca la billetera, el celular, el reloj.

Para mi mala suerte, ¡nada es perfecto!, en ese instante suena mi celular producto de un mensaje de texto. ¿Ya ves? ¿Cómo dices que no tienes nada?, ahí tienes celular, dámelo, me ordena el ladrón parado junto a mí, al que creí haber disuadido con mi discurso cristiano. El moreno me rebusca los bolsillos y saca mi celular, que sigue expeliendo sonidos que alertan sobre la llegada de un mensaje. ¿Me permite ver el mensaje, hermano? , pregunto, sólo para ganar algo de tiempo a ver si llega la policía o alguien se apiada y nos ayuda. El ladrón piensa un momento. Quizá es un mensaje del Pastor Rivero, nuestro guía espiritual, le miento. El ladronzuelo, que no deja de apuntarme con el arma, ve el celular y luego me lo alcanza: ya, pero míralo rápido, sentencia.

Miro de soslayo a Leo, el ladrón le está quitando la mochila. A la volada oteo el mensaje y arqueo las cejas sorprendido por lo que estoy atisbando. El sujeto con la pistola me arrebató el celular de un tirón: ya, suficiente, ya vistas ya, dice. Yo siento que lo odio, que es un hijo de puta, y también pienso que, lo peor de que se lleve mi celular, es que perderé los números de mis amistades registrados en la agenda, y perderé también los veinte soles de saldo que le puse hace unos días.

Hermano, digo entonces, con voz de monaguillo compungido, ¿cree que sea factible que me deje sacar el chip de mi celular? El ladrón me mira con extrañeza, quizá pensando que soy un idiota. A usted no le va a servir mi chip, hermano, no sea malo, aunque sea déjeme eso, no quiero perder mi lista de contactos, en el chip tengo los números de toda la congregación, añado rebajándome a rogar. El tipo parece conmovido por mi tono de voz,

contrito por estar robándole a un ferviente religioso. ¡Toma!, ¡sácalo!, ¡apúrate!, dice, a la vez que me devuelve mi celular. Tomo el teléfono, saco el bendito chip, y le entrego el aparato otra vez a su nuevo dueño. En ese mismo instante, el ladrón que le tocó a Leo, tras guardarse en los bolsillos todo lo que le quitó a mi amigo, grita: ¡vámonos!, ¡vámonos!

Ambos suben a tropezones al auto plomo que los aguarda en medio de la pista. Se escucha un chillido de llantas. El auto arranca a la carrera y desaparece junto con mi celular y todas las cosas de valor del pobre Leo.

La gente que continúa por los alrededores nos mira sorprendida y comenta lo acontecido, nadie se acerca, nadie nos socorre, sólo nos miran como bichos raros, o quizá con algo de pena. Leo no puede creer lo que pasó, maldice a los asaltantes, maldice la hora en que se quedó a libar, maldice al país, y luego me pide que le preste unos soles para poder irse a su casa.

Palmoteo la espalda de mi amigo, es mi forma de alentarle, y le digo que ya está, que ya pasó, nada podemos hacer y que encantado le presto plata. De regreso a casa, trepado en un colectivo desangelado, expongo una media sonrisa porque no puedo dejar de recordar lo que decía aquel mensaje inoportuno: “anda con cuidado, las calles están peligrosas, te extraño –tu mami”.

Andrea llega a mi casa y es obvio que vamos a tirar, siempre que viene lo hacemos, o mejor dicho: lo hacemos siempre, porque siempre tengo ganas, excepto cuando ella está con la regla, que es el único momento donde no tengo ganas de hacerlo (con ella).

Detesto usar condones, los odio, no me gustan, siempre fui enemigo de ellos, sé que son fundamentales para prevenir miles de cosas, pero a decir verdad no los soporto, así de simple. Andrea odia que yo odie los condones, siempre tiene problemas con eso, lo cual hace que cada vez que tiremos tengamos problemas.

Ella es una profunda respetuosa de la higiene y la protección y la prevención, mientras yo soy un profundo respetuoso de la concupiscencia en su máximo goce.

Me acerco a Andrea, la beso por el cuello, le toco de todo, hago de todo por excitarla, sintonizarla conmigo y hacer que se entregue al placer. Pero Andrea, esa chica comedida, me aleja con los brazos y me dice que por las puras me excito porque no hay condones y sin ellos no podemos tirar. Siento entonces que odio la cabeza fría de Andrea y que es un error que sigamos juntos siendo tan distintos, pero no le digo nada, sólo me recuesto en el sillón y me hago el ofendido.

¿Encima te molestas?, pregunta Andrea. No respondo nada, guardo hermético silencio. Respóndeme, pues, Ramiro, ¿qué te pasa? Me mantengo en mi posición, no digo palabra alguna. ¡Ya, pues, Ramiro, no te molestes!, dice ella, acercándose a mí; luego se sienta a mi lado y me da un beso. Andrea besa muy bien, muy rico, me vuelve a excitar con su lengua revoloteando dentro de mi boca, se me para otra vez y vuelvo al ataque. Pienso que ahora nada me detendrá.

Desvisto a Andrea y hacemos el amor ahí mismo, en la sala, sobre el sofá. No me pongo condón, me da igual. Antes de venirme dentro de ella siento un ápice de lucidez, un instante donde dejo en el limbo el hecho de terminar

o no, y entonces le pregunto a Andrea, que está de espaldas a mí, si puedo venirme adentro. No sé por qué se lo pregunto, quizá para no merecer toda la culpa de algo inminente. Pienso que Andrea está tan excitada como yo en ese momento, que asentirá mi propuesta sin mayores objeciones. Pero no es así.

No te vengas, me dice, me vas a embarazar. ¿No quieres sentirla adentro?, le pregunto, sin dejar de moverme. ¡Sí!, dice, ¡no!, se rectifica. Sí quieres, le digo, yo sé que quieres. Andrea se empieza a mover con más fruición, meneándose toda, como si le gustase lo que está escuchándome decir. Haz lo que te provoque, dice soliviantada, y luego se voltea un poco y busca darme un beso. Me encanta tenerla así, la beso y luego la gloria, termino dentro de ella, un largo suspiro delata mi conclusión.

Rato después, sentados a la mesa, Andrea me pregunta qué vamos a hacer. ¿Qué vamos a hacer de qué?, pregunto yo. ¿Cómo de qué?, de que terminaste dentro de mí, dice ella, ofuscada. ¿Hay probabilidades de que quedes embazada?, pregunto. Obvio, muchas probabilidades, dice. ¿Del uno al diez?, pregunto divertido. Idiota, del uno al diez: ¡diez!, responde. No me asustes, digo. ¡Ahora te asustas, pero cuando estabas metiéndola te llegó altamente!, dice ella. Bueno, bueno, ¿qué se puede hacer, Andreita?, digo, terminando con los escarceos. Comprar la pastilla del día siguiente antes de que esto pase a mayores, dice ella, con los brazos cruzados. No digo nada, le sigo la corriente.

Salimos del departamento y caminamos hasta una farmacia que queda a unas cuadras, es una farmacia grande y que se caracteriza por vender todo muy caro. Cuando llegamos hasta la puerta del negocio, Andrea se retrae: ¡yo no entro ahí ni loca!, dice. No me sorprende que ella no quiera entrar a la farmacia, seguro le da vergüenza, ella es así.

No hay problema, digo, yo entro solo. Andrea no parece complacida con mi repentino estoicismo, más bien continúa incómoda, como enfadada.

Por otro lado, me entra la intriga de saber quién pagará la pastilla, porque yo, para variar, estoy corto de plata.

Extiendo la mano, en clara señal de querer recibir dinero.

¡Ah, ni creas que voy a poner un sol para esa pastilla!, me advierte Andrea. Pero, Andrea, yo no tengo plata, tienes que ponerla tú, yo estoy esquilado, digo. ¿Qué es eso?, pregunta ella. ¡Ay! Nada, nada, digo, la cosa es que me tienes que dar el dinero, yo no tengo. Tú la metiste, tú te viniste, tú me embarazaste, tú pagas la pastilla, dice Andrea. No te he embarazado, no seas novelera, le digo. Lo que sea, por arrecho ahora paga la pastilla, finaliza.

Entro a la farmacia, hay tres señoritas atendiendo y varias personas dentro rondando o curioseando, o no sé qué rayos hacen pero no están comprando nada, sólo están allí para hacerme más difícil la tarea. Espero con prudencia a que una de las clientas termine de ser atendida; mientras tanto, reparo en que toda la gente está muy junta, será inevitable que mi bochornoso pedido llegue a oídos de todos los presentes.

Buenas tardes, le digo a la cajera, que terminó de atender a la vieja que estaba antes que yo, ¿tendrá la pastilla del día siguiente? Al decir esas palabras, siento que todos me han escuchado, que todos me están viendo y señalando, que todos están imaginándome tirando para explicar mi presencia en aquella farmacia. La cajera, vestida de blanco, teclea algunas cosas en su ordenador y mira la pantalla; tengo Inmediat N, me dice. ¡Esa!, digo apurado, ¿Cuánto está? Veinticinco soles la tableta, dice la cajera de forma desganada. ¿Veinticinco?, digo, ¿no tiene una más barata? Esa es la más barata, joven, responde la cajera. Está bien, dámela, digo y pago. Luego espero a que me alcance las benditas pastillas que me han costado el almuerzo de tres días y me voy como vine: a la carrera.

Andrea toma la pastilla ayudada por un vaso con agua, la toma y hace un rictus de asco, luego se mira el estómago y dice: bye, bye, pequeño Ramiro.

Yo la miro y sonrío, y siento que algún día me gustaría tener un hijo con Andrea, y si no es con ella no es con nadie.

Es miércoles por la tarde, he cerrado el libro que estaba leyendo la última hora y media. Me estiro malamente y luego quedo algo desorientado, no sé qué hacer. Me dispongo a escribir, pero pronto me doy cuenta que estoy enervado, sin ideas. Me convengo de salir un rato, caminar; se me ocurre ir a comprar una película.

Cerca de la plaza del mercadillo pobretón de San Isidro, encuentro un puesto—ambulante—furtivo atestado de cajas de películas. Tres pundonorosos muchachos atienden a cuatro gatos que atisban de soslayo los títulos improbables de los films de moda. Me acerco al mostrador y un mofletudo joven se me pone en frente. ¿Si, choches, alguna peliculita?, me dice apurado. Sí, claro, le digo, tienes...; me quedo pensando en alguna película y no se me viene nada a la mente. Tengo todo choches, me informa el vendedor; toma acá hay un catalogo de las películas que tenemos, añade y me alcanza un voluminoso álbum fotográfico.

Me hace gracia la forma de hablar de aquel sujeto. Me da risa que me diga “choches”, con la típica mala costumbre de los peruanos de agregarle plurales a las palabras.

Empiezo a otear lentamente las páginas del catálogo, figuran películas de moda y también algunas antiguas, ninguna me llama la atención. Mientras tanto, el gordo vendedor —que parece ser el dueño de la tienda— empieza a incentivar a sus trabajadores para que laboren más rápido, los palmotea, les dice: menudea, oye, menudea; y a la vez él atiende a otros parroquianos que han arribado a su establecimiento ilícito.

Cholo, ¿tendrás la última de Ben Stiller?, vocifera un cliente, un joven que se ha parado a mi lado. Por supuesto, dice el gordo, acá la teníamos desde antes de que la terminaran de filmar. La mayoría de los reunidos se ríe. A ver pruébala, cholo, porque la vez pasada te pedí Shrek y me diste un dvd musical de Cher. Las risas se vuelven contundentes. El gordo prueba el disco y confirma que la película es la de Ben Stiller.

El joven cliente le extiende al gordo un billete de veinte soles, el gordo los recibe y le da algo más de cuarenta soles de vuelto, incurriendo en un evidente error de cálculo. ¿Estás regalón, gordito?, dice el cliente, ¡te pago con veinte y me das vuelto de cincuenta! El gordo hace un respingo y entra en cuenta de su confusión, sólo atina a rascarse la cabeza y contar su dinero. Está bien que parezcas un equeco, oye, pero no es para que andes regalando tu plata, dice el honrado cliente, haciéndose el gracioso. El gordo parece azorado. ¿No me vas a agradecer?, pregunta el comprador. El gordo se hace el distraído, pasa por alto el honesto actuar de su cliente, vira hacia mí y me pregunta si ya he elegido alguna película.

¡Bien mal agradecido eres, cholo, ah!, recrimina el joven honesto, ¡uno en el Perú no puede ser honrado, caray! El gordo, avergonzado, emprende un balbuceo que traducido al castellano sería: gracias, gracias, flaco. Los demás vendedores permanecen riéndose, viendo sonrojarse a su robusto patrón. El gordo parece admitir su derrota y le extiende la mano al honrado cliente, en clara señal de agradecimiento. Ahí nomás, ahí nomás, dice el cliente, apartándose un poco, no seas confianzudo tampoco, pues, gordito, tampoco me vas a venir a querer dar esa mano que te la habrás metido quién sabe dónde. La risa es general, el gordo sonrío derrotado, con un mohín que a mí me causa algo de pena.

Gordo, antes de irme, dice el joven cliente, ¿no tienes la nueva película peruana? No, flaco, dice el mofletudo vendedor, sí la tenemos, pero para apoyar la producción nacional no la vendemos hasta que salga de cartelera. ¡Correcto, eso me parece correcto!, dice el cliente, y se va riéndose. El ambiente empieza a molestarme, los olores que irradian del puesto me invitan a partir rápido. Elijo una película algo prístina que me pareció interesante por la foto de portada. El gordo en un acto mecánico saca el dvd que le pido de una gran caja y se dispone a probármela. Lo detengo de inmediato, más por un deseo de irme rápido que de confianza, y le digo que

me dé la película así nomás, que no hay problema. El gordo se encoge de hombros y me dice: ¡gracias, choches, vuelve pronto! Y yo parto con mi dvd bajo el brazo, sin saber que, por buena gente, regresaría horas más tarde a reclamarle airadamente el haberme vendido cualquier cosa menos lo que le pedí.

Tras culminar otra semana tediosa y aburrida en la universidad, ni bien suena el timbre de la salida, Leonardo y yo, como es costumbre, empezamos a tramar a dónde iremos a chupar. El hueco es la mejor opción, ese antro bullanguero es acogedor después de todo, y lo mejor es que albergaba a las chicas lindas de la universidad; es el lugar ideal para interactuar con ellas. Con las mochilas auestas, caminamos hasta el hueco, el cual es conocido como El Hoyo Negro. El lugar es un otrora restaurante, oculto recónditamente entre fábricas cerca de la universidad, el cual ahora luce a oscuras y alimentado por músicas estruendosas y de moda. Un sujeto fornido y con cara de pocos amigos está ubicado en la puerta (un portón de metal) para resguardar la entrada y la salida de los alumnos y su adecuado comportamiento; es como la autoridad en el Hoyo Negro.

Leonardo y yo entramos, el humo viciado nos recibe acompañado de reggaetones variados. A pesar de que aún es temprano (no más de las tres de la tarde), varia gente ya atiborra el lugar y hace difícil la permanencia en él. Compramos seis chelas bien heladas, las ponemos en el piso, y empezamos a beber sirviéndonos en vasos descartables. Tomamos con presteza, impacientes por estar acordes con las escenas alocadas que vemos a nuestro alrededor; tomamos también para envalentonarnos y animarnos a sacar a bailar a las hembritas que se mueven por ahí.

De pronto se le acercan a Leonardo tres chicas que yo no logro ver bien, porque la luz es escasa. Lo saludan con cariño, lo que me extraña, Leonardo es un chico antisocial, casi siempre para solo, es famoso por su ineptitud con las mujeres. Leo me presenta a sus amigas, al saludarlas las veo con mayor nitidez: no son feas, pero tampoco son lindas. Ellas se juntan con nosotros y compran más cerveza y empezamos a tomar y a bailar. Noto que una de las chicas, una que luce mayor y rolliza, y que ahora que veo bien es realmente cero agraciada y se llama Jenny, es la que comanda a las

demás. Las otras dos chicas, Karina y Marita, la obedecen al milímetro, a pesar de que ellas son largamente más bonitas. Atribuyo esto a que de seguro Jenny cuida de sus amigas y, valiéndose de su volumen y cara de perro, las protege de los mañosos y las peleas, erigiéndose en una especie de líder para ellas.

A medida que el alcohol hace a un lado mis sentidos, yo empiezo a bailar más suelto, con pasos que vi alguna vez en la televisión, tratando de emular a los chicos que bailan bien en el Hoyo Negro; al mismo tiempo, me es inevitable encontrar cada vez más ricas a Karina y a Marita. Ambas bailan conmigo, ignorando seguramente que yo soy un perverso temible, y que mientras ellas se mueven coquetas, yo me las estoy imaginando en mil poses y rogándome por placer.

De repente la música deja de sonar, el bullicio se corta bruscamente y se escuchan las quejas de los bailarines y borrachines libidinosos. No logro ver que ha pasado, por qué se ha interrumpido el sarao. Leonardo viene hacia mí y dice: la policía, la policía ha entrado. Alguna veces, la policía cae en el Hoyo Negro y hace operativos alegando que el hueco deja entrar a menores de edad; entonces llegan y cierran el Hoyo Negro así, de buenas a primeras. La gente se empieza a alborotar, se escuchan silbatazos de policía. Yo, por un impulso más tacaño que heroico, agarro las cervezas que nos quedan y las meto en mi mochila: yo me llevo las chelas, ni cagando se las dejo a los tombos, digo.

Salimos del Hoyo Negro y todos se lamentan, se quejan diciendo que la policía ha arruinado la fiesta. Mareado como estoy y sin temor al rechazo, les propongo a las chicas y a Leonardo ir a un parque, a continuar la celebración, con las cuatro cervezas que metí en mi mochila. Las chicas miran a Jenny, me doy cuenta que ella decidirá nuestra suerte. Jenny piensa un poco, paladea la idea; finalmente acepta. Karina y Marita me dicen que soy lo máximo por haber sacado el alcohol, y yo sólo pienso que

quiero emborracharnos para que esto termine en una orgía del carajo. Caminamos hacia un parque cerca a la avenida Angamos, un parque grande y oscuro, y nos instalamos en medio de él, rodeado por árboles coposos y cómplices.

Arrancamos a libar y empezamos a hablar cosas fatuas. Siento que mis opciones de agarrarme a Karina, o a Marita, o a las dos, lejos de incrementarse se han reducido, porque la ausencia de música y las miradas claras de Jenny nos están limitando, por lo que mis reciedumbres decaen y el desánimo me invade. De pronto, Jenny se pone de pie, empieza a dar brinco, la veo más fea que antes, y entonces dice que tiene que ir al baño, que se hace la pichi. Pienso que se llevará a Karina y a Marita, odio la idea. Por suerte, Leonardo se pone de pie y confiesa que también quiere ir al baño, que ya no se aguanta. Jenny lamenta que, para aliviar la vejiga, deba regresar hasta la universidad, porque no hay baños en las cercanías. Así entonces, Leonardo y Jenny salen del parque y yo me quedo con Karina y Marita, que no paran de reírse y chupar. ¡La suerte me cambia, la suerte me sonríe!, y yo sonrío como saludando la acertada retirada de Jenny y la prudente retirada de mi amigazo Leo.

Karina, sintiéndose más suelta, propone jugar verdad o castigo. Yo entiendo que ella está dispuesta a todo. Marita rechaza la idea. Yo pienso que Marita es una quedada. Luego dice que mejor jugamos sólo a castigarnos, es más directo, aduce. Y yo entiendo que Marita de quedada no tiene ni un pelo. Karina me manda a que bese a Marita, lo he esperado todo el día, me le lanzo encima y la beso con fruición. Luego Marita me manda a que bese a Karina; yo la obedezco sumiso. El trámite se repite una y otra vez, y yo logro degustar rico los sabores de ambas chicas, de ambas bocas.

Después de una retahíla de besos afiebrados, y en un afán de obtener más del momento, les digo a las chicas castigadoras que se den un beso

entre ellas. Marita y Karina se miran divertidas, se ríen, se toman de la mano, se acercan. Yo me quedo viéndolas, con una dureza innegable en mis pantalones. Pero ellas se detienen antes de rosar sus labios, luego Karina dice: nosotras nos besamos, pero primero enséñanosla. Me quedo en silencio un momento, ¿quieren que me baje los pantalones?, pienso, ¿en verdad me atrevería a mostrarles la pinga en aquel parque de mala muerte?, ¡claro que sí! Acepto, digo de inmediato: me bajo la bragueta, hago a un lado el bóxer y se las muestro ahí mismo; la saco erguida y acezante, sin pudor alguno. Ellas me la ven con sus miradas pendencieras por un rato, hasta que me la guardo nuevamente. Ahora ustedes, digo, ya me la vieron, ahora bésense.

Karina y Marita se acercan, y esta vez juntan sus labios y se besan ante mi rostro atónito. Las veo besarse y las deseo demasiado, es una imagen que me desborda totalmente. Ellas se besan con cierta delicadeza, pero con pasión, liberando sonidos producto de sus lenguas y sus labios uniéndose y zafándose, los cuales me ponen más loco aún. Yo me les acerco y alcanzo sus mejillas y ya, ahora los tres nos estamos besando. Siento los sabores de ambas, me excito como nunca. Marita hurga en mi entrepierna; me manosea; me la coge. Yo recién estoy empezando, aún no las he tocado.

De repente, de entre los árboles, aparecen Jenny y Leonardo, vienen caminando rápido, apurados. Marita me hace a un lado, Karina se acomoda y finge estar buscando algo en el pasto. ¿Todo bien?, pregunta Jenny. Marita y Karina asienten tímidas, parecen avergonzadas. Sí, todo bien, respondo, todo tranquilo. Pienso que Jenny, aparte de fea, es una inoportuna de mierda. ¡Qué bueno, qué bueno!, dice Jenny, con aires de mamá; más bien nostras ya nos vamos, se nos ha hecho tarde, añade, mirando a mis chicas. Marita y Karina se ponen de pie, obedientes, y se despiden de mí y de Leonardo con una evidente incomodidad. Luego, con Jenny al centro, se marchan caminando hasta desaparecer de mi vista. Me

siento terrible, siento que esa horrible tipa me cagó la noche. Leonardo se encoge de hombros y me cuenta que se quiso tirar a Jenny, pero ella estaba con la regla y no pudieron, y por eso vino amarga con ganas de irse. Pero no era para que me cague el plan a mí también, protesto, pero era irremediable, mis chicas castigadoras ya se habían ido.

Hoy es cumpleaños de mi primo Carlos, cumple veinte años, dará una fiesta, no pienso ir. Carlos es hijo de una de las hermanas de mamá; de niños solíamos jugar juntos, pero desde hace un tiempo, desde que crecimos, ya casi nunca nos vemos. Digamos que no está entre mis cien primeras prioridades socializar con la familia de mamá. Carlos es un chico que, según cuentan los chismes familiares, se ha vuelto bastante rebelde, y va por ahí luciendo un look reggaetón. Bien por él, suelo decir, bien por él.

Yo estoy de visita en casa de mis padres; mamá me reprocha el que no quiera ir a la fiesta de mi primo, me dice que Carlos le rogó que me convenciera. Yo sé que mamá está exagerando y que a Carlos le importa tres cuernos si voy o no a su dichosa fiesta, pero no se lo digo. En cambio le espeto: ¡Carlos es un pirañita, no quiero ir a esa fiesta de pirañas! Mamá se lleva una mano al pecho, ¿cómo puedes hablar así de tu primo hermano?, me dice ofendida. Detesto la palabra “primo–hermano”, pienso. Antes de que mamá siga con su show, la interrumpo y le digo resignado: esta bien, mami, voy a ir aunque sea un rato.

Llegada la noche, me cambio apurado y me meto un viaje interprovincial hasta el pujante distrito de Ate, donde vive Carlos. Apenas bajo del colectivo polvoriento, corro hasta la casa de mi primo, y no corro por una ansiedad a ser parte de la fiesta, si no que no quiero ser asaltado por alguno de los varios muchachos–cara–cortadas que pululan por el lugar, y que seguramente también se dirigen a la reunión de mi primo en calidad de invitados.

La casa del gran Carlos expele reggaetones a todo volumen, me gusta el reggaetón, pero siento que esta noche será una apología al género. Carlos vive en un segundo piso, la puerta de la casa está abierta, entro sin anunciarme, encomio las confianzas que se permiten en este barrio. Subo las escaleras de madera, que hacen las veces de Parque Del Amor para

algunas parejas que se besuquean obscenamente por ahí, y ya, estoy en la fiesta.

El lugar está repleto, han movido los muebles de la sala y la mesa del comedor, formando una gran pista de baile, la cual es todo un éxito. Chicos y chicas se mueven al compás de las canciones (los chicos detrás de las chicas) y del humo. Las luces están apagadas, todo está oscuro, lo primero que pienso es que temo que me roben algo y se den a la fuga. Paseo un rato por esa casa que visitaba de pequeño para jugar Playstation, y que ahora está convertida en una discoteca–urbana–popular. No veo bien a las chicas, todo está muy oscuro; no veo a Carlos tampoco, me empiezo a arrepentir de haber venido.

Me recuesto sobre una de las paredes; han pasado más de quince minutos y sigo sin hacer nada más que ser un extraño en el lugar. El reggaetón me contagia de pronto, me hace mover la cabeza, los pies, seguir su ritmo con las manos. Pienso en sacar a bailar a alguna chica, pero declino rápido a la idea, pues sigo sin ver con claridad y no quiero sacar a cualquiera tampoco.

Pasan los minutos y sin pena ni gloria pienso en retirarme, empiezo a avanzar hasta las escaleras para abdicar. De pronto, una mano me toma del hombro: ¡Ramirito!, escucho. Volteo de un respingo (porque quizá me están cuadrando) y me alivia ver a Carlos tras de mí. ¡Carlitos, primo–hermano, feliz día, hombre!, digo. ¡Gracias, gracias, Ramiro!, pensé que no venías, dice. Cómo perderme el cumple del gran Carlos, eso ni hablar, digo, y siento que estoy gritando porque la música no deja hablar bien.

Carlos me lleva con un grupito de chicos y chicas que están chupando con sed nazi. Es un grupo numeroso, con más chicos que chicas, todos toman y bailan parados en sus sitios, todos lucen harto reggaetoneros. Carlos y yo empezamos a hablar con una familiaridad que yo atribuyo a su avanzado estado etílico; hablamos de cómo nos ha ido en este tiempo sin vernos, nos

mentimos un poquito. Yo no me siento cómodo, pues el trago que me invitan está horrible (es un vodka barato); y porque todos lucen tan urbanos con sus polos talla XL y sus shorts talla XL y sus actitudes talla XL; y yo en cambio estoy tan formal con mis jeans clásicos y mi sudadera morada y mis timberlands añejas.

El tiempo pasa y yo me aburro más y más. Carlos se fue a conversar por ahí con otros amigos, me volví a quedar solo. Estoy meditando la forma más elegante de largarme del lugar, cuando Carlos se me vuelve a acercar. Ramiro, me dice, una de mis amigas quiere conocerte, le has gustado. Los ojos me brillan, unos bríos raros me invaden de pronto, si una chica me quiere conocer que empiece la fiesta. Por mi normal, le digo a Carlos. Chévere, la voy a traer, finaliza él.

Como quien no quiere la cosa, empiezo a pasarme las manos por el cabello, como peinándome, hay que lucir bien para la fanaticada. De pronto, Carlos se aparece con una chica que luce una minifalda y un mini top, una chica delgada y de piel trigueña, de cabello corto y muy sensual. Ramiro, te presento a Sara, dice Carlos; Sara él es Ramiro. ¡Hola Sarita!, digo acercándome, dándole un beso en la mejilla. No la veo bien, no preciso los ángulos de su rostro, de igual modo, no llego a verla fea (y quién es feo visto con poca luz y con alcohol encima).

Sarita y yo departimos un poco: conversaciones cliché; frases ya dichas y muy gastadas; tontería y media. Sarita es muy avezada, me habla mirándome a los ojos, riéndose, se hace la halagada cuando yo le digo que se ve bien, que me gusta su look. El trago sigue llegando a mis manos, primero le sirvo a Sarita (que se toma el trago de un sorbo), y luego me sirvo yo y ¡seco y volteado para verte mejor, Sarita!, pienso.

Sarita me invita a bailar uno de los reggaetones que continúan saliendo incansables del equipo de música. Caminamos hasta la pista de baile y luego ella se voltea y se pega a mí, como haciendo algo de rutina. No me

opongo, tomo de la cintura a Sarita y empiezo a moverme. Sarita se mueve rico, muy sensual; yo la empiezo a mirar de soslayo, veo sus piernas trigueñas y gráciles que salen de esa minifalda que yo ya quiero levantar. Abrazo a Sarita por detrás y ella se deja e incluso se reclina hacia mí. Yo estoy demasiado excitado, siento que quiero tirarme a Sarita ahí mismo.

Acerco mi cara a la de Sarita y busco sus labios; ella, tan diligente, se apura y alcanza los míos; nos besamos de la manera que más me gusta: yo abrazándola por la espalda. La oscuridad sigue envolviéndonos, nadie parece sorprendido de que me esté agarrando a Sara, por eso mismo me la agarro con mayor intensidad. Sarita, aún bailando, me dice que le dio frío, que va a ir a recoger su chompa que está en la habitación de Carlos. Antes de que se vaya la alcanzo y digo: ¿no quieres que te acompañe? Ella asiente con una sonrisa.

Caminamos tomados de la mano entre el gentío libidinoso. Con un poco de esfuerzo logro verle el culo a Sarita, encaletándose entre esa escueta minifalda. Me muerdo los labios, señal de arrechura. Llegamos a la habitación, hay varios abrigos tirados sobre la cama, abrigos de los invitados; Sarita entra y yo entro tras ella y luego cierro la puerta con seguro. La habitación está oscura, no quiero prender la luz, así está bien, no me gusta hacerlo con la luz prendida, es mejor dejar cosas a la imaginación. Sarita finge buscar un abrigo de entre el montón, está entre la cama y yo, mirando a la cama. Abrazo a Sarita por detrás nuevamente, la beso por el cuello, me psicoseo un rato. Luego me saco la correa, me bajo el pantalón y el bóxer, le levanto la faldita a Sarita, y cerrando los ojos para sentirlo todo, le bajo el calzón. Entonces se la meto con un placer descomedido, con unas ganas antiguas, con un deseo que no podía contener y que me hacía temblar las piernas. Sarita gime rico, gime y me excita aún más. Rato después, estoy a punto de venirme, la saco y me corro; me corro y ¡la cagada!, me vine encima de los abrigos tirados en la cama.

Sarita se ríe de lo ocurrido, yo me siento preocupado porque temo que esos abrigos son de los bandoleros que están en la fiesta, y si ven que yo he arruinado sus ropas compradas con tanto esfuerzo (o robadas del mismo modo), me van a matar. Le digo a Sarita que agarre su abrigo de inmediato, ella coge una chompa que menos mal no ha sido alcanzada por ese líquido blancuzco que emanó de mí. Salimos apurados de la recámara de Carlos, volvemos a la fiesta. Sarita ya no me interesa, lo que me interesa ahora es salir con vida de ese lugar. Le digo al oído que ya vengo, que voy a los servicios higiénicos; me abro paso entre la gente que sigue bailando y me escurro por las escaleras, salgo y corro a tomar un taxi, corro y como un demente, corro para que no sepan que fui yo el que me corrí.

Estoy caminando de regreso a casa, pasé la tarde con Andrea, fuimos al cine, vimos una película lamentable. Andrea se molestó conmigo porque, tras ver la película, le dije para ir al depa a tirar, ella no quiso y yo la mandé a la mierda y entonces ella se indignó, tomó un taxi y se marchó. Mi casa está cerca al cine, por lo que no es una mala idea retornar caminando. En eso estoy, cuando de pronto veo con creciente asombro que una plazuela venida a menos ha sido convertida en una improvisada feria artesanal.

El lugar es grande, el piso está lleno de tierra, un gran toldo diáfano cubre los no pocos puestos de venta, se puede oír música andina por doquier. Camino algo confundido entre compradores, curiosos, chullos, ponchos multicolores y kin-kones acopiados en grandes rumas. Echo un vistazo a los llaveros y adornos con motivos andinos que se ofrecen en uno de los puestos. ¡Lleve sus llaveros inca, casero, los llaveros de la suerte, los llaveros del saber!, me ofrece un tipo de avanzada edad que está a cargo de un negocio. Ahí nomás, maestro, sólo estoy mirando, le digo, los ojos clavados en la infinidad de huaquitos con cadenitas que vende.

Avanzo rumbo a la salida, invitado por un fuerte olor que no estoy dispuesto a aguantar por mucho tiempo. Camino rápido. Cerca de la puerta atisbo de soslayo uno de los últimos puestos de venta: una mujer ya mayor y ventruda, vestida con un sinnúmero de polleras y un poncho que me imagino representa el arcoíris, arrellanada en el piso, sobre una manta con más colores aún, me llama la atención. ¡Hola joven, te leo tu suerte, joven!, me dice la mujer, mirándome a los ojos. Alargo la mirada y oteo el negocio que resguarda aquella mofletuda adivinadora: una mesa llena de brebajes, plantas de todo tipo, crucifijos y cuadros de algún Cristo aperuanado y varios equecos millonarios, con muchos billetes a cuestras ubicados estratégicamente.

Te leo tu suerte, pues, joven, te leo tu coca, ataca nuevamente la adivina en cuestión. ¿Qué cosa es lo que lees?, le pregunto algo incrédulo. Tu

coca, pues, en la coca clarito sale tu vida, precisa la mujer, señalando unas hojas de coca; a cinco solcitos sale la leída, añade. Nunca me he sometido a una de esas personas que dice saber (y poder) predecir, pronosticar y augurar el futuro de los demás, siempre me pareció charlatanería pura. Sin embargo, esta vez es distinto; quizá por la maldita curiosidad que me subyuga, o por el hecho de que no sea la típica gitana espuria con cartas indescifrables y hablando con un dejillo español. Lo cierto es que acepto la invitación de la mujer con polleras multicolores y entro a su precario negocio.

Ven pasa para acá, me dice levantando una cortina hecha de más trapos multicolores. Entro algo nervioso y azorado a la vez; huele a hierbas; hay una pequeña mesa y una silla. Asiento, joven, asiento, me dice la adivina, yo voy acá en la tierrita nomás. Tomo asiento en una añeja banca de madera, la mujer se deja caer al piso y se arrellana en él como puede. Luego toma un puñado de hojas de coca en sus manos, pronuncia unas palabras, me imagino que en quechua, y tira las hojas al viento, las cuales caen lentas y zigzagueantes a la mesa. Yo permanezco inmóvil, mirando el ritual que se efectúa delante de mí.

Mira, pues, joven, dice la mujer, acá sale toditita tu vida. La miro expectante, ella continúa: veo que te gusta salir, te gusta tu vacilón, estás dejando de lado tus estudios por tanta calle. Me río asintiendo, como dándole la razón. Estás comiendo mucha grasa, me dice sin dejar de escudriñar las hojas sobre la mesa, pura chatarra eres. Se hace un silencio. ¿Cómo estoy de plata?, le pregunto apurado. Veo que te va mal, joven, paras despilfarrando la plata, guarda pan para mayo, me recomienda; junta tus cobres. Dime más, digo inquisidor, qué hay del amor, de la amistad. Veo rupturas, joven, veo llanto, veo traición, veo desamor a causa de viajes, parece que viajas, joven. Caray, suspiro.

Pero no todo es maluco, me dice ella, llegas lejos, eres ingenioso, eso te va hacer triunfar, veo triunfo. Sonríó envanecido, por fin algo bueno; pienso qué más preguntarle, no se me ocurre nada. Son cinco soles, me recuerda la mujer, cortando mi devaneo. ¿Qué ya, tan rápido?, me sorprende; dígame algo más, añado. Si quieres saber más, son cinco soles más, dice, ya no tan amable. Sonríó reticente; entonces ahí lo dejamos -digo- le haré caso, ya no dilapidaré mi dinero. Saco una moneda de cinco soles y le pago, me paro y salgo apresuradamente de aquel cuarto.

¿No quieres que te pase el cuy, joven?, alcanza a preguntar, a gritos, la mujer. No, seño, ahí nomás. Limpiecito te irías con el cuy, me dice. No, seño, para la próxima, digo pasando apurado hacia la salida.

Camino extrañado, sin poder dejar de pensar en las predicciones de aquella rolliza adivina, ¿cómo supo que no me importa la universidad, que me va mal en el amor y que me encantan el Mc Donald's?

Estoy en clase, distendido en uno de los incómodos asientos del salón, mirando y remirando como un orate el reloj, ansioso porque pase la hora y llegue la salida, para que suene el timbre que dará inicio a los festejos de este viernes hasta ahora mediocre.

El profesor está hablando de algo, o dictando algo, o alguna tarea está haciendo, cuando de pronto, por fin, suena la campanilla ruidosa y ensordecedora del cambio de hora, del fin de la clase, y, para mí, del inicio de las celebraciones y libamientos.

Salgo al patio de la universidad y camino hacia una de esas bancas de madera que paran demasiado calientes por el sol y que siempre te queman el culo y te hacen dar un brinco al sentarte y que te hacen quedar como un reverendo idiota ante los viandantes, en una de esas me siento así, despacito nomás para no achicharrarme la espalda baja, y me dispongo a esperar a Leonardo para ver qué rayos hacemos este viernes.

Leo llega minutos después y, para variar, no tiene ni puta idea de a dónde podemos ir o qué podemos hacer, y creo que tampoco tiene idea de dónde carajos está o quién es, porque siempre para despistado el gran Leo. Así que yo me pongo a urdir algún plancito mientras desnudo con la mirada a las universitarias provocativas y sensuales que modelan por el patio. Me es inevitable no sentirme como un perro hambriento, el cual está viendo pasar trozos ricos y jugosos de carne; así me siento, jadeante y con la lengua afuera.

Le digo a Leo –con la libido resaltada–, para ir al Hoyo Negro en busca de hembritas. Estoy como loco, le digo, vamos al hueco a probar suerte.

Caminamos ansiosos hasta el dichoso Hoyo Negro, y mientras tanto yo me voy peinando con las manos y remangando un poco la camiseta que llevo puesta, con el propósito de resaltar los bíceps que, mal que bien, he logrado con algunas planchas diurnas. Al llegar al antro universitario, aciaga es mi sorpresa, veo, con creciente admiración y desolación, que el Hoyo

Negro no ha abierto sus puertas este viernes, no hay nada, el lugar está cerrado y de la bulla y el sarao que antes anegaban la zona, sólo queda un recuerdo y una melancolía constrictora.

Leo me dice que, en vista de que el hueco está cerrado, lo mejor será irse a casa y pasar un fin de semana tranquilo nomás, porque los exámenes arrancan el lunes, Ramiro, y hay que estudiar un poco por lo menos. Por lo mismo que los exámenes empiezan el lunes, hoy hay que hacer algo como despidiéndonos de la vagancia, pues, Leo, le digo tratando de convencerlo. Mi amigo duda, lo veo interesado en marcharse. Tengo una idea, le digo, hay que comprar un trago, un ron o lo que sea, y nos lo bajamos en la universidad, como quién conversa, para matar la hora al menos. ¡Estás loco!, ¡cómo vamos a meter un trago a la universidad y chupar allí!, si nos pescan nos expulsan y con roche, me previene Leo. No seas tan paranoico, metemos el trago en tu mochila, lo infiltramos bien escondido, y una vez adentro nos vamos hasta el edificio de talleres, allí nunca hay nadie en la tarde, argumento. No sé, no sé, muy peligroso, dice Leo. Estamos en décimo ciclo, a punto de terminar la universidad, en unas semanas igual nos vamos a ir, así que de todas formas nos van a botar, por las buenas o por las malas, bromeo. Leo me mira cómplice y luego: ¡a la mierda, vamos, pues!

El trago elegido fue un vodka, el cual mezclamos con jugo de naranja, pues ni locos vamos a tomar licor puro, no señor, uno tampoco es un borracho mal. Escondemos el trago en una bolsa negra y luego lo metemos en la mochila de Leo. Luego caminamos distraídos –o fingiendo distracción-, y nos metemos otra vez a la universidad, capeando las miradas inquisidoras de los vigilantes.

Seguimos camino rumbo al edificio de talleres, un edificio que está casi terminando el campus y que siempre para vacío en las tardes. Entramos a talleres y subimos hasta el cuarto piso, es decir, el último de aquel acogedor

lugar. Ya ves, viejo, entramos como las huevas y todo bien, acá está tranquilazo, podremos chupar sin apuros, le digo a Leo, viendo que mi plan no fue del todo descabellado.

Nos arrellanamos en el suelo al final de un pasillo, sacamos el trago y vasos descartables y le damos inicio al vodka y a las conversaciones alucinadas y a los cagaderos de risa producidos por cualquier cosa. Chupamos y chupamos, y nos bajamos vasos llenos de ese trago amarillento, mientras hablamos de la mierda de vida que seguramente nos espera al terminar la universidad.

Es todo un deshuevo chupar en nuestra patética alma mater, la cual ahora luce desolada, desangelada, desierta, sin los muchos alumnos que horas más temprano transcurrían por ahí retozando y celebrando sus vidas de universitarios. Se siente chévere chupar acá, pienso, es como una victoria pírrica. Hay una solemnidad de vencedor que me embriaga de pronto al ningunear la universidad libando en sus pasillos, tratándola como a una puta, devolviéndole un poco de castigo.

La tarde mengua rápido, pronto se va haciendo de noche. Leo y yo estamos bastante risueños y mareados, pero aún así mi amigo tiene la lucidez de decirme que son las siete, que ya es tarde y que mejor nos vamos yendo. Yo le digo que aún no, que aún queda trago, un par de vasos más y zafamos, Leo.

Mi amigo me dice que debe ir al baño, me pide que lo espere un toque. Yo le digo que bacán, que no demore, y luego veo como se pierde en la oscuridad de uno de los pasillos. Me quedo libando solo, secándome unos vasos más, pensando en Andrea, y de pronto, voy sintiendo pasos acercándose, son pasos rápidos, no parecen pasos de Leonardo, ¿pero, entonces, de quién? ¡Hey, alumno!, ¿qué está haciendo aquí?, pregunta una voz, una voz femenina y algo agitada. Vuelvo la mirada y me encuentro con una de esas chicas de vigilancia (porque en la universidad los vigilantes

no sólo son hombres, si no también mujeres, y arriba el feminismo que estamos en el siglo veintiuno, chicas), es una chica joven, vestida toda de marrón y con el cabello recogido y bien atado, nunca la había visto en el campus, debe ser de la vigilancia del turno noche, pienso.

Siento un ramalazo de agua fría, siento que esta tipa puede acusarme con el coordinador o el rector o con quién sea, y entonces me van a largar de la universidad y ¡por Dios, tampoco puede terminar así mi carrera, ¿no?, echado por chupar en las instalaciones de la universidad!

Señorita, buenas tardes, le digo, esto no es lo que parece, digo con voz trémula. ¿Está usted libando, alumno?, pregunta ella, tratando de resaltar lo evidente. Me resulta extraño que ella me trate de usted, cuando, fácil, tenemos la misma edad. Con todo en mi contra, sería tonto negar mi situación, por lo que me queda recrearle algún acontecimiento fantástico para justificarme. Señorita, no piense mal de mí, no soy un borracho ni nada de eso, mi condición es el resultado de la vida que me está castigando duramente, aventuro, la oficial permanece parada escuchándome; creo que voy a repetir el ciclo, mis notas están muy mal debido a que trabajo en mis ratos libres, la presión de la oficina no me deja estudiar con normalidad, y, encima de todo, parece que también me quieren botar del trabajo, añadido contrito. La oficial me mira incrédula, yo la miro empobrecido, como rogándole que me crea.

Leonardo sale del baño, y yo veo como él viene hacia nosotros hasta que se percata de que una oficial me ha intervenido, y es entonces cuando se sobre para y titubea, se pone nervioso, no sabe qué hacer. Yo, por mi parte, sé que Leo sólo nos va a terminar de hundir, porque me va a dejar como un mentiroso y va a ser clarísimo que mi amigo y yo nos metimos a la universidad a chupar. Así que, con una mirada fulminante, le indico a Leo que se marche, que no venga, y lo hago mientras ruego que mi amigo entienda lo que dicen mis ojos flamígeros. Para suerte de ambos, Leo

levanta sus pulgares, como diciendo “chévere, si te quieres arriesgar por mí y dejar que me vaya, bravazo, hablamos”, y luego se marcha a la carrera.

¡Está terminantemente prohibido libar acá, alumno!, ¡eso está bajo pena de expulsión!, me recuerda la oficial, recobrando mi atención. No seas mala, le digo, no me acuses, estoy en una situación bastante lamentable, tú también eres joven, sabes cómo son los problemas a nuestra edad, añado. Entonces, porque le dije joven, o la trate de tú a tú, o no sé por qué, la oficial dibuja una risilla en sus labios y se muestra como halagada. Así que en esa sonrisa veo mi boleto a la libertad y no pierdo más tiempo, me pongo de pie y me sitúo cara a cara con la oficial.

No seas así, le digo, ponte en mi lugar. Pero esto es una falta grave, pues, alumno, esto está prohibido, dice ella, ya no tan colérica. No me digas alumno, me llamo Julián, dime Julián, le miento para que me reconozca por el nombre equivocado. No podemos llamar por sus nombres a los alumnos, dice ella, hay normas. Pero tú eres muy joven y linda como para acatar esas cosas burocráticas, ¿no crees?, le digo, haciéndome el tonto. ¡Qué está diciendo, alumno!, dice tímidamente ella. Veo que la oficial lleva un botón con su nombre de pila: Leysi Carmen. ¡Leysi, qué bonito nombre!, le miento, así también se llama mi mamá, le vuelvo a mentir. ¡Qué gusto, alumno!, dice ella. No me digas alumno, pues, Leysi, me llamo Julián, ¡recuérdalo! Leysi se ríe. Bueno, bueno, está bien, Julián, dice finalmente.

Veojamente a Leysi y, quizá por el trago, o por lo lascivo que he estado hoy, o porque no quiero que ella se avive y me acuse, empiezo a notar que no está tan mal que digamos, es más, la veo apetecible, así, flaquita y con cara de niña aún y con su uniforme de chica autoritaria. Así que, medio borracho como estoy, me le acerco y le susurro cara a cara: eres una chica linda, Leysi. Y entonces espero a ver si se enfada, y entonces correr y evitar que me atrape; o a ver si le gusto, y entonces meterle un agarre bravo ahí mismo.

Leysi se sonroja y me dice: gracias, Julián. Y entonces, eso es un centro al área chica, Ramiro, es un centro para que empujes la pelota y metas gol; así que tomo a Leysi de la mejilla y ¡por Dios!, ¡me estoy agarrando a una de las chicas de vigilancia! Ella y yo nos confundimos en un beso y luego se me para y por eso me arranco a manosear a la encomiable vigilante, recorriendo sus senos agazapados en la blusa y por el culo apretado en su falda marrón. Me gano con Leysi hasta que ella me detiene y me dice: no, Julián, hoy no puedo. Y yo la miro y le digo: está bien, Leysi, te entiendo. Y ella se me tira encima otra vez y me clava otro chape. Entonces yo la correspondo un rato, juego con su lengua acezante, y luego le digo: bueno, Leysi, debo irme, el lunes arrancan los exámenes, debo ponerme a estudiar. Y ella: entiendo, Julián, entiendo. Y yo: hay que asegurarnos de no decirle nada a nadie sobre lo que pasó hoy, ¿ya? Y ella: definitivamente, soy una tumba. Y yo: perfecto, Leysi, me encantó conocerte, el próximo viernes vendré otra vez, espero encontrarte y seguir lo de hoy. Y ella: dalo por hecho, aquí estaré. Y entonces le meto un último agarre, así, con todo y su manoseo y sus sobadas respectivas y luego me aparto del lugar, bajo las escaleras, salgo del edificio de talleres, y atravieso la universidad con una solemnidad de vencedor que me va gustando y que se me va haciendo familiar.

Estoy escribiendo tranquilamente en el departamento, es una tarde fresca; puedo otear por la gran ventana cerca a la sala el cielo despejado, los árboles del parque meneándose suavemente, niños correteando por ahí, parejas besuqueándose sentadas en viejas bancas. Me distraigo un poco, sonrío por la vida que veo a través del cristal. De pronto, recibo un correo electrónico, es de Andrea.

El correo es de proporciones bastantes extensas, está redactado con una letra color rosa, como siempre vienen redactados los correos de Andrea. Leo el mail de forma risueña, no sé nada de Andreita desde hace mucho, desde la última vez que fuimos al cine y peleamos, me gusta el hecho de que sea ella la que busque una reconciliación.

La copiosa carta es la versión de los hechos, contada desde el amañado punto de vista de Andrea, sobre nuestro infausto diálogo en la puerta de aquel costoso cine que nos alojó días atrás. Ella argumenta que no le gustó mi proceder aquella tarde, que no le gustó mi tono de voz, que no le gustó cómo la traté, que no le gustó que sólo quiera tirar, y por último –y para redondear–, no le gustó mi actuación ese día, así como no le gustó la actuación de Ben Stiller en la película, “porque fue el peor papel de Ben Stiller, Ramiro, el peor, no sé qué le pasó”.

Me causa gracia que su correo sea una mixtura de hechos reales, hechos que ocurrieron sólo en su cabeza, y hechos que ocurrieron en la película que vimos. Más divertido que enojado, le respondo el mail diciéndole que se tome las cosas con calma, que mejor olvidemos lo ocurrido, que no quiero pelear y, en cualquier caso, que me disculpe por las tropelías de aquél encuentro.

Mando el mail y me dispongo a retomar la novela, cuando de pronto, un aviso en la pantalla me alerta de la llegada de un nuevo correo. Me fastidia la interrupción, pero decido abrirlo finalmente. Sé que es un correo de

Andrea, su respuesta a lo que yo le mandé o, si acaso, una nueva ruma de argucias.

El nuevo mail me da la razón, está contaminado con inquina y acusaciones de todo tipo, con mentiras que me señalan como un desequilibrado. Andrea deja en claro su posición y me dice un par de cosas entre las que resalto: “tú tuviste la culpa de la pelea, lo sabes”; “eres un loco, me asustas cuando te pones así, no se te puede decir que no porque eres capaz hasta de matar”; “nada te importa realmente, sólo tirar y tirar”; “es horroroso comunicarnos por mail, ¿no te parece muy frío?, odio que ya no tengas celular” y “ya no soy fan de Ben Stiller, se me cayó ese día”.

Me molesta que me acuse, que sólo sepa señalarme, eso me irrita, me hace pensar en lo equivocado que estoy por seguir con Andrea, una chica que no comparte conmigo la veleidad más resaltante, conspicua, verdadera y provechosa: la arrechura. Pero luego sonrío releiendo su mail confuso y loco, y entiendo que no me puedo enfadar con ella, con sus palabras, con su inocente forma de ver la vida; no puedo enfadarme con esa niña aún, que me ama a pesar de todo, y a la que yo adoro de la misma manera loca.

A todo le llega un final, y, sin darme cuenta, hoy le llegó el final a mi vida universitaria, y no porque haya repetido un ciclo, o haya jalado un par de cursos (una vez más), o me hayan botado por vago, o me hayan invitado a retirarme por ser tan crítico y malaleche con mi pundonorosa casa de estudios.

Las últimas semanas en la universidad fueron una pesadilla. Llegaron los exámenes finales y las presentaciones de trabajos, y los planes para la graduación, y todas esas cosas que me tuvieron al borde de un colapso mental. Yo, siempre desgastado pero empeñoso por no salir perdiendo, capeé las pruebas y demás plagiando y copiando y floreado desvergonzadamente, logrando aprobar todos los cursos y, ni más ni menos, que terminando con algunos méritos la carrera.

Así que tras recibir mis calificaciones, y tomarme mil fotos (obligatorias) con los profesores y mis compañeros y el personal vario de la universidad, y tras retirarme a mitad de un discurso que se celebraba en el auditorio, con motivo de despedir a la promoción del presente año, me dispuse a caminar meditando por los corredores, el patio, la cafetería, y por casi todos los lugares recónditos de la universidad, fue mi manera de despedirme, de decir adiós.

Me parece increíble, tengo una mezcla malvada de sentimientos; por un lado están esas cavilaciones que tuve desde siempre en las que todo me parecía malo y sólo quería que llegue fin de ciclo para largarme de esa maldita universidad y dejar de ver para siempre a mis aplicados-futuros-gerentes compañeros de clase y a los odiosos-tediosos-aburridos profesores y docentes indecentes. Pero por otro lado, en estos últimos días, he granjeado nostálgicos pensares que están diseminados en cada uno de mis recuerdos.

¡Caray!, se me hace difícil pensar que ya no caminaré más por los patios de la universidad, que ya no veré los rostros que vi durante tanto tiempo,

durante tantos años. Ya no saludaré a profesores fingiendo cariño cuando sólo quería que me regalen un puntito más. Ya no veré a mis buenos y leales compañeros de estudio. Ya no veré a mis compañeros que nunca supe cómo se llamaban. Ya no flirtearé con las chicas de vigilancia. Ya no sacaré más libros de la biblioteca y los devolveré pasada la fecha de entrega. Ya no escucharé a mis compañeros decir que soy un enfermo porque hablo y uso demasiadas palabras raras. Ya no pronunciaré esas palabras difíciles en las exposiciones ocultando que no sé un carajo de lo que estoy exponiendo y, extrañamente, ganándome el encomio de los profesores. Ya no preguntaré como un demente: ¿ya es break? durante toda la mañana. Ya no miraré a las niñas lindas de la universidad ocultándome tras mis grandes lentes oscuros. Ya no improvisaré poses y discursos circunspectos ante los profesores para que no sospechen que soy un bigardo de campeonato. Ya no iré al hueco los viernes y terminaré bailando penosamente soliviantado por el alcohol. Ya no le diré a la asistente social que mañana pago la pensión, cuando en verdad sé que no la pagaré. Ya no venderé todas mis cosas para pagar exámenes sustitutorios. Ya no dormiré en clase. Ya no aprobaré floreando. Ya no soslayaré la ignorancia con florituras verbales. Ya no diré que la gente de mi grupo me cae mal, cuando en realidad los aprecio en el fondo. Ya no andaré con una mochila llena de libros y cuadernos. Ya no tomaré ron con coca-cola en el parque de Angamos. Ya no veré más a gente con la que pasé tanto tiempo, tantos años. Ahora sólo me queda extrañar todo eso.

Me causa gran tristeza saber que todo se reduce a recuerdos. Me apena que esa parte de mi vida ya haya terminado. Maldita nostalgia, no puedo con mi genio.

Hoy es mi cumpleaños, cumplo veinticuatro, nada menos. De cierta manera, detesto este día, pues lejos de los saludos protocolares y los regalos que siempre son y serán bienvenidos, hoy tengo un año más de vida que, visto de una manera objetiva, viene a ser un año menos de vida, y más bien, es un año más de deterioro físico (y por qué no, también mental). Entonces, me queda claro que esta clase de fechas preferiría obviar y no celebrar, pero bueno, que se puede hacer sino llevar la resignación al terreno liberal para vivir a plenitud.

Paso la mañana en casa de mis padres, tomo desayuno con ellos, me parece todo muy raro, hace mucho que no compartimos una comida juntos, seguramente la cuenta se remonta hasta antes de que me mudase. Papá me regala algunos prudentes billetes grandes, que pasan a engordar mi menoscabado peculio; se lo agradezco con febriles intenciones. Mamá, tan amorosa, me regala una pequeña y súper moderna cámara fotográfica (la cual no sé cómo prender, ni me interesa); se lo agradezco pensando a cuánto podría venderla por internet.

A la tarde, Andrea viene al depa. Al verme, me alarga un fuerte abrazo, me saluda con cariño, me canta una estrofa de happy birthday con su perfecto inglés. Luego me alcanza una caja bien envuelta en papel de regalo color azul. ¡Tu regalo!, me dice. ¡Gracias, Andreita, no te hubieses molestado!, digo, a la vez que abro el paquete como un salvaje. Espero que te guste, dice ella, expectante. Termino de abrir el regalo y, nada más preciso, un celular aparece ante mí. Es para poder estar comunicados, me dice; desde que te robaron el celular ya casi ni hablamos, exagera ella. Le agradezco el detalle y pienso que debo ponerle cuanto antes mi preciado chip, el chip que vio a bien dejarme el gentil pillarajo que me asaltó tiempo atrás.

Andrea va a la cocina, empieza a husmear en el refrigerador. Está bien, mejor así, no quiero que esté presente cuando ponga mi chip en el nuevo celular, pues de seguro tengo mensajes pendientes que no le van a gustar,

y que a mí no me va a gustar que ella vea. Hago la operación con presteza: inserto el chip en el aparato, lo prendo, presiono algunas teclas (el celular es moderno, no sé cómo manejarlo). Luego logro entrar a los mensajes de texto, tengo varios pendientes. Los oteo a la volada, casi todos son de mis amigos, no veo nada importante; no lo hago hasta que veo un mensaje de Roxana, la chica que se acostó conmigo tras emborracharnos en la banca de un parque.

Es un mensaje reciente, ha sido enviado hoy, hace unas horas. ¡¿Roxana?!, me sorprende, chica loca, tiempo sin verte. Andrea regresa de la cocina y yo guardo el celular en mi bolsillo. ¿Vamos a comer algo?, pregunto a la volada, sólo para evadir sospechas.

Andrea me invita a comer al Tip Top, adoro ese restaurante, es mi favorito; adoro a Andrea por ser tan buena conmigo, por tener tantos detalles hacia mí. Llegamos y nos sentamos en una de las mesitas del local y pedimos no pocas cosas para comer. Entre tanto, yo no logro sacar de mi cabeza la idea de que Roxana me haya mandado un mensaje, de que se haya querido comunicar conmigo. Me extraña porque no lo hizo desde la última vez que nos vimos; no volví a saber de ella. Siento una curiosidad terrible. Le digo a Andrea que debo ir a los servicios higiénicos (que es la única manera de conseguir privacidad en esas circunstancias). Ella me guiña el ojo y me dice: ¡no demores cumpleaños!

Corro al baño, me encierro en unos de los ingobernables cubículos y saco mi nuevísimo celular. Tecleo algunas cosas y entro a ver el mensaje que me estaba birlando la tranquilidad: “hola, pelucón, te he estado llamando en estos días, pero no respondes. Sólo quería desearte un feliz cumpleaños, pásala mostro, llámame si quieres tu regalo; un beso –Roxana”. De sólo leer ese mensaje, siento un movimiento en la entrepierna, un cosquilleo que sé a dónde me lleva. De inmediato marco el número de Roxana, no hay tiempo que perder. Empieza a timbrar, espero impaciente. ¿Aló?, contesta; me da

gusto escucharla, oír su voz tan cálida. Roxi, niña, ¿cómo estás?, pregunto socarrón. ¡Hey, pelucón, feliz día!, ¿cómo estás tú?, te me has perdido, dice. Me robaron el celular, esta ciudad es una cagada, no se puede caminar tranquilo, digo. Es verdad, asiente divertida.

Empiezo a cavilar que estoy tardando mucho tiempo en el baño, Andrea debe estar preocupándose por mí (en el mejor de los casos), o pensando que estoy con una diarrea de temer. Consciente de que tengo que colgar pronto, decido ser breve. ¿Y mi regalo?, le digo a Roxana, tratando de parecer gracioso. ¿Qué quieres, un beso y un abrazo?, dice. Un beso y un abrazo, pero bien dado, con todos los beneficios, digo. Roxana se ríe y luego pregunta: ¿cuándo tienes tiempo? Medito las opciones, aunque es en vano, sé que hoy quiero verla. ¡Hoy!, le digo; vente a mi depa a las ocho, y no acepto un no por respuesta, añadido. Roxana vuelve reír y promete que irá a verme. Corto alegre, con la idea de que hoy me tiraré a Roxana otra vez; y preocupado al mismo tiempo, porque tendré que mentirle a Andrea para que se vaya pronto y no me arruine el plan.

Vuelvo a la mesa, Andrea está con un rictus de incertidumbre; lleigo y le doy un beso antes de sentarme. No sabes lo que ha pasado, le digo, haciéndome el mortificado. ¿Qué pasó?, pregunta. Salí de los servicios y llamé a mamá para contarle que ya tenía celular otra vez, le dije que tú me lo habías regalado. Andrea se ríe envanecida. Mamá se alegró, pero luego me dijo que papá me quiere invitar a cenar, que debo estar en casa a las ocho. ¿Qué?, pero se suponía que íbamos a pasar el día juntos, me recuerda Andrea. Lo sé, Andreita, también le dije eso a mamá, pero tú sabes cómo es, dijo que papá estaba ilusionado con la cena, miento. Así no me gusta, dice ella. Yo me siento una basura, pero no puedo decaer en el último momento, hago un acopio de fuerza y le digo: no te preocupes, mañana te invito al cine y la seguimos. En ese instante llega hasta la mesa el prudente mozo y nos sirve la merienda poniéndole fin a la discusión.

Terminamos de comer y luego Andrea y yo paseamos un rato por Larcomar, ese centro comercial que yo detesto pero que ella ama. Entramos a un par de tiendas sin sentido, compramos helados, jugamos hockey de mesa y minutos antes de las siete la embarco en un taxi hacia su casa. ¡Gracias por todo, amor, te pasaste!, digo y me odio por ser tan malo, y me apuro porque me va a faltar tiempo; ¡mañana nos vemos, Andreita, te quiero!, añado, mientras su taxi avanza a paso parejo.

Llego al depa con una botella de ron barato que compré en la bodega; limpio un poco la sala, me mudo de ropa; me alisto para esperar a Roxi y terminar mi cumpleaños de la mejor forma. Roxana llega a las ocho y media, con la típica impuntualidad limeña; llega y está linda, como siempre, como una ninfa arrancada de un relato feérico y conminada a vivir entre ruinas y gente mustia. Nos saludamos con cariño, nos abrazamos. Le digo que he comprado un trago, le pregunto si le apetece tomarlo. Ella me dice que está bien, que es mi día, que hagamos lo que yo quiera.

Roxana y yo tomamos en la sala. Tomamos y conversamos cosas alucinadas; quizá por los estragos del alcohol que nos invade poco a poco, lo cierto es que nos sumergimos en una plática bizarra, hablando de la vida y de lo mierda que puede llegar a ser: ella hablándome de sus viejos separados y de las peleas con la pesada de Silvia, su hermana; yo hablándole de mi novela que nadie leerá. Roxana me cuenta que una vez se agarró al enamorado de Silvia. Yo le digo que me hubiera gustado ser ese afortunado individuo. Ella se ríe y me dice que no cree que me guste su hermana. Yo le digo: el placer está en agarrar contigo después de haber soportado hacerlo con la pesada de Silvia.

Roxana y yo nos besamos lentamente, nos acariciamos, no hay apuros, la noche es nuestra cómplice. Ella me dice para ir al cuarto. Yo le digo que mejor primero terminamos el ron con coca-cola que preparé, aún faltan algunos vasos. Roxana me mira y luego se quita la camiseta y el sostén,

toma su vaso de ron y se lo echa encima, sobre sus pechos redondos y excitados. ¡Termina el trago!, me dice. Yo me acerco a ella y empiezo a lamerla con deleite, absorbiéndole el ron y chupándola toda. Me excito, la beso, la tomo con fuerza; con ella es así, duro. Nos desvestimos; me encanta el cuerpo de Roxana, me encanta verla desnuda.

Ella se sienta a horcajadas sobre mí y hacemos el amor como dos salvajes, besándonos y mordiéndonos y yo temo que me deje un chupetón en el cuello y por eso le miento y le digo que tengo cosquillas. Roxi y yo nos devoramos con ganas fervientes y luego, me imagino que producto del alcohol, Roxana me dice: te quiero, Ramiro. No me asombro, estoy excitado y mareado, en esas condiciones nada me asombra; sin embargo, por una cuestión de costumbre, mecánicamente respondo: yo también te quiero, Andrea.

Roxana no me dice nada, sólo frena sus movimientos poco a poco y me mira. Yo me hago el tonto, sé que la he cagado, pero finjo que nada pasó y me muevo mirando a otra parte. Ella se pone de pie, se arregla el cabello, se viste tomándose su tiempo. Yo la miro desnudo, sentado sobre el sofá, y le digo: ¡Roxi...! Ella termina de vestirse, abre la puerta y me dice: ¡chau, pelucón, que la sigas pasando bien!

Pablo y Roberto, los chicos de la banda, me invitan a una reunión que hará Roberto en su casa, una reunión por no sé qué y a la cual no pienso ir porque los chicos de la banda son la mar de aburridos en fiestas, son torpes con las chicas, se emborrachan mal y hablan tonterías. Sin pensarlo dos veces les digo que ahí nomás, que no puedo ir porque voy a salir con Andrea, mi enamorada. Para convencerme de manera rotunda a que asista, me dicen que sólo seremos nosotros tres y cinco o seis chicas amigas de ellos, me dicen que no hay pierde, que en la reunión vamos a salir ganadores. Con tamaño incentivo disuado pronto y acepto de inmediato.

A la hora de la reunión, me encuentro con los chicos de la banda y ellos me dicen que debemos comprar licor –mucho licor– antes de que lleguen las flaquitas-ricas-putonas para así abreviar los escarceos y romper el hielo rápido, ya saben, para ir de frente al grano. Les digo que me parece una muy buena idea.

No hay una sola licorería a la vista, caminamos más y más y nada: no encontramos alguna. Se va haciendo tarde –pasan de las once de la noche–, no nos queda otra que ir a comprar licor al minimarket del grifo, donde suelen vender los tragos al doble o triple de su precio habitual.

Efectivamente, una vez allí los precios de los tragos nos abofetean, una botella de ron común y corriente pasa los sesenta soles: ¡un abuso, un asalto a mano armada! Pero bueno, ya estamos acá y tenemos que llevarles algo a las chicas para que se solivianten un poquito y para que nosotros exacerbemos sus virtudes. Compramos dos botellas de ron y un par de coca-colas para mezclarlas; nos cobran una fortuna; pagamos entre los tres; me duele pagar tanta plata por un trago asqueroso, ¡pero ya está, todo sea porque hoy la hago!

Llegamos a la casa de mi amigo Roberto, el indio, –donde se daría la reunión–; las amigas están en la puerta, esperando, han llegado hace un tanto. Las oteo así, rapidito nomás, no me llaman la atención, trato de ser

positivo, de verlas por sus mejores ángulos, pero no me entusiasman gran cosa, siento un primer síntoma de arrepentimiento. Nos presentan, yo finjo un interés demasiado impostado, las saludo con cariño, con las confianzas de un desdeñoso.

Entramos a la casa, nos sentamos en la sala; Roberto prepara el trago, combina los líquidos, lo hace con parsimonia, mientras yo voy escudriñando a las chicas y seleccionando a las que me parecen mejores como para caerles. Llega mi amigo con el trago; la gente se alegra; empezamos a tomar; conversamos un par de tonterías; las cosas empiezan relativamente bien, se urden prometedoras después de todo. Vasos llenos y terminados después, le echo el ojo a una de las chicas, la veo bien, empiezo a planear cómo abordarla.

De pronto, me entran unas ganas impostergables por ir al baño a aligerar la vejiga. Me pongo de pie de un respingo y cuasi corro a los servicios higiénicos, no hay tiempo que perder. Al terminar me lavo las manos en el lavatorio y me echo abundante agua al cabello, lo peino lo mejor que puedo, me alisto para afanar bien a la amiga de Roberto. Camino de regreso a la sala así, sacando pecho, lo más viril yo y es ahí cuando veo que mi buen amigo, el indio, ha visto a bien sacar su guitarra y amenizar a su manera la reunión, desconectando previamente el equipo de sonido que antes nos hacía menear las cabezas. Me parece que la idea es absurda, que esto no es un campamento, y que la guitarra va a suprimir las conversaciones; pero me toca ser tolerante y dejar que mi amigo haga su show un ratito.

Pasa media hora, pasa una hora, pasan dos horas y mi amigo sigue tocando la guitarra como un demente, cantando canciones improbables, boleros que mis abuelos disfrutaron en su momento. No puedo creer lo aburrida que está la reunión, sobre todo porque las chicas y Pablo no parecen estar interesados en el flirteo, sino que acompañan al unisonó los temas varios que toca el incansable indio Roberto. La gente toma con

vehemencia y luego canta con mayor vehemencia aún: se turnan para interpretar las canciones; hacen dúos; las canciones en inglés las reproducen en alguna lengua híbrida; aplauden; y luego siguen libando.

Arrellanado en un sillón, cierro los ojos y, es inevitable, me quedo dormido: la languidez de esta reunión de parroquia me ha derrotado. Duermo algún tiempo (quizá media hora, quizá más); luego, vuelvo a la realidad, despierto con los ojos achinados, pienso que tal vez la reunión ya se desahuevó, pero ¡diablos!, siguen cantando y ahora me reciben con temas como “caballo de la sabana” o “viejo mi querido viejo”... ¡Dios mío, estos sí que son jóvenes ejemplares!

Encabronado decido largarme lo antes posible de esa secta que ahora palmorea mientras cantan “por qué se fue, por qué murió, por qué el señor se la llevó...”. Me pongo de pie, no me despido de nadie, sólo camino hacia la puerta, pero antes —y en un afán de preservar no sólo la dignidad, sino también algo del dinero dilapidado al asistir a esa reunión de catequesis—, me acerco a la mesa donde están los licores y cojo una de las botellas de ron que aún no se ha utilizado, me la pongo bajo el brazo y camino hacia la salida, pensando que al final, lo único que me agarré fue una puta botella.

Leonardo es fan de Aerosmith, los ama, los idolatra, dice que daría la vida por ellos. Leonardo tiene todos los álbumes de la banda, todos los posters que hayan sacado, todas las revistas donde aparecen, y a veces, hasta el look de Steven Tyler.

Leonardo me pide que lo acompañe a una reunión de fans de Aerosmith que tendrá lugar en el parque Kennedy de Miraflores. Dice que le da un poco de vergüenza ir solo (Leo es demasiado tímido), pero que se muere por ir y conocer gente que comparta su adicción. Yo le debo mucho a mi amigo, no tengo cómo decirle que no; acepto más resignado que complacido.

Es sábado en la tarde, Leo está vestido como Steven Tyler, aunque él lo niegue. Tiene una sudadera con el logo de la banda. Me dice que está demasiado ansioso. ¿No querrás decir: nervioso?, le pregunto. No, ansioso, me corrige.

Llegamos al parque Kennedy a las cuatro, hora pactada para la reunión. Hay algunos chicos fanáticos ya reunidos, los logramos ver desde lejos: atisbamos un grupo de jóvenes con apariencia bastante similar. Caminamos hacia ellos, nos presentamos. Ellos parecen felices de ver más fans de Aerosmith uniéndose a su grupo; nos saludan con afecto.

Me es inevitable no empezar a detectar a las chicas lindas del grupo; veo a una por una, pero nada. Nada hasta que oteo a una jovencita no muy alta, de bonito cuerpo y mejor aún rostro, se ve muy joven, evidentemente es la menor del grupo. Es una chica que me impacta de inmediato, es linda, me gusta su cabello largo y castaño, sus rasgos finos, sus ojos acaramelados; es todita mi tipo de mujer, pienso, me hace recordar mucho a mi primer amor, luego siento asco de haber pensado en la palabra “primer amor”.

Cuando me toca saludarla, me acerco con bastante tacto, buscando darle un saludo conspicuo. Hola, me llamo Gretel, me dice. ¿Gretel?, que nombre tan raro, pienso, pero no lo digo. Qué bonito nombre, digo en cambio, yo me

llamo Ramiro. Todos los demás fans se quedan mirándome, quizá mi cumplido fue demasiado delator. Sonríó un poco azorado.

Los chicos empiezan a hablar sobre Aerosmith, sobre sus discos, sobre sus integrantes, sobre qué comen, sobre dónde viven, banalidades así. Está bien, que hablen lo que quieran, yo sólo me quedo viendo a Gretel y sonriendo cada vez que ella comenta algo, como mostrándome claramente de acuerdo a lo que dijese.

De pronto los chicos empiezan a conversar en grupos, se empiezan a dividir, se van tras sus similares. Leonardo está a unos pasos, hablando con una gordita de lentes y dos chicos de melenas generosas y mal cuidadas. Yo estoy solo, no tengo con quién hablar, tampoco sabría qué decir, no soy fan de Aerosmith, no sé nada de ellos. Saco mi celular y empiezo a crear la ilusión de que estoy mandando un mensaje de texto o algo así, no quiero parecer un total autista. En esas estoy cuando escucho la voz de Gretel muy cerca de mí. ¿Tú no eres fan de Aerosmith, no?, pregunta, con una sonrisa cómplice. No, la verdad que no, le digo y me río con ella, un tanto envanecido por estar departiendo con la chica más linda del lugar.

Gretel es una niña chévere, le gusta salir, pasear con sus amigas, ir al cine y a discotecas, está por terminar el colegio, tiene quince años, todo eso me cuenta. Eres una niña, le digo. No creas, no creas, me dice ella, lanzándome una de sus miradas tan cautivadoras. Gretel me da su correo y su número de celular; yo también le doy los míos. La reunión termina pasadas unas horas, los fanáticos se despiden como si fueran grandes amigos, a pesar de que es la primera vez que se han visto las caras. Yo me despido de todos y en especial de Gretel, le digo que tiene que enseñarme todo de Aerosmith, que tiene que volverme fan. Ella se ríe y yo sé que sabe que todo es una excusa, que lo que en verdad quiero es volverla a ver.

Pasan los días y cada quién con su vida. Tengo a Gretel en la cabeza, pero el paso del tiempo hace que me desanime a pensar en algo con ella,

hace que ya no me perturbe tanto. Hasta que una buena tarde me la encuentro en el chat y todo cobra nuevos bríos. Nos saludamos con cariño, hablamos un rato sobre la reunión pasada, ironizamos sobre el tema. Yo siento que los rodeos no me llevan a nada y decido ser directo. Me encantó conocerte, le escribo, sólo por ti fue divertida esa reunión. Ella tarda unos segundos en contestar, pero finalmente me dice que yo también le parecí divertido, el más divertido. Le pregunto a Gretel si le gustaría verme otra vez y quizá enseñarme algunos de sus discos de Aerosmith. Ella me responde que encantada, que con gusto me muestra todos sus discos. Yo me avivo un poco y le digo que puede traer sus disco a mi casa, que vivo solo, así los escuchamos sin que nadie nos moleste. Ella me responde diciendo que le gusta la idea, que es una buena opción. Siento que amo el internet, el chat es el mejor invento y fue mi mejor aliado para lograr esta cita. Quedo con Gretel en vernos el sábado próximo, acordamos encontrarnos en el Mc Donald's de Javier Prado para luego ir a mi casa.

El sábado llego al Mc Donald's puntualmente, vestido lo mejor que puedo. Minutos después veo llegar a Gretel, la veo preciosa, una belleza. Nos saludamos, no hablamos tan fluido como el chat, en persona es otra cosa. Gretel tiene sus discos en un bolso, los chequeo así, a la volada. Luego le digo para ir a mi casa a escucharlos. Caminamos hasta el departamento, no más de cuatro cuadas. Subimos. Avanzamos directo a mi cuarto (ella me sigue), le digo que es ahí donde tengo el equipo de sonido. Me apuro en poner uno de los discos de Gretel en el equipo, no importa cual, sólo me importa estar con ella. Escuchamos la música, algunas canciones me gustan, otras no, Gretel me explica todas, me dice de qué se tratan y hasta cómo fueron creadas, se nota que es fan.

Gretel tiene sólo quince años, a mí no me importa mucho la edad, pero parece que a las leyes sí. Claro que tampoco me voy a meter con una niña, pero, en realidad, Gretel de niña no tiene nada. Por eso, cuando termina de

explicarme otra de las canciones, yo le digo: ¡qué linda, me encanta tu voz, me encanta que me expliques lo que sea! Gretel se sonroja un poco, se ve linda; la música continúa sonando a volumen alto. Me acerco a Gretel, lo hago con cuidado, no quiero asustarla, no quiero que piense que soy un violador. Ella no se opone, se queda mirándome con una sonrisa. Acerco mi cara a la suya buscando sus labios, pero de pronto ella me detiene. Tengo enamorado, me dice. Yo me quedo frío, siento un bajón, un desaire. No me mires así, me dice, me gustas, también me gustas, pero tengo enamorado. Entiendo, digo con el mayor aplomo que soy capaz de fingir, no hay problema. Mejor me voy, dice ella, y luego toma sus cosas y se marcha, olvidando el CD que estaba en el equipo de sonido.

Te olvidaste tu CD en mi casa, le escribo a Gretel en el chat, días después. Lo sé, encima es mi CD favorito, escribe ella. No te preocupes, yo lo estoy cuidando bien, te lo doy cuando gustes, le escribo. Perdón por lo que pasó, no te molestes conmigo, escribe, refiriéndose al beso frustrado. No te preocupes, no hay roches, miento. ¿Puedo ir a buscar mi CD mañana?, me pregunta. Claro, ven, tú ya conoces dónde vivo, escribo algo despechado. Perfecto, en la tarde estoy ahí, finaliza.

Tocan el timbre, sé que es Gretel. Ha pasado más de una semana desde que vino a mi casa y no la pude besar. Le abro la puerta y la invito a entrar; la veo y está más linda que la última vez, está hermosa, está exactamente como me gusta. Ella me saluda algo tímida, yo le respondo el saludo y le digo que su CD está en mi habitación, que se lo traeré de inmediato. Ella me dice que no tiene apuro, que si quiero me acompaña a buscarlo. Intuyo una nueva posibilidad de agarrármela, le digo que perfecto, que me acompañe.

Entramos a la habitación y en vez de sacar el CD del equipo, pongo play y las canciones empiezan a sonar. Me he pegado con tu disco, es buenísimo, exagero. Gretel se sienta en mi cama, está con unos jeans apretados y un

polito verde. Es genial ese disco, por algo es mi favorito, dice ella. Me siento al lado de Gretel y empiezo a tararear la canción que está sonando hasta que se termina; luego nos quedamos en silencio uno al lado del otro. Gretel toma mi mejilla con su mano y me acerca a ella y me da un beso fantástico, un beso riquísimo. Le devuelvo el beso varias veces más, la tomo en mis brazos, siento su piel tan suave, veo a Gretel tan linda, tan frágil.

Una nueva canción empieza a sonar. Esa canción me hace pensar en ti, me confiesa ella. Yo continúo besándola, y a duras penas le digo: es bonita, ¿cómo se llama? Crazy, me responde, se llama Crazy. Siento que es un gran detalle lo que me ha dicho. ¿Y por qué te hace pensar en mí?, le pregunto. Porque yo estoy un poco loca por ti, me responde. Adoro sus palabras, la adoro a ella; qué importa que sea menor, qué importa que tenga enamorado, ahora sólo somos ella y yo. La beso con fruición y la toco con mayor fruición aún. Empiezo a desvestirla poco a poco, con detenimiento, y ella me sigue besando en la boca y en el cuello; y luego se acerca a mi oreja y me susurra: Crazy for you, baby, siguiendo la voz de Tyler, y yo siento que también estoy un poco loco por esa chica.

Por ser los días previos a la navidad, decido pasar la semana en casa de mis padres. La primera mañana ahí, me despierto pasadas las doce. Con menos ánimos que pereza, me levanto y salgo del cuarto con los ojos achinados y la boca pastosa. Doy unos pasos y me tropiezo con algo, aturdido, veo a mi alrededor, hay cajas y cajas diseminadas por toda la casa, pateo un par, maldigo a todas. Mamá aparece y me calma, me dice que son el árbol y los adornos de navidad; que ha sacado todos sus adminículos para levantar los monumentos típicos de la noche buena. Sin más rodeos, mamá me pide que la ayude, me invita a pasar la tarde con ella arreglando y decorando la casa. Me opongo fervientemente. Ella insiste, me aconseja que no sea tan mundano y que me entregue al espíritu de la navidad. La rechazo nuevamente, me amargo, le miento y le digo que tengo una reunión; luego salgo y me marcho rumbo a mi solitario departamento, sin ánimos de volver.

Andrea, mi chica, la chica más buena y que más quiero, me propone hacer un intercambio de regalos; acepto en forma risueña sin advertir las consecuencias (teniendo en cuenta de que soy un tacaño de temer). Tengo algunos días para comprar el regalo furtivo, sin embargo, la ociosidad y la vagancia (mis más fieles consejeras) me conminan a esperar el último momento para ir en busca del presente. Apurado porque es 24 y tengo que ver a Andrea en una hora, corro al mercado cerca de mi casa y le compro un osito de peluche bastante chapucero, y que me costó la mitad de la cifra mínima pactada para los regalos. Llego al parque de San Isidro donde nos debíamos encontrar; Andrea me regala el CD doble de 311 que yo tanto quería y yo le alcanzo el impresentable osito que le llevé metido en una bolsa negra de plástico, haciendo un trueque evidentemente desigual. Andrea lo ve, sonrío, y me cuenta que uno parecido le regaló hoy a la hijita de su empleada domestica.

Caminando por la calle, un niño se me acerca, es un niño pobre, mal vestido; me mira con un rictus mustio, me pide unas monedas por navidad. Me hago el despistado, lo ignoro. El chiquillo es pertinaz, me sigue, me pide otra vez algo de dinero. Bajo la mirada irritado, le digo que no, que no tengo plata. El niño no se resigna y me cuenta que no tiene nada que comer esa noche, la noche de navidad. Conmovido, meto una mano al bolsillo y saco un par de soles, se los doy y le deseo feliz noche buena. Doy algunos pasos más y otro muchachito de iguales condiciones, se me para en frente, me dice que pasará navidad en la calle, que nadie le regalará un juguete. Me entristece su historia, ¡cómo decirle que no!, meto la mano al bolsillo y le doy algunos soles. Al paso siguiente, otro niño, también estragado, se me cruza y me pide un sencillo tras contarme una novela tremebunda. Me sorprendo, siento que algo raro pasa, volteo confundido y veo que hay una fila de niños tras de mí, animados por el primer niño que me abordó, a los gritos de: ¡pídanle, pídanle, está que regala plata! Encabronado, les digo que ya no jodan, que no tengo más dinero. Se escucha un murmullo general, ¡misio!, me gritan. Los mando a la mierda y sigo caminando, confundido porque ya no sé si creo en la navidad.

Bigardeando en la computadora, entro al facebook que no reviso hace mil años, tengo muchos comentarios nuevos, gente que desea ser mi amiga; leo todos los comentarios, los acepto y acepto a toda la gente, aunque no tengo idea de quienes son. Luego empiezo a ver las fotos que tengo publicadas, son fotos que no veía hace mucho, algunas ni las recordaba. Entonces, se abre camino, de entre tantas, una foto de hace un par de años, una foto donde salgo riéndome con Renato. Veo la foto, sonrío, y un ramalazo de nostalgia me invade.

Con Renato nos conocíamos algunos años, no muchos como para decir que todo una vida, pero sí un tiempo prolongado. Desde el principio, desde que lo conocí, supe que llegaríamos a ser grandes compañeros, él me cayó bien desde el primer momento, sobre todo porque siempre me seguía la corriente y se reía de las bromas tontas y lamentables que yo prodigaba.

Él era una persona muy afable, atenta, cordial, un chico suave, tópicos raros en estos tiempos; tópicos que con facilidad jugaban con la idea de “extraño para ser un hombre”, tópicos que frisaban con lo afeminado. Por eso, Renato siempre era sometido a bromas de mal gusto que ponían en tela de juicio su hombría, que dudaban de su condición de varón.

Yo no lo defendía; incluso, a veces, también lo molestaba, le jugaba bromas pesadas. Pero no había lío, él y yo éramos de confianza, nos tolerábamos –él más que yo– las bromillas estúpidas y sañosas. Sin embargo, o por ello mismo, nuestros demás amigos en común siempre lo molestaban por andar a mi lado, por parar conmigo y no con ellos, le decían que era un rosquete, que era mi hembra. Renato sólo se reía.

Nunca dudé de mi amigo, no señor, él era un hombre hecho y derecho, y también un hombre algo atormentado, afligido porque recién había terminado con su enamorada, Lucía, con la que había tenido una relación de tres años, nada menos. El pobre Renato aún la quería, la extrañaba a morir, varias veces me lo contó, varias veces acudió a mí para narrarme su

desdicha, varias veces fingí escucharlo, varias veces simplemente lo alenté a que se consiga a otra y ya.

Cierto día –casi en el epílogo de nuestra amistad, o en los albores de su detrimento–, Renato me llamó al celular, tenía una voz entrecortada, mustia, lo noté mal; dijo que quería hablar conmigo, que necesitaba que lo escuché. Asumí que quería hablarme otra vez de Lucía, que lo que en verdad quería era que Lucía lo escuché, no yo. Reacio y con total frialdad, le dije que no podía hablar, que estaba ocupado en una reunión, que mejor hablamos otro día con más calma. Él colgó resignado.

Olvidé el incidente de la llamada telefónica. Pronto pasaron los días y llegó el fin de semana, era sábado, lo recuerdo sin temor a equivocarme. Sonó mi celular, era Renato, temía que esté enfadado conmigo, empecé a urdir una mentira para justificar mi actuación de la última vez. Le contesté. Él me saludó con cariño, con normalidad, sentí que todo estaba bien, que no había resentimientos.

Renato me preguntó cómo había estado, me recordó que no nos veíamos hace uff. Yo le dije que me disculpe, que he estado muy ocupado (lo cual nunca es verdad), y que pronto nos reuniríamos para platicar largo rato. Le dije que no me gusta verlo mal, decaído. Renato me dijo que ya estaba mejor, que ya había aclarado las cosas en su cabeza, que estos días le fueron útiles, que ya no pensaba más en Lucía; incluso, me dijo, ahora estaba tras los pasos de otra persona. Me sorprendieron sus palabras, me sentí aliviado: mi amigo estaba bien, y, además, no perdía el tiempo y tenía a otra chica en la mira.

Felicité a Renato, le dije esa palabra tan falsa que suelo usar: ¡te encomio! Apresurado le pregunté quién era la afortunada, quién era la persona que lo había flechado y lo había hecho olvidar a su otrora enamorada. Tú, me dijo, me he enamorado de ti. Me reí largamente, celebré la broma con entusiasmo, rato después le dije que ya, que no joda y me diga de quién se

trata. Él se reafirmó: tú, no sé cómo explicarlo, pero tú me gustas, Ramiro, me he enamorado de ti, no lo tomes a mal, no me odies por eso. De inmediato me preocupé, ahora Renato ya no parecía estar bromeando, él nunca llevaba una broma a tales extremos. Le dije que no hable huevadas, que me estaba haciendo sentir incómodo. Él me dijo que lo disculpe, que no quería incomodarme. Le dije que ya me había incomodado, que no me venga con esa clase de bromas. Él me dijo que estaba confundido. Le dije que no me meta a mí en sus cosas, en sus mariconadas, que no joda, que se porte como un hombre, que no me llamé, que no me vuelva a llamar. Luego él dijo algo que ha cumplido hasta el día de hoy: no te preocupes, Ramiro, no te llamaré nunca más.

Me encuentro con Andrea en un centro comercial de Miraflores; es temprano, no más de la una de la tarde, es un sábado caluroso. No sabemos qué hacer, empezamos a caminar por las tiendas que hay en el centro comercial: entramos a ver ropa, cámaras fotográficas, discos, cosas así para perder el tiempo. Yo le digo a Andrea que entremos a una librería que está inmersa entre tantas tiendas por el lugar, pero ella no accede, me dice que ya está harta de que siempre la haga entrar a esas somníferas tiendas llenas de libros, donde suelo quedarme horas. Yo finjo comprenderla y le digo que no hay problema, pero en el fondo me siento arrepentido de estar con ella vagando en un centro comercial.

Andrea me ve caminando lánguido, aburrido (yo hago que lo note exagerando mi condición), entonces ella se siente culpable, piensa que estoy aburrido por ella, me pregunta qué quiero hacer, ella invita. Yo cobro bríos de repente, le agradezco la invitación, pero le digo que no sé qué podemos hacer. Ella me da un abrazo y me besa como sólo ella sabe, y pasa lo inevitable: se me pone dura. Le propongo entonces ir al depa a tirar. Ella se aleja, se zafa de mis brazos pervertidos y me dice que no, que no quiere tirar, que quiere pasar una tarde itinerante y aventurera en la calle. Odio que se niegue, detesto que no tenga el mismo frenesí que yo para el tire; pero nada puedo hacer, sólo dimito

¡Vamos al cine, vamos a ver una pela!, me dice. No, no tengo ganas, digo despechado, además es muy temprano, los cines me dan cólera tan temprano. No seas así, pues, Ramiro, ánimo, vamos, yo invito, insiste. No hay muchas cosas más que podamos hacer, me resigno, disuado, el cine no es una mala opción después de todo. Al menos estaré sentado en un lugar tranquilo y fresco por dos horas, y será gratis, pienso. Le acepto la invitación a Andrea. Ella me pregunta qué película quiero ver, yo le digo que cualquiera, que me da igual, que ella elija.

Caminamos unos pasos hasta el cine, Andrea se acerca a la boletería y compra las entradas; luego me hace una seña con la mano y me indica que ya debemos entrar al establecimiento. A la sala dos, me dice, al tiempo que me alcanza un boleto. Andrea camina rápido, yo acelero el paso para no perderle el ritmo. ¿Por qué caminas tan rápido?, protesto, ¿ya empezó la película o qué? Aún no empieza, pero no falta mucho, dice. ¿Qué vamos a ver?, pregunto a la carrera. Las aventuras de las ardillas mágicas, responde. ¿Qué mierda es eso?, me ofusco, ¡eso suena para niños!, añado. Era la película más próxima, tú dijiste que elija la que sea, se defiende.

Entramos a la sala dos, está casi llena, se ven varios niños acompañados de sus padres. La sala es un alboroto, una suma de chillidos desesperantes, ¿para qué traen niños a los cines?, pienso, ¿para qué hacen películas para niños, si los niños lloran, saltan, ríen y hacen de todo, menos ver una película en un cine?

Andrea y yo caminamos hasta la última fila, por suerte está vacía, agradezco eso, la última fila es la mejor, se puede hacer de todo con tranquilidad allí. Los niños con sus padres han atiborrado casi todos los primeros asientos, dejando los últimos bastante desiertos, algo bueno entre tanta mala cosa.

La película empieza, los niños hablan, comentan la película, lloran, se asustan; me da ganas de ahorcarlos o de ahorcarme a mí mismo para capear el momento. Andrea parece interesada en el film, pero yo ya no puedo más, no voy a dejar que esta tarde sea tan penosa. Me acerco a Andrea y la abrazo y la beso, lo hago con dedicación, con mis mejores conatos para que ella se excite. Parece que no lo logro, ella no deja de ver la pantalla; sin embargo yo me he excitado más al tratar de excitarla, ahora ya nada me puede detener. Tomo el rostro de Andrea entre mis manos y la dirijo hacia mí, la beso, luego la toco por todo el cuerpo, meto mis manos por debajo de su camiseta y se la levanto. Con algo de torpeza, por la

oscuridad, le hago a un lado el sostén y empiezo a lamerle los pechos, que lucen rosados y enarbolados. Ahora ella se excita y me coge el cabello, acercándose a su cuerpo.

Siéntate encima de mí, Andreita, le digo. ¡Estás loco, ni hablar!, musita ella. ¡Ya pues, no seas aguafiestas!, ven acá, insisto. No, la sala está llena de niños, imagínate que alguno nos vea, argumenta. Si nos ven, piña, pues, para qué voltean, digo excitado, cada quien le saca el jugo a su entrada como quiere. Jalo a Andrea, levantándola de su asiento y la pongo sobre mis piernas. La sala sigue igual, nadie voltean a vernos, nadie nos vería, todo está muy oscuro. Toco a Andrea por todos lados, me excita saber que es probable que alguien nos pille, me excita más saber que nunca he tirado en un cine y que hoy lo voy a hacer.

Le desabrocho el jean, luego se lo bajo hasta las rodillas, ella sigue de espaldas a mí, me gusta lo que veo. Con una locura endiablada, me desabrocho el short y me lo bajo junto con el bóxer; la tarea no es fácil, no hay mucho espacio en la butaca, pero me agencio para realizar todo y empezar el ruedo. Bajo una mano, me la cojo y trato de metérsela a Andrea, intento guiarme confiando sólo en la puntería del instinto, no veo nada, no puede ser de otra forma. Fracaso tristemente, no logro embocarla. No se puede, musita Andrea, ahorita nos ve alguien, añade. Todo se puede, le digo, todo se puede cuando uno está arrecho.

Cojo a Andrea por la cintura, la levanto de mis piernas y la acomodo en su asiento de vuelta. ¿Qué haces?, pregunta. ¡Échate!, le digo, reclínate en la butaca. ¡No te pases!, encima quieres hacerlo con todas las comodidades, me dice. No le hago caso y la ayudo a distenderse en el asiento, luego yo doy un vistazo a la sala anegada de pigmeos: siguen en lo suyo, yo voy a lo mío. Me recuesto encima de Andrea, esta vez es más fácil encontrar el camino, no tardo en hacerlo, se la meto de un tirón y escucho como ella reprime un gemido. Me muevo rápido, esas cosas alocadas son para

hacerse rápido, no hay tiempo para escarceos; se la meto con presteza y sé que ambos tememos ser descubiertos en pleno concúbite. Empiezo a dar unos impulsos más fuertes, cierro los ojos y luego el paraíso, me vengo dentro de ella; no importa que no haya usado condón, para eso está la pastilla del día siguiente.

Nos besamos y luego nos separamos, vuelvo a mi butaca. Andrea saca de su cartera una caja de kleenex y empieza a hacer esas cosas que yo prefiero no ver, porque soy demasiado asquiento y egoísta, y cuando termino, termino, y a otra cosa mariposa. Nos mudamos de asientos y ahora veo la pantalla con menos resignación, más bien con una sonrisilla ganadora. Butacas abajo, los niños siguen viendo su película, ajenos a todo lo que pasó, saltando y gritando celebrando sus inocencias.

Faltan pocos días para el famoso treinta y uno de diciembre, el fin de año, la ocasión perfecta para celebrar, festejar, hacer parrandas y saraos extremos, para desbandarse donde sea, en cualquier lugar, cualquier lugar es bueno. No soy un encarnizado fanático del año nuevo: detesto hacer planes, y peor aún, detesto planear con prolongada anticipación una súper fiesta debido a que, por lo general, las cosas que se planean o no salen o salen mal.

Andrea me pregunta que haremos, cómo celebraremos el año nuevo. Yo le digo que no tengo ganas de hacer nada, que me quedaré en el departamento escribiendo y comiendo pizza, esa será mi forma de protestar contra los entusiastas de fin de año. Obviamente todo es mentira, lo que sucede en realidad es que no pienso pasar dicha fecha con Andrea, caiga donde caiga, sé que estaré rodeado de chicas dispuestas a todo (que es lo común en año nuevo: el desenfreno), por lo que Andrea me significaría una castración metafórica.

Andrea me odia, se molesta conmigo y dice que puedo escribir cualquier otro día, pero al ver que no doy mi brazo a torcer, desiste y se resigna a pasar año nuevo con sus padres en su casa de playa en San Bartolo.

Libre como estoy, empiezo a analizar mis opciones, veo a dónde puedo caer, que lugares me ofrecen las mejores oportunidades (de ligar, obviamente). Lo lamentable es que no encuentro nada, los planes de mis amigos me parecen aburridos, los planes de mis amigas están anegados de chicos; siento que al final sí cumpliré con lo que le dije a Andrea.

El buen Leonardo me llama y me pregunta qué haré por año nuevo. Le digo que nada, que me quedaré escribiendo en casa. Me dice que no puede ser, que no sea tan aburrido. Le digo que no tengo a dónde ir de todos modos. Me dice que él irá a la playa, que la pasará en Punta Hermosa. Le pregunto con quiénes irá. Me dice que con una chica, Pamela. Le pregunto por Pamela, no había escuchado sobre ella. Él me dice que es una amiga.

Yo me imagino que es la única que tiene. Luego me cuenta que Pamela tampoco tenía planes, por eso quedaron en ir a la playa. Le digo que mejor no, no quiero ser violinista.

Leonardo me dice que, aunque él y Pamela son sólo amigos, quiere agarrársela en año nuevo, que esta vez tendrá la oportunidad perfecta; me dice que hace tiempo le tiene ganas, que es la chica más linda que conoce. Yo pienso que es la única que conoce, pero en cambio le digo que con más razón, mi presencia junto a ellos sería un error. Él me dice que es mi amigo y que no permitirá que me aburra en año nuevo, me propone andar los tres, sin roches, me promete que no me sentiré incómodo y que, a lo mejor, me termino agarrando a alguna hembrita en Punta Hermosa. Disuado y acepto.

El treinta y uno a primera hora espero a Leo y a Pamela en un paradero de colectivos, es un paradero venido a menos, un paradero atestado de gente cochina y apestando (a gente cochina). Es lo malo de no saber manejar, pienso, con caña todo sería distinto. De pronto aparece Leonardo y me saca de mis cavilaciones. Leo está con Pamela y Pamela, para mi sorpresa, no es una feíta de las que pudiera aceptar salir con el gran Leonardo, ¡no señor!, Pamela es una flaquita de ojos achinados y cabellos largos, que se para frente a mí con su camiseta sin mangas y su pareo. Mi asombro es evidente.

Leo nos presenta, yo estoy con esa media sonrisa que odio porque siempre me delata, esa sonrisilla conspiradora; Pamela me da un beso en la mejilla; me percató de lo dulce que huele, de lo linda que está; encomio a Leonardo, se va a levantar a una buena hembrita.

Tras una larga espera, por fin nos subimos a un apestoso colectivo que, al menos, va vacío y nos permite viajar sentados cómodamente. Nos sentamos al último: yo pegado a la ventana, Leo a mi lado y a su lado Pamela. Escucho música todo el camino, llegamos a la playa en un par de horas.

Nos instalamos en la cálida arena de Punta Hermosa, ponemos nuestras sombrillas, las toallas, unas chelas en lata que compramos llegando y ya, ¡a pasarla bien! Me tiendo sobre la arena, cubierto por la sombrilla y mis gafas oscuras; Leonardo y Pamela deciden meterse al mar, yo prefiero quedarme oteando bikinis. Pamela se libra de sus ropas con una presteza que de sólo ver hace que se pare, se saca la ropita y muestra su cuerpo esbelto y bronceado. Me quedo embobado viéndola correr hacia el mar.

Me bajo algunas chelas bien heladas mientras veo a las ricas hembras que pululan por la playa en canícula, pero me es inevitable no perderme en el cuerpo de Pamela, y en su carita de matadora (o más bien de tiradora), y me repito en la mente: Pamela, Pamela, chúpamela, Pamela, y luego me seco otra cerveza para enfriarme porque debo respetar a la chica de mi amigo.

A la tarde, Leo y yo almorzamos en una cebichería pobretona que queda en el pueblo, Pamela dice que le da asco comer ahí y en cambio come un par de emparedados integrales que compra en el minimarket de un grifo. Leo le paga la cuenta, hace méritos para agarrársela esta noche. Luego caminamos por el malecón, paseamos un rato, y desde ya se siente un ambiente festivo. Hay mucha gente, todos están chupando, venden juegos artificiales, algunos fumones lanzan agazapados, se ve movimiento.

Mientras la noche se abre paso, y a sabiendas de que el fin de año está próximo, Leo, Pamela y yo compramos alcohol. Por unanimidad compramos ron, lo combinamos con una coca-cola helada y bajamos a la playa con el trago y con vasos descartables para servirnos. Nos arrellanamos en la arena y arrancamos a libar; yo con mucha más afición que los demás: quiero olvidar que estoy de violinista, quiero olvidar que hice mal en chotear a Andrea, quiero olvidar, sobre todo, que Pamela está demasiado rica y que me le quiero tirar encima.

Leonardo ha hecho un buen trabajo. Como amigo: por no permitir que me aburra en año nuevo. Como hombre: por traer y afanar a una hembrita que está de putamadre. Y como ambas cosas: por no dejar que me le acerque a Pamela en todo el viaje, que no hablemos sino lo esencial y que siempre nos veamos interpuestos por él. Me parece que hace bien, me conoce, yo hubiera hecho lo mismo.

Cuando llegan las doce, yo estoy un tanto borracho, seducido por el ron que bebí en cantidades obscenas. Me saludo con los chicos, nos abrazamos, no deseamos feliz año nuevo. Leo parece mareado también, hace un brindis por no sé qué chucha y luego se aloca, toma la botella de ron, acopia fuerzas y la arroja al mar trémulo. ¿Qué haces, huevón?, le digo. ¡Leonardo estás loco!, dice Pamela. Esa botella la compramos el año pasado, estoy tirando el año viejo, dice Leonardo; estoy largando ese año de mierda, añade. Nadie se ríe de su gracia, más bien nos molestamos con él, y más cuando vemos que la bodega más cercana ya cerró y tendremos que buscar otra si queremos seguir chupando.

En los albores del nuevo año, Pamela, Leonardo y yo, caminamos cansados, hollando con pesadez las arenas heladas de la playa de Punta Hermosa; caminamos y caminamos y no hay indicios de alguna bodega o kiosco en las cercanías. Caminamos atravesando la playa y dejamos atrás a la gente y a las fogatas y nos alejamos hasta que la playa queda desierta y oscura. Felizmente, podemos otear luces a lo lejos, por el pueblo, parecen negocios, tiendas, trago.

Pamela se deja caer en la arena y dice que no puede más, que está cansada, que ya no seguirá caminando por alcohol. Yo también me dejo caer y me resigno a continuar la noche sin un buen trago. Leo nos anima, nos recuerda que es año nuevo, nos dice que falta poco; pero no le hacemos caso, nosotros le recordamos que estamos cansados y es por su culpa, por haber tirado el ron al mar. Él mira en derredor, luego nos mira

derrotados, y entonces, contrito y estoico, nos dice que lo esperemos ahí, que él irá por el trago.

Yo, mareado como estoy, intento detener a mi amigo, me le acerco y le digo musitando que ya fue, que mejor la dejamos así nomás, pensando que sería un error que me deje a solas con Pamela. Él me dice que la cagó, que sin trago no es lo mismo, y que sin trago no logrará agarrarse por fin a su amiga y entonces nada tendrá sentido. Yo insisto, pero Leonardo no entiende mis razones, en cambio da media vuelta y empieza a caminar con diligencia hasta que se pierde en las sombras.

Me siento en la arena, al lado de Pamela, logramos hablar lo que no pudimos en todo el día, nos conocemos un poco. Yo hago de todo por no verle las piernas que se escapan de su pareo, o su liso abdomen que no cubre la camiseta. Trato y trato pero no puedo, se me van los ojos, además, estoy mareado, lo que me incrementa la libido. Me puedo dar cuenta que Pamela también está algo mareada, sobre todo por lo que me dice sin tapujos: te pareces a mi ex.

Obnubilado balbuceo un par de cosas. ¿Leonardo irá a demorar?, me pregunta ella. No sé, quizá, respondo; ¿por qué?, añado. Porque quiero darte un beso, me dice. Inhalo fuertemente una bocanada de aire, la tentación se ha salido de control. Leonardo es mi amigo, digo con mis últimas fuerzas. ¿Acaso no te gusta?, pregunta ella, con voz sensual. Y eso es suficiente, a la mierda la cordura, me aproximo a Pamela y me la agarro con todas la ganas del mundo, metiéndole la lengua por todos lados, lamiéndola.

Pamela no es nada de Leonardo, trato de pensar; él intentó hacerla pero no le salió, me recuerdo. Entonces, puesto a seguir hasta el final con mi felonía y con el cuerito de Pamela, le digo para tirar, le propongo hacerlo ahí, sobre la arena fría. Ella, aún besándome, me dice que no, que no tengo

preservativo. Le digo que qué chucha, así nomás. Ella me dice que no, que ni hablar.

Lamento que Pamela no quiera tirar, pero bueno, al menos me la estoy agarrando, y le estoy agarrando todo, porque la atenazo a mí y mis manos recorren todo su cuerpo al milímetro. Ella me mira y me dice: no te molestes, sin condón no podemos tirar, pero podemos hacer otras cosas. Yo no digo nada, sólo me quedo arrodillado, expectante. Ella me besa y sus manos tocan mis shorts, me lo desabrocha y me coge la pinga como una experta. Luego me da un último beso y desciende hasta mi abdomen bajo, introduce su boquita en mí y me la chupa como una diosa.

Miro al cielo estrellado, estoy en un éxtasis de ensueño, se siente de maravilla todo lo que hace (y sabe hacer bien) Pamela. De pronto, veo a lo lejos que Leonardo está de regreso, camina zigzagueante con una botella bajo el brazo. No le digo nada a Pamela, sólo me apuro en terminar. Ella sigue en el suyo, lo hace con maestría; yo acelero la respiración y le pregunto si me puedo venir en ella. Ella me dice que sí y me la chupa con más bríos. Entonces yo suspiro y termino dentro de su boca. Ella hace un rictus extraño y se lo traga ante la mirada morbosa de este, su humilde servidor.

Después nos sentamos alejados, fingiendo estar cada quién en lo suyo. Leonardo llega con el trago y nosotros nos alegramos y lo felicitamos y hacemos todo un procedimiento histriónico para que mi amigo no nos descubra. Arrancamos a bajarnos el nuevo ron, y Leonardo sigue afanándose a Pamela, mientras yo repito en mi cabeza: Pamela, Pamela, chúpamela, Pamela.

Una tarde cualquiera, estoy chateando amenamente cuando, de buenas a primeras, se me va la conexión a internet. Frustrado porque sin el Messenger y youtube no tengo nada más que hacer a esa hora, decido bajar a la calle y meterme a alguna apretada e incómoda y mouse–melosa, cabina de internet.

Casi llegando a un negocio de cabinas, a unos pasos de mi casa, veo que la dueña, una señora ya entrada en años y conocida por ser bastante renegona, está conversando con una chica muy agraciada, que viste con ropas bastante sugerentes y provocativas, lo cual me llama aún más la atención. Ambas conversan en la puerta del negocio, yo prefiero no acercarme, me quedo a unos pasos escudriñando a la linda chica; recuerdo haberla visto antes, nos hemos cruzado un par de veces, debe vivir en las cercanías, hoy la veo mejor que nunca.

Agazapado escucho que la señora, dueña de las cabinas, le dice a la joven: ya pues, hijita, entonces en media horita vengo, me voy volando, por favor, no dejes entrar a nadie, ¿ya? La chica linda asiente con una sonrisa de niña buena y le dice a la señora que no se preocupe. Luego se despiden y la chica entra al negocio mientras la señora se aleja caminando.

Ni bien veo a la vieja perderse volteando la esquina, e impelido por esos impulsos concupiscentes que tengo, me acerco al negocio y toco la reja con una moneda, no tarda en aparecer la chica bonita de ropas cortas. La veo y ella me mira, me pierdo en sus ojos claros. Nos saludamos con un afecto extraño. Hola, una cabina por favor, le digo, haciéndome el tonto. No, sorry, pero no puedo alquilar nada, la dueña no está, me ha dejado cuidando su negocio, me dice con un mohín demasiado sensual, con una vocecilla demasiado perturbadora. Muevo la cabeza, ¡caray!, le digo, y luego la miro a los ojos, rogándole con la mirada que me deje entrar y verla más de cerca. Se crea un silencio. Si fuera por mí te dejo entrar, pero la señora ha dejado cerrado con llave, me ha dejado encerrada acá, me dice ella,

devolviéndome la mirada, regalándome una sonrisa pícaro, invitándome a que la desee. Crispado sólo atino a decir: bueno, en todo caso regreso más tarde.

De vuelta en casa, pienso que esa chica es de lo mejor que he visto por acá, que está muy buena, pienso en lo rica que estaba con su polito blanco y ese short corto de jean que exacerbaba la hermosura de sus piernas. Luego pienso que fui un idiota al no haberme quedado en las cabinas haciéndole el habla a la chica. ¡Era mi oportunidad, era mi oportunidad!, me repito como un demente; además, esa chica me miraba con ganas, podría jurarlo. Entonces, obnubilado por el deseo, bajo de regreso a las cabinas; poco me importa hacer un papelón.

Llego y toco la reja, la chica linda sale otra vez. ¿Segura que no me puedes alquilar internet ni unos minutitos?, le pregunto. No, de verdad que no, estoy encerrada con llave, responde risueña, hablando bajito, coquetísima. ¿Y qué pasa si hay un temblor o un incendio, cómo sales?, le pregunto. La chica se queda pensando un rato, no sabe que decirme. Sólo quiero mandar un mail, le digo, es cosa de unos minutos. La chica se ríe, me dice que está bien, que me hará pasar pero que no me demore. Sólo porque pareces un buen chico, dice. Buena estás tú, pienso yo.

Después de hacerme el tonto por unos minutos frente a una computadora, llamo a la chica (que está sentada a unos pasos), y le miento diciéndole que no puedo entrar a mi correo. La chica viene y se sienta a mi lado para tratar de ayudarme. ¿Tú eres familiar de la dueña?, le pregunto, sólo por decir algo. No, vivo por acá, siempre vengo, la señora me tiene confianza, me dice. ¿Cómo te llamas? pregunto. Melisa, me responde. Te he visto un par de veces por aquí, le digo. Sí, yo también te he visto, confiesa. Soy Ramiro, le comento. Bonito nombre, comenta ella.

Conversamos un poco, nos conocemos, le pregunto boberías mientras reflexiono en que Melisa tiene unos labios muy sexys, unos ojos

encantadores. Eres muy bonita, la sorprendo, arriesgándome. Melisa se ríe, juega con su cabello, me da pie a que la siga conquistando. ¡Qué rico hueles!, digo acercándome a ella.

Melisa me detiene con las manos y me dice ¡hey, no te equivoques, no soy una chica fácil!, pero no lo dice sintiéndose vejada, lo dice como una formalidad que le han enseñado a decir. Yo la miro y me río, y luego, sé que no eres una chica fácil, sólo que eres demasiado linda como para dejarte pasar, es todo, no me mal entiendas. Melisa analiza mis palabras. Tampoco quiero que pienses mal de mí, no soy un pendejo mal, sólo que me atraes, mírate, eres encantadora, le digo. Ella se sonroja. Me acerco más e intento besarla, pero Melisa voltea la cabeza, mira a la calle a través de la reja de metal; sin embargo, no se opone a que yo continúe al acecho. Me aproximo a su cuello rosándola con los labios, ella no dice nada. Empiezo a lamerla un poco, sólo lo justo para excitarla y lo justo para no parecer un perverso. Melisa suspira, se calienta y yo con ella. Trato de bajar algo más, a tratar de incursionar dentro de su escueto polo. ¡Qué rico!, digo musitando. Estoy casi en la gloria, cuando de pronto Melisa grita: ¡la tía! Y yo: ¿qué tía? Y Melisa: la tía, la dueña, ahí viene. Y yo: ¡la putamadre! Y Melisa: ¡vete ahorita, la tía está casi cruzando la pista! Y yo: ¿estás segura? Y ella: segurísima, esa vieja es inconfundible. Y yo: te espero afuera, habla con la vieja y sales.

Melisa me promete que saldrá a darme el encuentro. Yo corro a la reja, la abro como puedo, confirmo que la vieja está por llegar, viene caminando distraída, no creo que me haya visto, salgo disparado. Luego avanzo hasta la esquina y me siento sobre un muro a esperar, estoy agitado, siento el corazón latiendo a mil por hora: los besos, la huida, Melisa, todo eso me ha conmocionado.

Sentado, me río solo, como un demente, recordando lo acontecido.

Unos minutos después, Melisa sale de las cabinas, veo que se despide con cariño de la señora dueña del negocio, lo hace con una concha asombrosa, haciendo su papel de niña buena nuevamente. Luego camina hacia mí con una sonrisilla rebelde, tan linda, tan osada; y yo siento que esa chica es para mí, me alegro de que se me haya ido el internet.

Paso una mañana entera escribiendo, llegan a dolerme los dedos de tanto teclear en el ordenador. Cuando releo lo escrito me invade una sensación de inconformidad, qué va, no puedo dejar de sentir que he escrito frugalidades: termino por sentirme un cagón.

Con real desánimo, cierro la laptop y voy a escudriñar la cocina a ver qué novedades. Abro el refrigerador y sus estantes vacíos me dan la bienvenida.

Me llevo las manos a la cabellera, lamento mi mala suerte, no hay comida. Tendré que bajar a comprar algo en la bodega, pienso. Me pongo unas zapatillas a la volada y me peino un poco, no quiero parecer un enfermo o un loco caminando por las calles.

Camino con parsimonia, no sé qué comprar para comer: una sopa instantánea me suena bien, me suena fácil; espero que vendan sopas instantáneas en la bodega.

El negocio no es grande, es una tiendita que carece de un ambiente opulento, pero que se las arregla para vender de todo. Al entrar, noto que no está el chino que atiende, en cambio veo a dos señoras paradas ante el mostrador, como esperando a ser atendidas. Decido ser prudente y pararme tras ellas, a esperar mi turno.

¡Pasa nomás!, me dice una de las clientas paradas al borde del mostrador, nosotras aún no sabemos qué comprar. Son dos damas con la edad suficiente como para ser mi madre; ambas, sin embargo, lucen vestidas y pintadas de una manera exagerada, cómo si se hubiesen disfrazado de adolescentes. ¡Gracias!, le digo a la señora, y avanzo unos pasos. El chino encargado de la bodega se acerca desde la trastienda, parece más aburrido que cansado por su trabajo.

¡Buenas tardes!, le digo, ¿tendrá sopa instantánea?, le pregunto. El chino sólo asiente con el rostro y regresa a la trastienda a buscar lo que le pedí. ¡Ay, vas a tomar tu sopita!, me dice una de las señoras, la más pintarrajeada y pizpireta. Sonrío y con la mayor gentileza de la que soy

capaz le digo: ¡ajá! ¿Te gusta la sopita, buenmozo?, me pregunta la otra señora, que es baja y tiene el pelo pintado de rubio. Sí, respondo, ahora confundido.

La señora pintarrajeada se muerde los labios, hace una mueca inefable y luego dice: ¡qué rico que te guste hacer la sopita! Entonces mi sonrisa se transforma en un mohín de incertidumbre. A nosotras también nos encanta la sopita, añade la otra. El chino de la bodega, desde la trastienda, me pregunta a los gritos: ¿de carne, de pollo, de gallina?, y lo pregunta en un español tan espurio que resulta gracioso. Pido la que siempre compro: ¡de gallina, por favor! La señora pintarrajeada agrega socarrona: ¡de gallina vieja, más rico! Su amiga se ríe escandalosamente.

La señora pintarrajeada se me acerca un poco, ¡sopa de gallina vieja con sus buenas piernas!, dice, mostrándome las palmas de sus manos, simulando agarrar dos extremidades inferiores. ¡Buenas piernas y bien abiertas!, añade su amiga pelo pintado. El chino de la bodega regresa y advierte la retahíla de improperios que me están alcanzado aquellas viejas glorias del cache, pero eso no parece preocuparle, no señor, al chino lo que le preocupa es que estén usando su negocio como casa de citas, así que se pronuncia diciendo: ¡ojan señoritas!, ¿van a comprar algo?, no me espanten a la clientela, caricho. ¡Ay, déjame, pues, chiníto, no ves que el chico esta guapetón!, responde una de las viejas. ¡Claro, déjanos, de repente nos liga, quién sabe!, añade la otra. Yo miro azorado, siento que me he puesto rojo.

¿Tienes hambre, churro?, ¿no quieres que te cocinemos?, pregunta la pintarrajeada. O mejor aún, ¿no quieres comernos a nosotras?, mira que estamos bien despachadas, agrega la del cabello pintado. Ambas chocan las manos y se ríen. Ahora no, les digo. Ya, pues, ámate, dice la primera. No, gracias, en verdad no, respondo. Las viejas no se sienten rechazadas, sólo se siguen riendo.

¿Cuánto te debo?, le pregunto al chino. ¡Cuatro soles!, me responde él. ¡Para qué vas a pagar cuatro soles, si acá tienes dos gallinas bien calentitas y gratis!, comenta la pintarrajeada, con un sonsonete puteríl. Yo me río de mala gana, ¡no, gracias!, digo. Luego saco el dinero, le pago al chino y me apresuro en salir. Chau, buenmozo, cuídate, dice una de las señoras. Chau, lindo, si se te antoja hacer una buena sopa no dudes en regresar, dice la otra. Yo les hago adiós con la mano y me voy pensando que esas tías son un par de pendejas de lo peor, y que sería lindo que tengan treinta años menos o que tengan hijas tan hambrientas como ellas.

Melisa viene a buscarme, me encanta que lo haga, me encanta verla una vez más. La hago pasar, le digo que se ponga cómoda mientras le alcanzo un vaso con gaseosa; luego nos ponemos a platicar. Meli está linda, es una chica linda, cualquier sujeto la vería con ganas, cualquiera estaría encantado de tirársela, eso pienso mientras ella me habla de no sé qué cosa, y es que me resulta inevitable verla y no encontrar deseo, atisbarla y no hallar pasión.

A nosotros nos une un vínculo lascivo, ella y yo compartimos las mismas ganas insaciables por el sexo; eso me gusta de Melisa, que sea casquivana, que no se complique la existencia con los parámetros de cordura y timidez tan típicos en nuestra sociedad retrograda; eso es precisamente lo que la diferencia de Andrea; Melisa siempre está dispuesta a tirar, y tirar con ella siempre es un placer.

Melisa se da cuenta de que la estoy mirando con ojos acezantes, que mientras me habla yo me pierdo oteando sus piernas y sus tetas y su cuello, y entonces ella me pregunta divertida: ¿en qué estás pensando tú, ah? Y yo le digo: en lo rica que estás, Meli. Ella hace un siseo y se acerca a mí, haciendo que me recueste sobre el sofá de cuero que tantas veces me ha apoyado en los trajines amorosos.

Echado, la tomo por la cintura y la manoseo lentamente, aprovechándome de su cuerpo. Ella me besa y lame la comisura de mis labios, me encanta que haga eso. De pronto, ese momento de incalculable pasión se ve interrumpido por el maldito sonido de mi celular, que empieza a dar alaridos como loco. Contesta, me dice ella, aún sobre mí. No, que no joda el celular, tengo mejores cosas que hacer, digo palmoteándole el culo.

El maldito aparato continúa chillando, bramando un apestoso ringtone de melodías extrañas. Mejor contesta, dice Melisa, quizá es algo urgente, sino no insistirían tanto. Asiento con el rostro y me pongo de pie furioso, odiando a mi celular, pensando que debo dejarlo en modo silencioso para que no

vuelva a ocurrir algo semejante. Saco el aparato de mi bolsillo y lo escudriño para ver quién es el inoportuno que osa molestarme; el nombre que figura en la pantalla del teléfono es el de Andrea.

Es obvio que no puedo hablarle, eso arruinaría todo con Melisa, pero tampoco puedo colgarle, eso daría pie a que Andrea siga llamando con una insistencia suspicaz. Melisa me mira intrigada y me pregunta por qué no contesto. Yo la miro y le digo: es mi mamá, no quiero contestarle. Ella me dice: ay, no seas malo, háblale, seguro que te extraña. Yo le digo: sí, pero ahorita es un mal momento para que alguien me extrañe. Pienso unos segundos, luego le digo a Melisa que guarde silencio y hago lo mejor que puedo lucubrar.

Pego el celular a mi oreja, contesto y musitando digo: ¡aló, ahora estoy ocupado, llámame en unas horas, estoy en una reunión!; luego, sin despegarme del aparato, oprimo la tecla roja que corta las llamadas y continuo: sí, mami, hablamos más tarde, no te preocupes, adiós. Melisa sonríe y me dice: ¡qué malo, cómo le mientes a tu mami! Y yo sonrío porque menos mal no se dio cuenta de nada.

Celular de mierda, sólo sirve para joder, digo luego, haciéndome el molesto. Ya, no reniegues, me recomienda ella. Es que me llegan estos aparatos, no los entiendo, no les encuentro sentido, digo. Pero tu celular es bonito y bien moderno, dice ella, ¿tiene cámara?, pregunta. Sí, aunque nunca la uso, digo. ¿Y no quieres usarla?, me dice ella y me arrancha el celular y oprime el botón que activa la cámara.

Saluda, me dice, a la vez que me enfoca. No, no me filmes, salgo terrible en cámaras, digo. Estás bien, sales bien, me dice ella, aunque yo sé que me está mintiendo. Mejor yo te filmo a ti, le digo y aprovecho la excusa para quitarle el celular, no vaya a ser que Andrea vuelva a llamar y Melisa ve su nombre en la pantalla y todo a la mierda.

Empiezo a filmar a Melisa, ella posa para la cámara, juega con su cabello, pasa las manos por su cuerpo. ¡Qué rica estás!, le digo. Ella empieza a modelar con mayor seducción, a hacer caras y poses que me empiezan a descontrolar. Luego alargo una mano y le acaricio el rostro y voy bajando despacio, hasta llegar a sus pechos, se los toco, juego con ellos, y puedo ver todo lo que estoy haciendo a través de la pantalla del celular.

Melisa empieza a decir cosas pervertidas, lo hace sin mirarme a mí, sino mirando al pequeño lente de la cámara; parece que le excita que la esté filmando. Luego, con voz de niña buena me pregunta: ¿te la puedo chupar? Yo sonrío y, sin dejar de filmarla, me levanto, me bajo los pantalones y la saco; entonces Melisa se acerca a mí gateando, mira a la cámara y me propina una felación fantástica. Yo me quedo de pie, registrando en video a ambos, a Melisa y a esa prolongación de mi ser que viene siendo atendida plausiblemente.

Cuando pasan los días, me causa gracia que Melisa me mande mensajes de texto preguntando si veo su video. Yo le cuento que sí, que lo veo muy seguido, que me toco viéndolo. Entonces ella me responde diciendo que le alegría saber que, gracias a ella, he cambiado mi forma de pensar y que ahora sí le encuentro sentido al bendito celular.

Estoy a punto de viajar a Trujillo, me parece una manera adecuada de saldar la cuenta por haber permanecido los últimos meses metido en el departamento, en un ostracismo auto infligido, escribiendo como un loco la novela, lucubrando tropelías; mientras el resto de mis amigos veraneaba en las playas del sur.

Llego a Trujillo y me hospedo en casa de mis abuelos maternos, una casa grande, en medio de un barrio sosegado donde el tiempo parece transcurrir en vilo, agonizante. Se siente un cariz extraño, que, a diferencia de Lima, hace de esta ciudad un lugar sin apuros, sin complicaciones; donde hay una tranquilidad desmesurada que acaricia al residente y asfixia al visitante, por lo que pronto me siento aburrido y, qué va, arrepentido de estar aquí.

Mis abuelos, tan amorosos, tan afables, me atienden de maravilla, me consienten, me preparan comidas típicas y pantagruélicas; las mismas que no como porque odio, me disgustan, extraño el Mc Donald's.

Mi Laptop no logra entrar internet, no tiene señal; me siento incomunicado, apartado del mundo, varado en un lugar donde no conozco a nadie; de no ser porque no veía a mis abuelos hace casi tres años me sentiría un idiota por estar aquí.

Pasado un día, dos primos míos llegan a casa de mis abuelos, son jóvenes, sólo un poco mayores que yo; me dicen para salir, para ir a la playa; acepto de inmediato, aunque sé que, dentro de unas horas, rojo de la quemadura y salado por el agua, me voy a arrepentir. Zafamos rápido a una de las playas más conspicuas de Trujillo: el mar es tranquilo y limpio; el cielo despejado; no pierdo el tiempo y logro otear a las no pocas chicas lindas en bikini. De pronto los ánimos vuelven a mí, me pongo como loco por tantas féminas apetecibles. Mis primos no parecen tan crispados como yo, ellos están jugándose bromas tontas, contándose chismes familiares, ajenos a mi deseo por abordar a las muchachas en trajes escuetos.

Tres chicas opulentas en atributos y largamente agraciadas se instalan a unos pasos de nosotros, tiran sus toallas y luego se echan a tomar sol; lo que me derrota en mi intento por mantener la calma y la cordura. Les digo a mis primos para ir a hablales; me dicen que no, que son chibolas, me recomiendan que no sea tan loco. Pero a veces no puedo evitar ser así de loco con chicas así de lindas.

Me frustra un poco la actitud de mis primos, siento que no me han entendido, que no se dan cuenta de que esas jóvenes que están tomando sol, todas puteriles a nuestro lado, son una delicia, y que pueden ser nuestras. No tengo muchas opciones, lamento la actitud reacia de mis acompañantes y, resignado, me tumbo en la arena a mirar nada más.

Oculto tras mis gafas, no puedo dejar de mirar a las tres opulentas trujillanas que toman sol boca abajo a unos pasos, tendidas sobre sus toallas, sabiéndose ricas, sabiendo que todos las desean (o que yo las deseo por todos). Mis primos me dicen para meternos al agua, me proponen nadar hasta el fondo del mar. Los mando a la mierda enseguida. Mis primos me dicen que soy un aguado, un aburrido. Yo les digo que sí, eso soy; no me interesa discutir. Entonces ellos se van y entran corriendo al océano helado.

Detesto estar así, como todo un perdedor en la playa. Sentado, abrazo mis rodillas y me quedo tranquilo, escudriñando mi realidad. Luego vuelvo la vista a las chicas, porque ahora están charlando y echándose bronceador y riéndose, y entonces entiendo que es mi oportunidad. Sigilosamente me aproximo un poco a ellas, sin levantarme de la arena; cuando estamos a una distancia estrecha les pregunto con mi mejor acento limeño: ¡chicas, disculpen!, ¿por casualidad tendrán hora? Las chicas me miran incrédulas, los veraneantes me miran pensando que soy un idiota, mis primos, desde el mar, me miran pensando que soy aventado después de todo, y yo sólo espero a que las chicas en bikini se rían de mi pobre intento por hablarles.

Pero no se ríen, me miran llenas de mohines y yo temo lo peor. Una de ellas saca su celular de un bolso, son las dos y diez, me dice. Me siento algo aliviado, capeé el desplante. Luego ellas se miran entre sí y cuchichean un par de cosas; yo volteo avergonzado pensando que fui un idiota. Una de las chicas, mirándome, me pregunta: ¿has venido solo? Doy un respingo y, recobrando la compostura de galán, digo: no, he venido con mis primos, pero ellos están por ahí, correteando. ¿Correteando?, me pregunta otra de las chicas. Sí, creo que son medio gays, le respondo. Las chicas se ríen y yo con ellas, porque al menos logré que me hablaran.

Otra de las chicas, una de bikini color naranja, seguramente la más bonita de las tres, me pregunta de dónde soy, dónde vivo. Le digo que soy de Lima, que he venido a Trujillo a vacacionar. Qué chévere, me dice; ¿cuántos días te quedas por acá? Un par, le digo; aunque hasta ahora la he pasado mal, no conozco a nadie por aquí, salvo a mis dos primos aburridos y gays. Las tres niñas se ríen y se miran entre ellas, y yo, mientras tanto, pongo mi mejor cara de niño bueno. Luego me preguntan si quiero tomar sol con ellas; yo acepto encantado, me les aproximo y me dejo caer en la arena, viendo ahora de cerca esos cuerpos que tanto deseo. Mis primos me miran atónitos, los veraneantes me miran envidiosos, y yo sé que ya no me aburriré más en Trujillo.

La chica del bikini color naranja se llama Romina, definitivamente es la más linda de las tres, es mucho más bonita que María y que Vanesa (sus otras dos amigas). Paso la tarde con las chicas que me salvan del aburrimiento subyugante de la provincia más tranquila del país: tomamos sol un poco más, caminamos por el malecón, comemos helados por la plazoleta cerca a la playa. Las chicas son chéveres, buenas personas, y se ven aún mejores porque siguen con sus bikinis bien apretaditos y dejan que yo las manoseé sin muchas objeciones.

No es que ellas sean unas chicas avispidas, yo asumo que es el calor de la gente de por aquí; ellas saben atender a los turistas de la mejor manera, saben cómo hacer que uno no se sienta mal, al contrario, avivan la llama de la diversión a cada paso, en cada momento que me dejan que las toque un poquito.

Las chicas se ofrecen a enseñarme su balneario, y me dicen que para empezar debemos ir hasta un peñasco que me aseguran es hermoso. Yo les digo que me parece perfecto, que me lleven a donde quieran. Bajamos otra vez a la playa, son casi las seis de la tarde, hay un sunset impresionante a lo lejos. Los veraneantes empiezan a retirarse, algunas parejas siguen tendidos en la arena blancuzca, diseminada de conchitas de mar y cangrejos. Las chicas y yo caminamos sin apuros por la canícula menguante, hablando cosas que yo no entiendo y que sólo sigo; yo quiero tirar, no quiero hacer amigos.

Caminamos tanto que llegamos casi al final de la playa, un gran peñasco nos impide seguir nuestro paseo. Veo en derredor, no hay nadie, nadie excepto el gran peñasco que se ramifica formando unas cavernas bizarras, el mar espumoso nos acaricia los pies. Me impresiona ver esa ruma de rocas, les digo a las chicas que es un lugar genial. Avanzamos un poco más y nos sentamos a conversar, yo les cuento muchas fabulas acerca de mí y de mi éxito en la capital; ellas me encomian y me dicen que algún día me

visitarán en Lima; yo les digo que con todo gusto, pensando que me las quiero tirar a las tres ahí mismo, en su peñasco solitario. Pero no ocurre nada, rato después las chicas me dicen que ya deben marcharse, y nos despedimos con la promesa de vernos al día siguiente a la misma hora, en el mismo lugar.

Al día siguiente, vuelvo al peñasco, llego puntual; me encuentro sólo con Romina, María y Vanesa no están. No pudieron venir, me cuenta Romi, tenían cosas que hacer, añade. Mejor, más privacidad, pienso, pero en cambio digo: ¡una lástima, una lástima! Romina está vestida con un bikini negro espectacular y con un pareo celeste; empiezo a perder la cabeza de sólo recordar que estamos solos en ese recóndito lugar de la playa: el peñasco. ¿Quieres que vayamos al malecón?, me pregunta ella. No, hay que quedarnos un rato acá, está bonito, le digo. Ella asiente y empieza a tocar las rocas que nos rodean, mientras yo la veo y no puedo hacer más que desearla.

Romina se voltea y yo le veo el culo agazapado entre el pareo y el bikini, y entonces no puedo más, me le acerco y la abrazo; lo hago con tranquilidad, fingiendo amor. No decimos nada, no hay nada que decir, ambos sabemos porque estamos en ese lugar. Toco el cuello de Romina con mis labios, deslizo mis manos por su cintura, por sus muslos, por toda ella; Romina pasa sus brazos por mi cuello, me besa, y me dice: métemela.

Malamente desamarro la pita que sujeta mi short, me lo bajo, Romina baja la mirada, me la ve, me la coge, me masturba. Tomo de la mano a Romina y caminamos un tanto más atrás, a un lugar donde las rocas no nos delaten. Nos adentramos en el peñasco y empieza mi sarao, me aprovecho de Romina de la manera más prodiga, y ella se aprovecha de mí del mismo modo, hacemos el amor como dos salvajes en medio de la playa.

Cuando terminamos, volvemos a vestirnos con las ropas llenas de arena y nos vamos lo más rápido que podemos. Te veo mañana, me dice Romina,

vienes a las tres, nos encontramos acá, vendré con las chicas. Perfecto, le digo, aquí estaré. Luego tomo un taxi a casa de mis abuelos y me voy sonriente, envanecido.

En mi último día en Trujillo, voy a ver a las chicas del peñasco. Llego puntual, pero las chicas han sido más puntuales que yo. Ya no están con ropas de baño, ahora lucen ropas de verano nada más, igual se ven bien, igual están cachables. Empezamos a hablar largamente, pero yo sólo tengo en la cabeza a Romina y lo rico que la pasamos ayer. La plática sigue y sigue, y me doy cuenta que esto terminará en una simple conversación (cosa que no puedo permitir), entonces, le digo a Romina si podemos hablar a solas; María y Vanesa hacen un sonido de complicidad. Por mi normal, acepta Romina. Nosotras vamos a estar por ahí, dice María. Si es que nos vamos, ustedes sigan nomás, ya nos vemos más tarde, añade Vanesa, cooperando con el ambiente.

Las chicas se van, Romina y yo quedamos solos, no hay mucho tiempo, no hay tiempo que perder. Me aproximo a ella, le hablo un par de cosas melosas, le digo que hoy me voy, que la voy a extrañar, que jamás la olvidaré ni olvidaré lo maravilloso que la pasamos. Ella me mira y parece creermme, se traga mi cuento. Nos besamos y sin darnos cuenta nos estamos tocando más avezados que la última vez. Caminamos un poco hasta la parte oscura del peñasco, Romina se saca la ropa, yo hago lo propio, me resulta loco el hecho de tirar en la playa como si estuviera en mi casa. Tomo a Romina por la cintura, ella de espaldas a mí, y se la empiezo a meter; veo a Romina muy sexy, tiene una postura muy sensual para recibir mi arremetida.

En eso estoy cuando de pronto veo, rocas más allá, que algo se ha movido. Me siento extrañado, pero no le digo nada a Romina, sigo con lo mío. Pasa un rato y vuelvo a sentir un movimiento a lo lejos, esta vez trato de precisar qué o quién es; entonces lo veo, paradas a unos metros, María

y Vanesa nos observan, miran nuestro acto con precisión, atentas para no perderse ningún detalle. Me excita eso, me excita que las dos amigas de Romina nos estén mirando, y yo imagino que se están tocando (o en el mejor de los casos, la una a la otra). Todas las imágenes se entremezclan en mi mente, se hace una mixtura que me conmina a terminar en el acto, con un gran suspiro. Pero no todo fue tan bueno, tuve que sacarla antes de venirme y venirme fuera de Romina, en sus muslos, pues no traía preservativo.

Esa misma noche entro al bus que me llevará de vuelta a casa. Romina, María y Vanesa han venido a despedirme a la agencia de viajes. Estoy al lado de la ventana en un ómnibus de dos pisos, y desde allí les hago adiós con la mano a las tres chicas del peñasco, a las tres chicas que hicieron mi viaje inolvidable y a las que espero volver a ver cuando regrese, algún día.

Andrea y yo cumplimos dos años de enamorados, es un montón de tiempo, toda una vida. Esta clase de fechas no me terminan de importar, son acontecimientos que miro de soslayo, pero que a Andrea le gusta recordar con frenesí.

No me gusta ir a fiestas con Andrea, ella no suele tenerlas, pero cuando las tiene, prefiero no acompañarla. Me gustan las fiestas, me gusta tomar y bailar (aunque no haga bien ninguna de esas cosas), pero sobre todo, me gusta ver a las chicas lindas que se mueven por ahí, me gusta saber que tengo la posibilidad de agarrarme a alguna de ellas. Ir con Andrea a una fiesta sería como ir con ella a la playa: tendría demasiadas tentaciones a la vista, quedaría en franca evidencia. Sin embargo, Andrea me rogó que la acompañase a la fiesta de uno de sus amigos de la universidad (literalmente me lo rogó), me dijo que sería la ocasión perfecta para celebrar nuestros dos años juntos. Tuve que hacer una concesión y aceptar.

Llegamos a la fiesta que se lleva a cabo en una cómoda casa en San Borja. Sin que el lugar esté lleno, se ve bastante gente, la ideal como para no asfixiarse. No conozco a los amigos de Andrea, no me interesa conocerlos, soy una persona antisocial, sólo abarco a la gente que siento que me interesa. Algunos jóvenes y jovencitas saludan a Andrea, yo me hago el tonto y finjo ver a otro lado, para no tener que saludarlos. Tratando de no causar sospechas, miro en derredor para ubicar a las niñas guapas de la fiesta; encuentro varias, empiezo a sentirme enjaulado por estar de la mano con mi chica.

Andrea no es para nada una poco agraciada, ella es simpática, muy linda, muy deseable. Sin embargo, no es ella, soy yo, no puedo con mi genio. Cada vez que veo a una chica bonita (no necesariamente más bonita que Andrea), pierdo el control y la deseo y me frustró porque sé que nunca la tendré, y que como ella hay miles en el mundo, pero yo me tengo que

resignar a estar sólo con una. El precio del emparejamiento, el precio por no estar soltero.

Una chica se acerca y saluda a Andrea. Esta vez no puedo evitar no mirarla, es una chica muy linda, muy sexy, está vestida de una forma bastante sensual. Se saludan con cariño, pienso que deben ser muy amigas, me parece ridículo su efusivo saludo. Él es Ramiro, me presenta Andrea. Ramiro, ella es Estefanía, presenta a su amiga. ¡Hola!, digo sucinto, desdefñoso, ocultando que me siento atraído por ella. ¡Hola!, responde ella, igual de desdefñosa. Me sorprende su actitud reacia, pero eso me hace verla más interesante.

Estefanía se queda con nosotros, empieza a hablar con Andrea, se cuentan cosas que yo no entiendo. Parado a un lado, empleo suma discreción a la hora de escudriñar a la amiga de mi enamorada: es alta, casi de mi tamaño; el pelo castaño, tan castaño como me gusta; los ojos claros, tanto que hipnotizan; lindo cuerpo, una figura exquisita, y más aún con ese vestidito naranja que la endiosa. Me siento impotente porque sé que no va a pasar nada con Estefanía, y más impotente al saber que cualquier ganso de esta fiesta puede terminar agarrándosela y yo no. Odio la situación

Los tragos van y vienen, yo tomo con poca moderación, intento encontrar en el alcohol la solución a mis dilemas. Los demás chicos también toman con agresividad, buscan desinhibirse un poco, bailar más sueltos, afanar con mayores bríos. Andrea y yo bailamos algunas canciones, bailo con pocas ganas, Estefanía me tiene perturbado, la veo parada a lo lejos, sola, sin hablar con nadie, como un oasis en el desierto, provocando a todo el mundo.

Voy a hacer pila, dice de pronto Andrea, frenando nuestro aburrido baile; ya vengo, añade. Putamadre, digo, me dejas solo en plena fiesta, rodeado de desconocidos, voy a parecer un bicho raro. Es que me hago, pues, se defiende ella; anda saca a bailar a Estefanía que está ahí parada, solita. Un

ramalazo de euforia me recorre el cuerpo. Recién terminó con su enamorado, está medio bajoneada, me cuenta Andrea; sácala a bailar, yo ya vengo, insiste. ¿Segura, Andreita?, me hago el tonto. Bueno si quieres, se cansa ella. Está bien, por ti lo haré, digo, lo más cínico que puedo.

Estefanía está riquísima, sin embargo, no olvido nuestra presentación y nuestro trato altivo; debo ser cuidadoso, tampoco quiero que me chotee, debo guardar las distancias (al menos en un principio). Acercándome a ella, como quien no quiere la cosa, le pregunto: ¿bailas? Estefanía me devuelve la vista con su mirada tan sexy y no me dice nada, sólo mueve un poco la cabeza en señal de un sí, luego mira a otro lado y camina a la pista de baile. ¡Qué soberbia!, pienso, ¡mucho más que yo!

La canción es un pop latino, detesto esas canciones, pero por bailar con Estefanía hago lo que sea. Ella se mueve bien, da unos pasos que ponen en manifiesto su destreza para la danza, y que me hacen entender que también tiene destreza para el combate amatorio. Yo no puedo dejar de bailar lastimosamente, por más que esté animado por tanta cerveza. No hablamos, no nos miramos si quiera, sólo estamos bailando uno frente al otro, como los dos perfectos desconocidos que somos. De pronto, levanto la mirada y noto que Estefanía me está mirando, ella se ríe y voltea, yo me siento inquieto. Ahora empiezo a mirarla, a clavarle los ojos en los suyos (principalmente), y también en otras partes de su trabajado cuerpo.

La odiosa canción pop termina por fin, un encomiable reggaetón entra a la carrera. Estefanía se sobre para, escucha la música, como tratando de reconocerla. Yo rezo porque no odie el reggaetón y continúe bailando conmigo. Luego ella me mira y empieza a bailar acercándoseme. Hago lo propio y me le acerco feliz de la vida, aunque preocupado también porque puede venir Andrea a cagarla en cualquier instante, atisbo largamente y no detecto rastro de ella, eso me tranquiliza. La canción sigue y yo rozo el cabello de Estefanía con mis mejillas, siento su olor dulce y cálido, me

excito. Con algo de timidez paso mis manos por su cintura, la sujeto, temo que ella me vaya a dar un empujón para largarme por mañoso, pero no hace nada; en cambio, Estefanía se voltea al compás de la música, y hace rozar su minifalda contra mis pantalones.

Siento que puedo venirme si seguimos así un rato más, pero de pronto, siento un empujón, siento que alguien me hace a un lado. ¿Qué mierda haces, Ramiro?, retruca Andrea, que ha regresado del baño; el seño fruncido, las manos en la cintura. Avergonzado y aturdido balbuceo un tanto: Andrea, no, no es lo que estás pensando. Algunos chicos han volteado a ver la riña, sorprendidos por la encarada de Andrea. Siento que no sé que más decir, que Andrea ya me descubrió, que sabe por fin quién soy, que soy un perverso. Miro a Estefanía expectante, pensando que si ella se marcha azorada yo salgo tras ella y la seguimos en otro lado, total, no tiene caso llorar sobre la leche derramada.

Tu enamorado es un perverso, dice Estefanía, con voz adusta, haciéndose la ofendida; me saca a bailar y luego se me empieza a pegar, añade. No puedo creerlo, es una hija de puta, pienso. Andrea la escucha y me mira furiosa. No le creas, Andrea, nada que ver, yo la saqué a bailar y estoy bailando normal, ella es la que se me pega, me defiende; además, tú sabes que yo ni sé bailar y que si estoy bailando con ella es porque tú me lo pediste, añado. ¿Tú le pediste que me saque a bailar?, pregunta Estefanía, mirando a Andrea. Ese no es el punto, dice Andrea, la cosa es que yo los vi bailando bien acaramelados y en mis narices. Pero, amor, cómo puedes desconfiar de mí, nada que ver, seguramente nos viste haciendo un paso de baile, digo y miro fijamente a Estefanía, para que se deje de hacer la víctima y corrobore mi teoría. Sí, seguro fue eso, dice por fin Estefanía; además, no pasa nada con tu enamorado, añade altiva, lanzándome una mirada fugaz, como minimizándome. Lo mismo digo, espeto, no pasa nada con tu amiga, además ni sabe bailar, añado dolido.

Andrea, Estefanía y yo regresamos al rincón donde estuvimos parados desde el primer momento. Las chicas parecen no guardarse aversión, poco a poco retoman el tono de sus conversaciones, creo que el alcohol contribuye a eso. Yo no le hablo a Estefanía, me dolió que me ninguneara y que diga que no pasa nada conmigo, yo pensé que le atraía tanto como ella a mí. Sin embargo, a veces, mientras ella y Andrea platican, cruzamos miradas y yo siento que la odio por soberbia y orgullosa, pero también que la deseo y que me encanta por ser como es.

Estoy caminando a casa, regresando de hacer algunas compras en el supermercado. Es un día soleado, estoy sudando un poco, me muero de sed. A punto de llegar al edificio donde vivo, exactamente en la puerta de entrada, veo a una joven con el pelo sujetado y vestida casualmente, tiene un tablero y algunas hojas a cuestas, parece esperar a alguien.

Me acerco a pasos lentos, veo a la chica, está simpática; delgada y de rasgos finos, tal y como me gustan. Sin ser una belleza celestial, la chica tiene su encanto. Saco las llaves de mi bolsillo, me aproximo a la joven y noto que tiene un pin con el dibujo de un perro, presumo que la chica hace encuestas o algo así; además, nunca la vi por mi calle, tampoco es del edificio.

Hola, permiso por favor, le digo. La joven retrocede unos pasos de la reja, mientras me ve otear las llaves. ¿Tú vives acá?, me pregunta, tiene una voz afable. Sí, vivo acá, le respondo. Ahora cara a cara la veo mejor, está muy simpática. Estoy haciendo una encuesta sobre mascotas, me dice, ¿tienes mascotas? Está prohibido tener mascotas en el edificio, le digo, sin pensar mucho mis palabras, soltando lo primero que soy capaz de urdir con los ojos puestos en los de ella. ¡Caramba!, ¿nadie tiene mascotas acá?, se lamenta. Pues, yo tengo una en mi otra casa, en Jesús María; lo que pasa es que acá vivo solo y no puedo tener animales, pero en la casa de mis padres tengo un perro, le miento, aprovechando para darle a conocer que vivo solo. Ella duda un poco, se queda pensando. Yo la escudriño un rato, me encantan sus ojos, su rostro, tiene bonito rostro. He vivido toda mi vida con ese perro, continúa mi falacia, sé mucho sobre mascotas, me fascinan, te puedo responder lo que sea sobre ellas. Ahora ella parece más convencida. ¿Entonces te puedo hacer la encuesta?, pregunta. Claro, sube a mi depa, ahí estaremos más cómodos, digo. Ella acepta.

Subimos hasta el cuarto piso, entramos al departamento. Dejo las bolsas del supermercado en la cocina; ponte cómoda, le digo a la joven. Ella se

sienta en uno de los sillones de la sala. Bonita casa, me dice, ¿tú vives solito aquí? Sí, pues, vivo solito, le digo. Salgo de la cocina con un vaso con coca-cola bien helada, le invito, ella toma la bebida con ganas antiguas. Gracias, me moría de sed, me confiesa. No hay de qué, le digo, debe ser un martirio caminar y caminar por las calles con este calor. Ella asiente con la cabeza, con un mohín que me activa la libido.

Me llamo Ramiro, le digo, ¿tú cómo te llamas? Francesca, me dice. Bonito nombre, le digo; qué nombre tan sexy, pienso. Francesca es joven, pero parece ser mayor que yo; no me atrevo a preguntarle la edad, me parece que sería algo de poco tino. Francesca empieza a hacerme una retahíla de preguntas sobre mascotas, sobre mi pseudo perro. Yo le respondo con florituras verbales que digo con seriedad para que parezcan ciertas. Me excita que, después de varias preguntas, Francesca se refiera a mi macota imaginaria como: “tu perrito”; me encanta oírle decir esa palabra, me hace cavilar en que quiere que me la agarre en esa pose.

Ya falta poco para terminar, me dice Francesca, después de hacer una pregunta más. Lamento eso, no quiero que se vaya, no sin lograr algo. Ella se queda un rato con la mirada ida, con los grandes ojos verdes perdidos; está chévere tu mini bar, me dice. Yo volteo y atisbo mi pequeña colección de botellas a medio tomar, que yacen en una mesita, en el rincón de la sala. Gracias, gracias, le digo, y noto que es la oportunidad perfecta, ¿no te provoca un traguito?, le pregunto. Ella me mira a los ojos, como buscando la respuesta en mí. Ay, no sé, dice, tengo que seguir encuestando, me faltan varias casas. Resalto que no me haya dicho que no, pienso que la puedo convencer. Sólo un par de traguitos, es viernes, terminas las encuestas más tarde o mañana, intento disuadirla; además hace demasiado calor, Francesca, quédate como esperando a que baje un poco el sol. Ella se ríe pícara y dice: ya, está bien, pero sólo unos traguitos.

Saco todos los adminículos necesarios para hacer un Cuba Libre, Francesca me mira desde el sofá. Haciéndome el tonto, pongo bastante ron en los vasos, quiero acelerar los trámites. Regreso a su lado con las bebidas y empezamos a tomar. Nos secamos el trago rápido. Noté que el Cuba Libre estaba fuerte, y estoy seguro de que Francesca también lo noto, pero no dijo nada. Me pongo de pie y preparo dos vasos más. Francesca se suelta el cabello, lo hace con un ademán muy sensual; me doy cuenta que tiene un cabello hermoso, brillante. Salud, pues, Francesquita, por el honor de tu presencia, digo, y tomo un trago. Salud por esa sonrisa tan linda que tienes, dice ella, y toma un trago mirándome a los ojos.

Mi sonrisa es cualquier cosa comparada a la tuya, le digo, sabiendo que empezó la diversión; tú tienes una sonrisa angelical, unos ojos preciosos, una carita muy linda, continuó. Ella se ríe, se acomoda el cabello. Me encanta tu cabello, le digo, acercándome a ella, acariciándolo con mis manos. Continuamos tomando. Paso un brazo por su cuello, como intentando abrazarla. ¿No estábamos hablando de tu perrito?, dice ella divertida, recostándose sobre mí. ¿No quieres que yo sea tu perrito mejor?, le digo. Ella se muerde los labios y me lanza una mirada deliciosa, nos acercamos un poco más y rozamos nuestros labios. Nos besamos, primero lento y después con pasión, con mucha pasión. ¿Y quieres que yo sea tu perrita?, musita ella, cortando el beso; y yo me doy cuenta que a Francesca le gustan esa clase de analogías.

Francesca me saca la correa, con destreza me baja el pantalón y el bóxer hasta las rodillas, luego me la coge y empieza a acariciarme. Amo lo que hace, lo hace muy bien. Luego se acerca y me la chupa con una diligencia que pocas veces he gozado, me la chupa como si se hubiese graduado en la materia. Siento que me voy a venir, pero me contengo, no quiero terminar tan rápido, no sin disfrutar más de lo que Francesca tiene por ofrecer. Ella sigue chupándomela con presteza, haciendo sonidos excitantes mientras lo

hace. Yo intento recordar todo lo que leí sobre el Tantra para no venirme, me concentro a mares. Luego Francesca para de chupármela y con un sonsonete pueril dice: ¡soy una perrita mala! Yo me excito demasiado y ya no necesito que me diga nada más, sé en qué pose quiere que me la tire.

Melisa viene a buscarme, es muy temprano, casi las diez de la mañana; es muy temprano para mí porque siempre me quedo escribiendo hasta las tres o cuatro de la madrugada, por lo que tengo el horario un tanto alterado a lo normal; detesto que me despierten, que me llamen o que me busquen tan temprano, antes de haberme levantado.

Le abro por el intercomunicador, luego espero que suba hasta el cuarto piso donde vivo. Estoy hecho un guiñapo, con el cabello todo revuelto; entro al baño y hago unas abluciones fugaces. Luego camino a la puerta, aún malhumorado, y le abro. Con sólo verla se me pasa el enojo, la veo y me cautiva, me impacta de inmediato; está vestida demasiado imponente, ha escogido prendas que resaltan su figura, tiene el cabello mojado, parece recién salida de la ducha, huele rico, a fresas.

Al verla me le tiro encima, intento besarla y hacerle el amor como la última vez, pero ella se separa de mí, me aleja y se va a sentar al sillón. ¿Qué pasa?, le pregunto, ¿está todo bien? Melisa no me responde, mira a otro lado, hace evidente su enojo. ¿Meli, qué pasa?, insisto. Pasa que eres un pendejo, me dice, eso pasa. Me asombran sus palabras, temo lo peor, imagino que me ha descubierto, que ya sabe que tengo enamorada; preparo un discurso lleno de argucias para capear el agrio temporal. ¿Y se puede saber por qué me calificas de esa manera?, me hago el ofendido. Te vi ayer entrando al depa con una chica, eso pasa, me dice. ¡La cagada!, pienso yo.

¿Una chica de cabello ondulado?, pregunto, sólo por decir algo, no sé con quién me habrá visto entrar, quizá con Andrea, pero quizá no. No sé, no la recuerdo bien, creo que sí, dice ella. ¡Ah!, digo, fingiendo tener resuelto el misterio, ¡pero ella es mi prima que vino a visitarme!, añado. ¡Ah!, ¿tu prima?, dice ella, ¿y a tu prima la traes abrazada y le metes la mano antes de entrar a tu casa? Me quedo sorprendido por los detalles que no se le escaparon a Melisa, definitivamente estoy desenmascarado.

Meli, yo..., digo. Tú nada, Ramiro, eres de lo peor. Veo a Melisa sentada en el sofá e intento urdir algo para remediar todo, pero sólo puedo verle las piernas bien trabajadas que se escapan de esos pantalones cortos que trae. Lo que me jode no es que salgas con otras chicas, me dice, lo que me jode es que no me hayas dicho que tenías enamorada. ¿No te jode que salga con otras chicas?, pregunto asombrado. No, ese es tu problema, nosotros no quedamos en nada serio, así que normal, dice. Me encanta Melisa, me fascina que piense como piensa, que sepa compartirme, me excita eso. Pero si me molesta que no me mencionaras que andas de enamorado, añade con los brazos cruzados. ¿Cómo te diste cuenta de que era mi enamorada?, pregunto. Porque la llevabas y traías de la mano, pues, eso sólo se hace con enamoradas, nunca con trampas, me dice.

Pero no era mi enamorada, digo; era una amiga nada más. ¡No te creo!, dice. De verdad, yo no creo en el amor, no creo en enamoramientos, digo. Melisa se toma su tiempo piensa las cosas. Los enamorados sólo existen en las telenovelas mexicanas que pasan en el cable, insisto, son huevadas. Melisa me mira y sonrío por mis palabras: está bien, sentencia, te creo. ¿O sea que todo bien?, digo, ¿podemos seguir viéndonos?, añado dudoso. ¡Sí!, dice ella, aún reticente, no hay problema. Música para mis oídos; me acerco a Melisa con ganas de tirármela y de que me repita una y otra vez que no le importa compartirme, sin embargo ella me vuelve a detener y me dice socarrona: pero eso sí, así como tú sales con otras personas, yo también puedo salir con otras personas. Me retraigo asombrado y digo: ¿perdón? Todos jugamos el mismo juego, todos tenemos las mismas reglas, me dice ahora con una voz sexy y luego me da un beso en los labios.

Melisa y yo hacemos el amor apasionadamente. Es rico tirar con ella, es rico porque sabe cumplir con grandes bríos las abyecciones que me excitan. Hacemos el amor por horas, tal es así que terminamos cuando la tarde ya languidece. Ella se va y yo me doy una ducha y luego me dispongo a

escribir, pero me es imposible, sólo puedo pensar en Melisa y en la idea de que ella salga con otros hombres. Esa maldita idea me desconcierta y me tortura, su intensidad se posesiona de mi mente, no me deja hacer nada, no puedo escribir, voy al baño y me masturbo pensando en ella.

Casi todos los días le mando mensajes de texto a su celular, Melisa los responde todos, y siempre termina el día mandando un mensaje con la misma frase: todos jugamos con las mismas reglas.

Pasan los días, viene Andrea a verme, me hace olvidar un poco a Melisa. Me es inevitable no ver en derredor cuando acompaño a Andrea de regreso a su casa, siento que Melisa nos vigila, siento que me está mirando y, si acaso, buscando a algún afortunado que la ayude a cumplir su draconiana frase.

El viernes en la tarde, salgo hacia el supermercado a comprar un par de cosas, camino sin hacer mucho caso a lo que me rodea, voy concentrado en la música que sale de mi reproductor, cuando de pronto una imagen me captura y me hiela el cuerpo: es Melisa, a unos pasos de mí, besando a un idiota de casaca de cuero y pinta de fumón. Me sobre paro, no le doy crédito a lo que ven mis ojos, los oteo con mayor detenimiento y, sí, son ellos, besándose, tocándose, haciendo los previos de un tire bravo. Arrojo un salivazo al suelo y sigo con mi camino.

A los tres días veo, desde la ventana de la sala que da hacia un gran parque, a Melisa y al mismo sujeto malcarado sentado en una banca. El tipo está distendido, Melisa apoyada sobre él, se dan un beso, él la abraza. No puedo más, no aguanto seguir viendo, pienso. Me voy al baño y me toco pensando en ella, en Melisa, en la puta de Melisa.

Una tarde, ella me viene a buscar. Le abro la puerta, la invito a que pase. Nos saludamos con cariño, hablamos un par de cosas y luego yo no puedo más, la encaro ahí mismo. ¡Te vi con un tipejo el otro día!, le digo. ¡Daniel!, dice ella con una media sonrisa. ¡Fácil!, digo seriamente. ¿Qué tiene?, es

lindo, ¿no?, dice ella y me guiña un ojo. Sólo diré que no me llega ni a los talones, le digo. Ella se queda callada, lo cual hace que me irrite aún más. ¡Soy mucho mejor que esa cagada!, retruco. Puede ser, dice ella. ¿Ya tiraron?, pregunto. ¡No!, responde. ¡No te creo!, digo. ¡Lástima!, dice.

¿Por qué no lo han hecho?, pregunto. No me dieron ganas aún, responde. No te creo, vuelvo a decir. No me creas si no quieres, dice. Siento ganas de mandarla a la mierda, de decirle que es una puta (aunque sé que la moral no me acompañará en esa empresa), pero no lo hago; no lo hago porque también siento ganas de hacerle el amor otra vez, de hacer que se olvide de ese patán de barrio. Ese huevón es cualquier cosa, le digo, mientras salgas con él no me verás más, añado. Si ya no quieres jugar, no jugamos, dice ella y me mira con esa mirada que tanto deseo. Entonces el orgullo cede y me le acerco y la tomo con vehemencia y la hago mía una vez más, aunque en el fondo sé que el juego terminará muy pronto, simplemente porque yo no sé jugar.

Gretel, la niña linda fan de Aerosmith, me llama al celular. No hablo con ella hace tiempo, desde aquella vez cuando vino a casa y agarramos rico; me sorprende su llamada, pensé que ya no me quería hablar, que consideraba un error su flirteo conmigo. Hola, a los años, me dice. Me gusta su voz, me gusta más que antes. Hola, Gretel, cómo has estado, no sé nada de ti, digo. He estado bien y he estado mal, dice lacónica, azorada quizá, y luego guarda silencio, entonces yo recuerdo que ella es una niña aún y que por eso evité llamarla también.

Quería invitarte a una fiesta que haré por mi cumpleaños, dice interrumpiendo su silencio, es este sábado, haré una reunión en mi casa. Pienso que Gretel ya debe haber terminado con su enamorado, sino no me invitaría a su fiesta, y pienso también que es probable que asistan otras chicas lindas a esa reunión; por tanto acepto encantado su invitación y le aseguro mi asistencia. Ella me da los datos de su casa y luego colgamos con una cita prometedora pendiente.

El sábado en la noche llego a la puerta de la casa de Gretel, llego con Leonardo, obviamente también lo invitó porque invitó a todos los fans de Aerosmith. Estoy emocionado, no puedo evitarlo, no veo a Gretel hace tiempo. Tras esperar un momento fuera de la casa, la puerta se abre y es Gretel quién nos recibe. Tiene el cabello lacio y crecido, se le ve más claro, cuasi rubio; ha adelgazado un tanto, lleva un vestido turquesa muy corto, definitivamente está más linda que nunca.

Leo saluda a Gretel y luego yo la saludo con creciente asombro. Ella me saluda con una hermosa sonrisa, con ese bello rostro que he vuelto a amar y que me hace pensar que Gretel es mucho más linda que Andrea. Entramos a la casa, es grande, es bonita; hay varias personas dentro, hay varios fans de Aerosmith. Extrañamente (felizmente), el equipo de música está tocando canciones fiesteras y no las estruendosas melodías del grupo americano.

Gretel está itinerante, turnándose para hablar con varios de sus invitados, ella es la anfitriona y dueña del santo, es el centro de atención, con lo linda que está sería el centro de atención en cualquier parte. Yo estoy con Leo tomándonos unas chelas que nos servimos del dispensador de cerveza que hay en la sala, tomamos con devoción, con una devoción muy fuerte.

¿No está riquita Gretel?, le pregunto a Leo. ¡Rica, riquísima!, asiente él. Me la quiero agarrar, me la tengo que agarrar, le digo. ¿No dijiste que tenía gil?, me pregunta Leo. Sí, pero creo que ya no, sino por qué me invitaría, digo. Dijiste que era muy chibola, que si te la tirabas otra vez podías meterte en problemas, y además, dijiste que ya no querías engañar a Andrea, me recuerda el prudente Leo. Sigue chupando, huevón, chupa y olvida, digo divertido.

La noche avanza y nuestros cuerpos parecen soliviantados cada vez más por las no pocas chelas consumidas. Alguna gente baila, la mayoría conversa tonterías. Leo se ha juntado con sus demás correligionarios y empiezan a discutir qué marca de calzoncillos usa Steven Tyler. Borracho pero aburrido, me lamento porque en toda la noche no he cruzado palabras con Gretel, sentí que me estaba evitando, no se me acercó nunca, la vi todo el tiempo con sus amigos, y muy pegada a un tipillo de cabellos alborotados. La odié por haberme invitado.

Sigo chupando y sonriendo cínico con Leo y sus amigos. De pronto, doy un sorbo más a mi vaso de cerveza helada, levanto la mirada y mis ojos se conectan con los de Gretel, que me mira desde el otro extremo de la sala. Gretel me ha clavado la mirada y siento toda una intensidad recorriéndome el cuerpo, ella sonrío y yo sonrío, siento que la adoro nuevamente. Gretel le dice algo al despistado muchacho de cabellos alborotados y a sus demás amigos, y camina rumbo a algún lado, lejos de la fiesta. Yo, que no soy tonto (o no tanto), seco el vaso de chela de un sorbo, y avanzo a darle el encuentro.

Camino agazapado detrás de Gretel, con pasos comedidos. Avanzamos por un pasillo con varias puertas a los lados; ella ingresa en una de las habitaciones, luego lo hago yo. ¿Qué haces acá?, dice Gretel, haciéndose la sorprendida, estamos en la cocina. Nada, sólo quería hablar contigo, no hemos hablado en toda la noche, digo, haciéndome el inocente. Perdón por no hablarte, estaba con los demás invitados, se explica. ¿Segura que por eso?, pregunto. Gretel se queda callada, mira al suelo y a los lados. Te vi conversando chévere con un pata, un tipo de pelos parados, digo. Es mi enamorado, me dice, Juan Carlos.

Me siento desconcertado, me jode la noticia de que Gretel sigue con ese sujeto; me jode porque no entiendo para qué rayos me invitó. Nos quedamos en silencio, yo hago un mohín de incomodidad. Te preguntarás por qué te invité, dice y hace una pausa, es que quería verte, hace tiempo que no nos vemos, se me ocurrió que sería una buena ocasión, argumenta. ¿Con tu enamorado de fondo?, pienso, pero en cambio digo: o un buen pretexto. Ella se ruboriza. Me encanta verla así, me siento demasiado atraído por ella, la cerveza hizo que se me agudice ese sentir.

Ese huevón no es para ti, digo acercándome, tomándole la mejilla; mírate, eres linda, ese huevón no te merece, añadido. Pero yo lo quiero, estoy con él desde hace dos años, él es mi primer enamorado. Es una niña, pienso, tiene las ideas de una niñita enamorada. Puedes quererlo, pero no puedes negar que yo te gusto, digo. Gretel se queda en silencio, yo me le acerco y la beso en los labios. No, no puedo, dice ella, alejándose; mi enamorado está afuera, no puedo hacerle esto. ¿Y dónde queda lo que tú sientes?, ¿dónde queda lo que yo siento?, digo. Gretel me mira con esos ojos inquietantes, pueriles y sensuales que tiene, luego nos besamos una vez más.

Tomo a Gretel por la cintura, luego bajo un poco las manos, le toco las piernas, las meto por debajo de su vestido. ¡No, no seas loco!, me dice.

Estoy loco por ti, le digo, y la vuelvo a besar. Yo también, dice ella; pero no puedo dejar a Juan Carlos, no puedo, lo amo. El amor no existe, le digo. En verdad lo amo, no lo voy a dejar, dice, aun besándome. Si quieres no lo dejes, pero tampoco me dejes a mí, digo. Ella me separa una vez más, pone sus manos sobre mi pecho. Escucha, me dice; en verdad amo a Juan Carlos, no puedo seguir viéndote, será mejor que ya no. Pienso rápido, pienso arrecho. Entonces, si esta es la última vez, hay que hacerla memorable, digo y vuelvo al ataque.

Cierro la puerta de la cocina y pongo el seguro. Vuelvo donde Gretel y la beso, ella me devuelve los besos con pasión, como soliviantada por mis palabras. Me bajo el cierre y le muestro la pinga. ¡Chúpamela!, le digo. Nunca lo he hecho, confiesa ella. ¿Nunca has tirado con Juan Carlos?, pregunto. Sí, pero nunca he hecho eso, me dice. ¡Hazlo, te va a gustar!, digo. Gretel se agacha, me la coge y la empieza a chupar, cada vez con mayor acierto. Yo la oteo y me gusta lo que veo, me encanta Gretel, me gusta verla chupándomela. Luego la sujeto del brazo y la azuzo a pararse; ella se pone de pie y me da la espalda. Es sumisa, tiene un comportamiento obediente. Le subo el vestido turquesa, ella se baja las bragas y se inclina un poco. Se la meto con un deseo antiguo, me la tiro con una satisfacción celestial.

Rato después, salimos de la cocina impávidos, sin remordimientos, más bien complacidos y extasiados. Gretel vuelve a la sala, se reúne con sus amigos y con Juan Carlos, él le da un beso en la boca, yo siento un ramalazo de asco. Espero unos instantes, no quiero que nos vean entrar juntos a la fiesta, entro al baño y me lavo la cara, me echo agua en la cabellera. Salgo y me reúno con Leo y sus amigos que siguen hablando de los calzoncillos de Tyler. Un rato después, la fiesta pierde sentido, es de madrugada, le digo a Leo para zafar. Él se despide de Gretel, le dice que se ven en la próxima reunión de fans de Aerosmith. Yo camino a la salida, veo

a Gretel y me despido con un saludo tipo militar y con una mirada cómplice. No sé si la vuelva a ver, pero me encantó haberla visto hoy, hoy que, me temo, es la última vez.

Me reúno con Roberto y Pablo (los chicos de la banda) y con Leo, para meternos unos tragos en un jueves tranquilo. Es una reunión comedia nomás, una chupeta donde hablamos de música, el odioso fútbol, política y mujeres. De pronto, uno de los chicos hace un comentario que no me deja ajeno, alguien alega por ahí unas palabras que me llaman la atención; dicen algo refiriéndose a un tema que me cautiva y que me hace sentir un friecillo gélido por las entrañas: hablan del sida.

El comentario es sobre las causas de esta tremebunda enfermedad. Hablan de las relaciones sexuales exentas de preservativos, del sexo al paso, de los amoríos de una noche. Me siento identificado en todos los casos, empiezo a temer por mi vida.

Hay que tener cuidado con esa nota, dice el indio Roberto, por eso yo siempre ando con mis ponchos. Obvio que andas con tus ponchos, pues, si eres tremendo indio, bromea Pablo. Los chicos se ríen pero yo no, yo estoy temblando de miedo.

De pronto mis más gratos recuerdos se ven ensombrecidos y ahora son una amenaza latente para mí; son boomerangs que de seguro me han alcanzado ya, y yo ni enterado. Yo escucho lo que hablaban mis amigos, pero mi mente está perdida en la inmensidad de un probable acontecimiento, de una posibilidad de cincuenta a cincuenta, de una marca que quizá tenía e ignoraba.

Esa noche regreso a casa, agobiado, medroso, en estado de alerta. No logro dormir, paso la noche pensando y pensando que tengo sida.

Entre tantas cosas que soy, soy un hipocondriaco empedernido. Me creo portador de todas las enfermedades que se me puedan pegar, siempre exagero mis síntomas cuando estoy con algún mal menor, basta con que sienta alguna molestia para empezar a visualizarme bajo tierra en poco tiempo; toda la vida fui así. Esta vez no es la excepción. Me he acostado con chicas que no conocía muy bien; lo he hecho con no pocas; lo he hecho

sin usar preservativo; cumplo todos los requisitos para ser merecedor de tamaña carga.

En el transcurso de los días me empiezo a sentir mal, a agobiarme, a sentir miedo, temor, luego pánico. Siento que tengo la enfermedad, no quiero ni decir el nombre, siento que si lo repito lo atraigo; me empiezan a dar bajones, depresiones, después mareos y dolores de cabeza. Empiezo a arrepentirme de mis actos, a sentirme un estúpido impulsivo, a odiar el sexo, a sentir remordimiento, a temer por mi existencia. No me atrevo a contarle a nadie de mi pesadilla, los días pasan y pasan y yo sigo en silencio; me quedo en el departamento, solo, no quiero ver a nadie, no sé a quién recurrir tampoco.

Sería tonto contárselo a mis amigos; después de tantas veces que yo me vanaglorié en sus caras por haberme tirado más flacas que ellos, sería tonto ir a contarles este tema. A mis padres ni loco, sería una decepción terrible para ellos, qué pensarían de mí, dónde quedaría el buen hijo que siempre fui, que ellos pensaban que era. Contárselo a Andrea sería estúpido, ella cree que en estos dos años sólo he tirado con ella; contarle todo sería desenmascaramme estrepitosamente. Pero, además, es Andrea la que más me preocupa, si yo tengo algo, de hecho que ya la contagié.

Me siento abyecto, una rata, un ser de lo peor. Cómo pude hacerle esto a Andrea; quizá yo merezca lo que me está pasando, pero ella, ella es una víctima, una inocente que puede llegar a pagar mis tropelías con su propia vida. No quiero llamar a Andrea, no quiero verla, no quiero oírla; su sola imagen me hace sentir un miserable, me hace sentir peor de lo que ya me siento

Me animo entonces a buscar sobre el tema en internet. Entro a un buscador y tecleo esa terrible palabra que no me ha dejado dormir últimamente. Salen varias páginas relacionadas al virus, escojo una al azar, aparece información sobre él (mucho información), la cual lejos de

aliviarme, sólo corrobora mis miedos. Entro a otras páginas y es lo mismo, todo es lo mismo: mares de información sobre el tema y sobre cómo prevenirlo. Muy tarde para mí, pienso, y no puedo más, recuesto la cabeza sobre el teclado y rompo a llorar.

Rato después, no puedo dormir, en lo único que pienso es en esa maldita enfermedad, y en la idea de que está inoculada en mí y posiblemente en Andrea. Me paro de la cama y prendo la laptop. Vuelvo a buscar información, trato de encontrar alguna respuesta positiva, algún aliento, por más tenue que este sea. Entro a la página de una clínica, aparecen las indicaciones a seguir para hacerse un examen de descarte: la prueba de Lisa. Me da escalofríos de sólo leer lo que leo, siento que estoy en una pesadilla, lloro de rabia una vez más.

Días después, sigo ahogado en la desesperación, sigo solo (no he visitado a mis padres, no he dejado que Andrea me visite), he apagado mi celular para que nadie me llame; no logro comer nada, siento que he bajado varios kilos de peso. Con lágrimas auestas, decido ser valiente, reafirmarme como un hombre y hacerme la dichosa y patibularia prueba. Me propongo hacerla cuanto antes, al día siguiente si es posible, quiero terminar rápido con este martirio, de cualquier manera es mejor saber la verdad a ciencia cierta, los tragos amargos mejor de una vez.

La prueba es cara, felizmente tengo el dinero, empleo parte de los ahorros que tenía guardados para publicar mi novela algún día. Me baño, me cambio y me peino; luego salgo rumbo a la clínica que vi en el internet, una clínica cerca de mi casa.

La clínica no es fea, está bien pintada y bien adornada, sin embargo, me repugna, me causa temor, la veo desangelada y proterva. Doy algunos pasos, noto que mis piernas flaquean, estoy en ayunas, me siento débil, me doy fuerzas mentalmente para no colapsar. Me acerco a la caja y pago el costo del examen, luego me indican que me dirija al laboratorio que está al

final del pasillo. Camino con poca presteza, varios enfermos con sus familiares transitan por el lugar, cuántos casos de dolor –pienso–, cada uno más terrible que el otro.

El laboratorio es una habitación pintada de blanco que carece de mácula alguna. Una enfermera rechoncha me mira y me pide que me acerque. Le entrego mi boleta, no le digo ni una palabra, siento vergüenza de decirle a qué vine. Ella escudriña la boleta y me mira con cierta lástima, luego me indica que cruce una puerta que divide la habitación. Ahora estoy mucho más nervioso, le temo a las agujas, sé que me van a sacar sangre, sé que me van a pinchar. Otra enfermera aparece y me dice que tome asiento, la obedezco y me siento en una silla plástica. La enfermera saca de su escritorio una jeringa y unos pequeños potes, viene hacia mí y me amarra el brazo con una cinta de jebe que yacía en su buró. Odio el momento, odio esa cinta, siento que me está coagulando demasiado la sangre. La enfermera calcula su jeringa, la pone lista; yo prefiero voltearme y no ver, cierro los ojos frunciendo el seño. Segundos después la enfermera dice: ya esta, joven, ¿ya ve que no dolió? La miro con una sonrisa desdibujada. ¿Cuándo puedo recoger los resultados?, le pregunto. La enfermera empieza a sacar cuentas en su cabeza: hoy es viernes, y no atendemos sábados ni domingos... venga el día lunes, joven. No puedo creer que deba esperar tanto para saber la verdad, temo que los días que se vienen serán terroríficos. Salgo de la clínica con una pequeña bandita en la comisura de mi brazo y un papel que dice que los resultados estarán en tres días. Trago la saliva pesadamente y vuelvo a casa, vuelvo a casa y no hago más que pensar en la maldita prueba durante todo el día, durante toda la noche, hasta que logro conciliar el sueño.

El sábado transcurre indolente, me quedo todo el día echado en la cama, viendo dibujos animados que por momentos me hacen olvidar mi calvario. No tomo desayuno, no almuerzo, en la noche me preparo una sopa y luego

intento dormir. Me es inevitable no pensar en los probables resultados: ¿qué mierda me hago si tengo sida?, ¿qué sería de mí?, ¿dónde quedarían mis planes, mis proyectos? Golpeo el colchón sobre el que estoy echado; me quedo mirando a un punto fijo en la pared; me quedo dormido mientras pienso en la muerte.

Al día siguiente, el domingo, prendo mi celular, tengo treinta y dos llamadas perdidas, me sorprende ver tantas, casi todas son de Andrea y de mis padres, algunas pocas de Leonardo y los chicos de Aeroplano. También hay varios mensajes de texto, todos de Andrea, noto que está preocupadísima por mí; yo estoy mucho más preocupado por ella. No devuelvo los mensajes, a cambio me pongo a llorar, a valorar con realismo a las personas que tengo y tuve. Me paso el día llorando, con rencor y temor; llegada la noche, siento que ya no tengo lágrimas, que he llorado demasiado; ahora no tengo cómo liberar la angustia. Los tontos dibujos animados no me reponen. Es casi la una de la madrugada y tengo sólo un vaso de leche y un pan con queso en el estómago; me siento débil y culpable. Empiezo entonces a rezar con pasión, a rogarle a Dios que me bendiga, a rogarle por mi salud, a rogarle porque no tenga nada malo, a rogarle, al menos, que se apiade de Andrea.

Abro los ojos, estoy echado sobre la cama, totalmente desnudo salvo por la ropa interior. Ya es de día, la mañana está clara, es lunes, el día de la verdad. He dormido un par de horas, no más, el sueño me conquistó cuando el cielo ya estaba aclarando. No me baño (en estos tres días no me he bañado), no me importa, eso es lo de menos. Me cambio y me echo bastante perfume; tomo la boleta de la clínica y me encamino a buscar los resultados.

Camino al paradero y paro un colectivo. Estoy con mis grandes gafas negras de siempre, hoy más que nunca las necesito, no quiero que nadie me vea llorar. Estoy llorando por mis padres, porque si supieran lo que

estoy pasando sentirían que su hijo es un remedo de persona, un inconsciente de lo peor, un fracasado. Llora por Andrea, sobre todo por Andrea, ¡a ti no te puede pasar nada, Andreita, a ti no!, me repito en silencio; si tengo algo y te he contagiado, no habrá perdón que me salve, no voy a poder con esa culpa, me tendría que suicidar.

Llego a la clínica y un guardia me indica que los resultados se recogen en recepción. Le agradezco con la voz cansada y voy hacia donde me indicó. En la recepción entrego la boleta y un joven vestido de blanco la recibe y empieza a buscar algo en su archivero. Me perturba saber que mi destino ya está decidido y que está impreso en uno de esos tantos papeles; siento el corazón latiendo a mil, siento que me puedo morir en este momento. El joven me alcanza un sobre manila, ¡suerte!, me dice. No puedo más, vuelvo a llorar.

Salgo de la clínica con el sobre a cuestas, aún sin abrir, necesito un lugar tranquilo para recibir la noticia. Camino sin rumbo, más bien aplazando mi dolor, postergando la verdad, y llego a un campo abierto que se precipita a la Costa Verde, es un risco bonito y bien cuidado con vista al mar en San Isidro. Me arrellano en el pasto y atisbo el sobre cerrado una y otra vez. Devaneo un poco, todos los pensamientos me llevan a cosas malas, tristes; siento el temor enhiesto. Inhalo una bocanada de aire limpio proveniente del mar sucio de Lima, exhalo fuertemente, como dándome coraje y ya, lo voy a abrir.

Abro el sobre manila torpemente: lo rompo por el borde superior. Saco la hoja que está dentro, la miro, le echo un vistazo rápido. Antes de seguir, oteo el mar para darme fuerzas. Empiezo a leer el papel, hay nombres raros, cifras que no entiendo, porcentajes. Leo y leo y ya estoy a punto de terminar, estoy con el corazón en la garganta, con lágrimas secas en el rostro, con el recuerdo de mis padres y de Andrea; sigo bajando y siento

que ya me estoy muriendo en vida, que no entiendo un carajo de lo que estoy leyendo. Luego leo: Suero no reactivo; VIH: Negativo.

Abro los ojos como un demente, repaso la bendita hoja varias veces más; ¡es cierto!, estoy limpio, no tengo sida. Doy un alarido de júbilo que expectora los fantasmas en mí, algunos transeúntes que rondan por el lugar me quedan mirando. Salto varias veces, grito, estoy eufórico; celebro y lloro con alegría; miro al cielo y digo: ¡gracias, gracias, gracias! Todo cobra sentido nuevamente, todo me parece perfecto, se terminó la pesadilla. Me siento con más bríos que nunca, me regresa el apetito, me dan ganas de abrazar a alguien. No encuentro mejor forma de demostrar mi felicidad que agarrar mis grandes gafas oscuras, tomar algo de vuelo y arrojarlas con todas las fuerzas que me son posibles hacia el mar en lontananza, que baila para mí celebrando mi vida.

Amo la vida, ahora más que nunca siento que la aprecio de verdad. Trato de convencerme de que la vida sin sexo desmesurado puede ser posible y puede ser buena también; más me vale disuadirme rápido a ello, más aún luego de lo que acabo de vivir. Los días pasados fueron muy duros, demasiado, los días más difíciles que me han tocado vivir en mi díscola vida de pervertido. Debo hacer cosas por cambiar.

El primer paso, se me ocurre, debe ser mejorar con Andrea, tratar de quererla como se merece (y, si acaso, de amarla); dejar de sacarle la vuelta, evitar los engaños, ser una mejor persona con ella, tratar de parecerme a ella para dejar atrás lo que fui y ya no quiero ser, porque temo terminar mal, terminar muerto; debo dejar de jugar con fuego para no quemarme.

Andrea está con su mamá veraneando en una playa al sur de Lima, están en su casa de playa, se quedarán allí un par de días. Pienso que no es buena idea llamarla, no debo avinagrarle el viaje con mi historia, ella merece esos días vacacionando sin mí (o de mí). Lo mejor será esperar a que vuelva y no decirle nada de lo ocurrido, simplemente cambiar para ella.

En casa me dedico a escribir, a continuar con la novela, pero me es imposible seguir con dicha intención sin recaer en los recuerdos que me sirven de fuente de inspiración; no puedo seguir sin rememorar algunas escenas y situaciones que de sólo mencionar me vuelven a afiebrar, es el pasado que necesito pero que me condena y subyuga y, obviamente, diezma mis conatos por cambiar, por convencerme de que puedo ser mejor.

Obnubilado entonces, apuesto por la lectura como una forma de tratamiento parsimonioso y efectivo. Desempolvo un par de libros que me derrotaron no hace mucho y me animo por culminarlos. Agarro uno de los libros (uno de Coetzee) y camino por la calle hasta llegar a una banca acogedora de un parque de San Borja; me arrellano en la banca, arranco a leer el libro, me gusta lo que leo, pero pronto se me alarga la vista, se pierde del radio de aquella novela mustia y se agazapa para otear a las no pocas

féminas en pantalones cortos y sudaderas gráciles que pasean por ahí, disponibles, oliendo rico y bien pintadas, caminando sensuales, con pasos devastadores, recordándome que soy mucho menos fuerte de lo que creía en el mejor de los casos. Intento dejar de verlas, dejar de pensar lujuriosamente, pero no puedo. Decido irme del lugar.

Regreso a casa derrotado, siento que no tengo cómo ganar esta batalla, empiezo a advertir una derrota inminente y un futuro bastante mediocre. Devaneo un momento, la idea de que es mucho más fácil y mucho más rico seguir siendo como soy se apodera de mi cerebro, ese pensamiento simplista parece la idea ganadora, en el fondo lamento mi magro tesón.

Siento que se me para, me entran unas ganas endiabladas de tirar, me recuerdo que hace mucho que no lo hago, días, quizá semanas. Pienso en coger el teléfono y llamar a Andrea, o a Melisa, o a Roxana, o a Francesca, o a quién pueda venir primero; pero no lo hago, trato de mantener la calma y la compostura, y sólo entro al baño con un aplomo extraño y me toco pensando en ellas, para sacarme todo lo lascivo de la cabeza.

Los días pasan, mi lucha continua. Tengo que cambiar, sé que debo hacerlo; se lo debo a la vida, a Andrea, a Dios que me dio una nueva oportunidad. Me quedo en casa, no hago nada más que escribir y leer. Cuando me es inevitable contenerme y siento que estoy a punto de reincidir, voy al baño y me masturbo lo más rápido que puedo, lo hago fugazmente, tratando de perderle el gusto; luego me siento contrito, pero al menos sigo en camino al cambio que estoy buscando.

Entonces, veo con una resignada familiaridad el haberme convertido en un onanista de cuidado, en un trabajador manual afiebrado e infeliz, en un cuerpo que se autoayuda para no dejar de funcionar, que ejerce un autoservicio lamentable y que termina respirando fuerte y limpiándose con papel higiénico de doble hoja; es una victoria pírrica, pero así es, todo

cuesta, y, al final, uno no puede ganar sin antes haber perdido algo, algo de dignidad.

Tocan el timbre, es Andrea, le abro la reja por el intercomunicador, corro a abrirle la puerta del departamento; no nos hemos visto en muchos días, la he extrañado a mares, quiero verla cuanto antes. Abro. Andrea está bronceada, le sienta bien la piel soleada, se ve linda; la abrazo, la beso, le digo que la he extrañado un culo, que no veía la hora en que regrese. Ella me mira extrañada y me pregunta que me ha pasado, me pregunta si estoy enfermo, se asombra por mis palabras. Yo le digo que me fue enfermizo contar las horas para volverla a ver.

Andrea entra y se acomoda en el mueble. Yo avanzo con ella, le pregunto si no se le antoja nada. Ella me dice que no, que está bien. De todas formas, voy a la cocina y le traigo un vaso con coca-cola y una copa con helado que compré pensando en ella. Ella me agradece y me mira raro y me pregunta qué le voy a pedir a cambio de tantas atenciones. Yo le digo que con su presencia basta, que no quiero nada más. Ella sonrío y me dice que seguramente quiero tirar y por eso estoy como loco haciéndome el tonto. Yo he actuado y hablado con la verdad, no quiero nada más que ser una mejor persona con Andrea; le digo que no piense mal que sólo quiero estar a su lado.

¿Me has sacado la vuelta, Ramiro?, me pregunta ella. ¡Mil veces!, pienso, pero en cambio digo: no, Andreita, nunca. ¿Entonces por qué actúas así, tan raro?, pregunta ella. Por nada en especial, sólo quiero atenderte como te mereces, digo. Pero tú nunca eres así, protesta ella. Pero a partir de ahora así seré, digo. Todo me parece muy raro, muy extraño, dice. No hay nada extraño, al contrario, todo está muy claro ahora, todo está claro para mí, le digo. ¿A qué te refieres?, pregunta ella. A que me he dado cuenta de que he sido un idiota todo este tiempo, y he entendido que te amo Andrea, te amo demasiado, confieso.

Andrea abre bien los ojos, sonrío y hace un rictus de asombro. Yo la miro y no me avergüenzo de lo que he dicho, por primera vez sé que estoy

diciendo la verdad al respecto, y simplemente estoy abriendo mi alma ante ella, apelando a esas palabras jodidamente odiosas. ¡Qué lindo!, dice. Te amo, Andrea, y nunca amaré a nadie como a ti, nadie se compara a ti, le digo. No sé qué te ha pasado, pero me encanta que seas así conmigo, me encanta lo que dices, se entenece ella. Qué bueno saber todo eso, continua, siempre tuve miedo de que no me amaras como yo a ti, y de que me sacaras la vuelta alguna vez, añade. Yo trago saliva y siempre sonriente le digo que jamás, tú eres la mejor chica del planeta, la chica más buena y que más quiero y que amo.

Andrea ladea la cabeza, me mira anegada de cariño y afecto, y luego nos besamos con una forma de pasión que yo no conocía, es decir, con ternura, con una ternura que me abraza y me sublima; nos besamos y yo creo haber logrado mi cometido, no pienso en sexo, no hay un deseo salvaje escondido en mí, sólo la gratitud y el amor que siento por la mujer que tengo a mi lado y de la que nunca me quiero separar. Si sigues así te voy a tener que recompensar por tanto amor, me dice ella, coqueta. La recompensa ya la tengo, eres tú, es saber que tu alma está junto a la mía, es saber que nos tenemos y que siempre será así, digo y me siento un actorazo mexicano en plena escena de idilio, pero todo es verdad.

## EPILOGO

Hoy me siento feliz, es un día largamente lleno de alborozo, pues hoy he terminado mi novela. Tras pasar muchos días, y en especial madrugadas, escribiéndola, por fin la he terminado; la he terminado y siento que me quedó de putamadre. Son las cinco de la madrugada, el cielo luce violáceo, se escuchan algunas aves transitar, pero por lo general es el silencio el que invade el ambiente, el silencio de la gente que duerme mientras yo doy brincos celebrando mi obra culminada.

Tomo el celular y llamo a Andrea, no me importa la hora, necesito contarle que por fin he terminado. Ella se demora un tanto en contestar, lo cual es humanamente comprensible; luego de unos segundos lo hace. Ramiro, ¿qué ocurre?, me dice con voz rasposa, pero con un sonsonete de preocupación. ¡Andreita, adivina!, le digo. Ramiro son las cinco de la mañana, me recuerda. Andrea, por fin, por fin terminé la novela, le digo. ¿En serio?, pregunta. ¡En serio, te lo juro!, digo. Andrea grita de emoción, me felicita, me dice que está orgullosa de mí, me dice que esto lo tenemos que celebrar. Yo le agradezco por lo que me dice y también por ser como es, por amarme como me ama, y por comprenderme como sólo ella me comprende.

Quedo con Andrea vernos en la tarde. Ella me dice que traerá algo para celebrar. Yo le pregunto qué es lo que va a traer. Ella me dice que no me lo dirá, pero que es algo que me merezco por mi reciente logro y por haberme convertido en un buen enamorado. Yo pienso que esas cursilerías no me terminan de gustar, pero si es para que me regale algo, entonces bienvenidas sean. Ella me dice que este día debe ser inolvidable. Yo insisto en que me diga qué traerá. Ella me dice que no sea tan curioso, que me

deje sorprender. Me resigno y no insisto más, sólo quedamos en vernos a la tarde.

Me acuesto a las seis de la mañana, cansado y ojeroso, y me dispongo a dormir un poco. Ni bien me echo en la cama caigo rendido en un sueño profundo; es un sueño extraño, muy bizarro. Sueño que estoy en un automóvil, no sé quién lo conduce, yo estoy en el asiento trasero, oteando la carretera por la ventana. De pronto, veo el cielo y doy un respingo, me asusto, está lleno de criaturas gigantescas y grotescas, se mueven como dragones en el aire; siento temor, siento que es el fin del mundo, las criaturas siguen bailoteando en el celeste cielo. Me despierto de un sacudón y tengo el corazón latiendo fuerte, la respiración agitada, poco a poco vuelvo a realidad y salgo de ese sueño macabro.

Veo el reloj, son las tres de la tarde. Hago algunas planchas y luego me meto a la ducha; salgo, me cambio y voy al Mc Donald's a almorzar. Luego me dispongo a leer un rato (bastante largo) y sólo me detengo cuando escucho el molesto sonido del intercomunicador chillando. Es Andrea, no tengo duda; voy rápido a abrirla y cuando paso por las ventanas de la sala me doy cuenta que el día está agonizando, pienso que este será un martes muy corto.

Abro la reja por el intercomunicador, luego abro la puerta del depa y la dejo abierta y camino hacia el baño para peinarme un poco, para no estar impresentable. Escucho que han cerrado la puerta, asumo que Andrea me está esperando en la sala; no pierdo más tiempo y salgo a darle el encuentro. Camino a la sala y lo que veo no lo creo, no le doy crédito a mis ojos, me quedo de pie, atónito, con las cejas arqueadas y la mirada expectante, no se me ocurre qué decir.

Hay una botella de ron muy fino y considerable precio sobre la mesa de la sala; está dentro de una bolsa de regalo. Sobre el sillón de cuero está Andrea, está linda, vestida demasiado provocativa, me mira con una media

sonrisa y me guiña un ojo, me encanta como luce. A su lado, no lo puedo creer, está Estefanía, su amiga, la chica altiva de la fiesta, la chica que yo pensé que me odiaba. Estefanía se ve demasiado bien, está deliciosamente vestida, está riquísima, confirmé lo que pensé cuando la conocí: es la chica más sexy que he visto. Andrea toma la botella de ron entre sus manos: ¡aquí está tu regalo!, me dice, a la vez que voltea a ver a Estefanía. Ambas se ríen y yo no sé si reírme o desmayarme en el acto.

Voy a la cocina y regreso con vasos, hielo y gaseosa; combino el trago y lo sirvo exageradamente; prendo el equipo de música y sintonizo uno de esos ritmos de tendencias libidinosas, he hecho este trámite miles de veces, sé cómo se debe hacer; hago todo muy rápido, como un loco, sé lo que quiero, sé lo que pasará. Tomo asiento, estratégicamente, en medio de las chicas y empezamos a conversar de una y otra cosa.

Estoy alegre, no sólo por tener a Andrea y a Estefanía a cada lado, sino también por haber terminado la novela; me sirvo vasos bien llenos, tengo motivos para emborracharme, y creo que también es motivo para emborrachar a las chicas, a ellas también les sirvo en cantidades considerables. Andrea no suele tomar, no sabe hacerle frente a grandes cantidades de alcohol, por eso, pasadas unas cuantas rondas, yo noto que ella ya está eufórica, sus largas risotadas y los besos que me da, la delatan. Estefanía también está algo bebida; aunque yo lo que realmente noto es que está hermosa, buenaza, y cada vez ese sentir se me va incrementando.

Andrea me hace cavilar en el incidente de la fiesta donde conocí a Estefanía, porque de pronto dice que quiere ir al baño. Ve, amor, pero no demores, digo, traicionando lo que en verdad pienso. Andrea se va al baño y yo tomo un trago más antes de hablarle a Estefanía. Pensé que me odiabas, le digo, soliviantado por el ron. Para nada, dice, yo no odio a nadie. Pero ese día dijiste que no pasaba nada conmigo, esa es una forma de odiar, digo sonriendo. No, esa es una forma de mentir, dice. Sonrió y ella

también. Estás preciosa, le digo. Ella me mira con atención, no dice nada. Eres un ángel, le digo, a la vez que escudriño sus ojos caramelo, su piel lozana, sus labios carnosos. Me acerco a Estefanía, huelo su cuello, su cabello, luego la miro, está con los ojos cerrados, excitada. Entonces no puedo más, busco sus labios con los míos y la beso con toda la pasión que soy capaz de ofrecer.

Estefanía pasa sus brazos sobre mis hombros, me abraza, me besa, besa rico. Yo siento que se me ha parado y que no veo la hora de tirármela. Andrea regresa del baño y nos encuentra inmersos en un ósculo pervertido, yo intento hacer a un lado a Estefanía, pero Andrea se me acerca y me dice: está bien, amor, lo mereces, lo mereces por ser un enamorado perfecto. Entonces, beso a Andrea y luego otra vez a Estefanía, y las abrazo a ambas, y ambas me desabrochan el pantalón y me lo bajan junto con el bóxer.

Hoy me siento feliz, es un día largamente lleno de alborozo, pues hoy no sólo he terminado la novela de mi vida, sino que, además, estoy haciendo un trío con Andrea, la chica más buena y que más quiero, y con Estefanía, la chica más sexy y más apetecible que vi en mi vida.





